

COLECCIÓN DE LIBROS RAROS Ó CURIOSOS  
QUE TRATAN DE AMÉRICA

Primera serie.

Tomo VI.

---

HISTORIA  
DEL ALMIRANTE  
DON CRISTÓBAL COLÓN  
POR SU HIJO  
DON HERNANDO

—  
Traducida nuevamente del italiano.

—  
TOMO SEGUNDO  
—

MADRID  
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ  
48, Preciados, 48

—  
1932



COLECCIÓN DE LIBROS  
QUE  
TRATAN DE AMÉRICA  
*RAROS O CURIOSOS*

TOMO 6

---

PRIMERA SERIE

f. 148963  
C. 73611793



COLECCIÓN DE LIBROS RAROS Ó CURIOSOS  
QUE TRATAN DE AMÉRICA

Primera serie.

Tomo VI.

---

HISTORIA  
DEL ALMIRANTE  
DON CRISTÓBAL COLÓN

POR SU HIJO  
DON HERNANDO

—  
Traducida nuevamente del italiano.

—  
TOMO SEGUNDO



MADRID

LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ  
48, Preciados, 48

—  
1932

COLECCIÓN DE LIBROS Raros Y Curiosos  
QUE SE ENCUENTRAN EN LA BIBLIOTECA

Tomo IV

# HISTORIA

DE LA AMÉRICA

---

ES PROPIEDAD

---

DE DON FERNANDO

---

Imprenta Góngora.—San Bernardo, 85. Madrid.

---

## CAPÍTULO LX

*Cómo el Almirante descubrió la parte meridional de la isla Española, hasta que volvió por Oriente a la villa de la Natividad.*

Miércoles, a 20 de Agosto, el Almirante divisó la parte occidental de la Española, a la que dió el nombre de Cabo de San Miguel, que distaba de la punta oriental de Jamaica, treinta leguas, aunque hoy, por ignorancia de los marinos, es llamado Cabo del Tiburón. En este Cabo, el sábado, a 12 de Agosto, fué a los navíos un cacique que llamaba al Almirante por su nombre, y decía otras cosas; de lo que se entendió que aquella tierra era la misma que la Española. A fin de Agosto surgió en una isleta a la que llamó Alto Velo, y por haber perdido

de vista los otros dos navíos de su escuadra mandó bajar alguna gente en aquella isleta, desde la cual, por ser muy alta, se podía descubrir por todas partes a gran distancia; mas no vieron alguno de los suyos. Volviendo a embarcarse mataron ocho lobos marinos; cogieron también muchas palomas, y otras aves, porque no estando habitada aquella isleta, ni los animales acostumbrados a ver hombres, se dejaban matar a palos. Lo mismo hicieron en los dos días siguientes, esperando los navíos que desde el viernes pasado iban perdidos, hasta que al cabo de seis días volvieron éstos, y los tres juntos fueron a la isla de la Beata, que dista doce leguas al Este de Alto Velo; allí pasaron frente a una amena llanura distante una milla del mar, tan poblada que parecía un solo lugar, largo de una legua, en cuya llanura se veía un lago de tres leguas de oriente a occidente. Allí, teniendo la gente del país noticia de los cristianos, fueron en sus canoas a las carabelas, dando cuenta de que habían llegado algunos cristianos de los de la villa Isabela, y que todos estaban bien,



de cuya noticia el Almirante se alegró mucho, y para que éstos supieran lo mismo de su salud y de los suyos, y de su regreso, cuando estaba más al oriente envió nueve hombres que atravesasen la isla y pasasen por la fortaleza de Santo Tomás y la de la Magdalena, hasta la Isabela; él, con sus tres navíos, continuando por la costa hacia el oriente, mandó las barcas para coger agua en una playa donde se veía un grande pueblo. Los indios salieron contra los españoles, armados de arcos y saetas envenenadas, y con cuerdas en las manos, haciendo señas de que con éstas atarían y prenderían a los cristianos; pero, llegadas ya las barcas a tierra, los indios dejaron las armas y se ofrecieron a llevar pan, agua y todo lo que tenían, y preguntaban en su lengua por el Almirante.

Salidos de allí, siguiendo su camino vieron en el mar un pez grande como una ballena, que tenía en el cuello una gran concha semejante a la de una tortuga, y llevaba fuera del agua la cabeza, tan grande como un tonel; tenía la cola como de atún,

muy larga, con dos alas grandes a los costados. Viendo semejante pez, y por otras señales, conoció el Almirante que el tiempo estaba de mudanza, y fué buscando algún puerto donde recogerse; a 15 de Septiembre Dios le concedió ver una isla que está en la parte meridional de la Española, y cercana a ésta, que los indios llamaban Adamaney (1); con gran tormenta dió fondo en el canal que hay entre ésta y la Española, cerca de una islilla que está entre las dos, donde aquella noche vió el eclipse de la luna, del cual dice que la diferencia entre Cádiz y aquel paraje donde estaba, era de cinco horas y veintitrés minutos. Por tal

---

(1) Miguel de Cúneo, en su famosa Carta relación, dice que él fué quien vió antes que nadie la isla de Adamaney; que el Almirante, por complacerle, la llamó Bella Saonesa, se la donó, como quien da un pequeño regalo, y Cúneo tomó posesión ante escribano, con las ceremonias de arrancar yerbas y poner la cruz y la horca.—(*Raccolta Colombiana*, parte III, vol. II, pág. 105.)

motivo creo que durase tanto el mal tiempo, pues hasta el 20 del mes fué obligado a permanecer en el mismo puerto, no sin temor de los otros navíos que no habían podido entrar; pero quiso Dios salvarlos. Luego que estuvieron reunidos, a 24 de Septiembre navegaron hasta la parte más oriental de la Española, y de allí pasaron a una isla que está entre la Española y San Juan, llamada por los indios Amona. Desde esta isla en adelante no continuó el Almirante apuntando en su diario la navegación que hacía, ni dice cómo volvió a la Isabela, sino solamente que habiendo ido desde la isla de Mona a San Juan, por las grandes fatigas pasadas, por su debilidad, y por la escasez del alimento, le asaltó una enfermedad muy grave entre fiebre pestilencial y modorra (1) la cual casi de repente le privó de la vista, de los otros sentidos y del conocimiento. Por esto, la tripulación de los navíos acordó abandonar la empresa que se hacía de

---

(1) Ulloa, *mal di mazzuco*.

descubrir todas las islas de los Caribes, y volverse a la Isabela, donde llegaron a los cinco días, que fué a 29 de Septiembre; allí quiso Dios devolver la salud al Almirante, bien que la enfermedad le duró más de cinco meses; el motivo de ésta se atribuyó a los trabajos pasados en aquel viaje y a la gran debilidad que sentía, porque había pasado alguna vez ocho días sin dormir más que tres horas, cosa que parece imposible si él mismo en sus escritos no diese de ello testimonio.

---

## CAPÍTULO LXI

*Cómo el Almirante sometió la isla Española y lo que dispuso para sacar de ella utilidad.*

Vuelto el Almirante de su exploración de Cuba y de Jamaica, encontró en la Española a su hermano Bartolomé Colón, que había ido a tratar con el Rey de Inglaterra acerca del descubrimiento de las Indias, como antes hemos referido (1). Este, volviendo a

---

(1) El P. Las Casas, *Hist.*, l. I, cap. CI, dice de Bartolomé Colón: "Era persona de muy buena disposición, alto de cuerpo, aunque no tanto como el Almirante, de buen gesto, puesto que algo severo, de buenas fuerzas y muy esforzado, muy sabio y prudente y recatado, y de mucha experiencia, y general en todo negocio; gran

Castilla con las capitulaciones que le concedió aquél, supo en París, por el Rey Carlos de Francia, cómo su hermano el Almirante había ya descubierto las Indias, por lo que dicho Rey le dió cien escudos para hacer su viaje, y aunque con tal noticia se apresuró mucho para encontrar al Almirante en España, cuando llegó a Sevilla ya había partido éste a las Indias con diez y siete navíos. De modo que para cumplir cuanto éste le había encargado, muy luego, a principios del año 1494, fué a los Reyes Católicos llevando consigo a D. Diego Colón, hermano mío, y a mí, para que sirviésemos de pajes al serenísimo Príncipe D. Juan, que esté

---

marinero, y creo, por los libros y cartas de marear, notados y glosados de su letra, que debían ser suyos o del Almirante, que era en aquella facultad tan docto, que no le hacía el Almirante mucha ventaja.”

Equivocóse D. Hernando en lo que escribe de su tío Bartolomé, pues éste, cuando el descubrimiento de las Indias, vivía en París, con Madama Borbón.

en gloria, como lo había mandado la Reina Católica Isabel, que a la sazón estaba en Valladolid. Tan pronto como nosotros llegamos, los Reyes llamaron a D. Bartolomé y le mandaron a la Española con tres naves; allí sirvió algunos años, como parece por una memoria suya que encontré entre sus escrituras, donde dice estas palabras: “Yo serví de Capitán desde el 14 de Abril del 94 hasta 12 de Marzo del 96, que salió el Almirante para Castilla; entonces comencé a servir de gobernador hasta el 28 de Agosto del año de 98, que el Almirante fué al descubrimiento de Paria, en cuyo tiempo volví a servir de Capitán hasta el 11 de Diciembre del año 1500, que torné a Castilla.”

Pero, volviendo al Almirante, que regresaba de Cuba, diremos que habiendo hallado a su hermano en la Española le nombró Adelantado o gobernador de las Indias; después hubo sobre esto alguna discusión, porque los Reyes Católicos decían que no se le había concedido al Almirante potestad para dar tal cargo. Para zanjar estas diferencias

Sus Altezas se lo concedieron de nuevo, y así, en lo sucesivo, fué llamado Adelantado de las Indias. Con la ayuda y consejos de su hermano descansó desde entonces y vivió con mucha quietud, aunque de otra parte fuese fatigado, tanto con motivo de su enfermedad, como también porque casi todos los indios de la tierra se habían sublevado por culpa de Pedro Margarit, de que arriba hicimos mención. Este, siendo obligado a considerar y respetar al que cuando partió para Cuba le había hecho Capitán de 360 soldados y 14 jinetes para que con éstos recorriese la isla reduciéndola al servicio de los Reyes Católicos y a la obediencia de los cristianos, especialmente la provincia de Cibao, de la que se esperaba la principal utilidad, hizo todo lo contrario, pues apenas se marchó el Almirante, fué con toda aquella gente a la Vega Real, distante diez leguas de la Isabela, y no quiso recorrer y pacificar la isla; antes bien, fué ocasión de que naciesen discordias y parcialidades en la Isabela, procurando y maquinando que los del Consejo instituído por el Almirante



le obedeciesen en todas sus órdenes, y mandóles cartas muy desenvueltas, hasta que viendo que no podía salir con su empeño de hacerse superior a todos, por no esperar al Almirante, a quien habría de dar cuenta de su cargo, se embarcó en los primeros navíos que llegaron de Castilla, y se volvió en éstos sin dar justificación, ni dejar orden alguna acerca de la gente que le estaba encomendada (1). De la ida de mosén Pedro Mar-

---

(1) No puede negarse que la conducta de Margarit, abandonando su cargo en ausencia de Colón, y sin fundado motivo, fué en alto grado censurable. Lo mismo debe opinarse del P. Boyl, que regresó a España con Margarit, dejando para otros más fervorosos la conversión de los indios.

Es raro que D. Hernando no mencione al P. Boyl, que se condujo con tan poca abnegación como Pedro Margarit.

Según Caresmar, el P. Boyl nació en Tarragona, por el año de 1445. Siendo ya ermitaño de Monserrat, fué ordenado de misa, en la iglesia de Santa María del Pino, de Barcelona, el 22 de Diciembre de 1481. (*Fray Bernal Boyl. Nue-*

garite provino que cada uno se fuese entre los indios por do quiso, robándoles la ha-

---

*vos datos biográficos, por el P. Fidel Fita.—Bol. Acad. Hist., t. XIX, págs. 557 a 560.)*

En un prólogo dirigido a mosen Pedro Zapata, Arcipreste de Daroca, se llama "*Bernal Boyl*, indigno sacerdote hermitanyo de las montanyas de Nuestra Senyora de Monserrate". (*Escritos de Fray Bernal Boyl, ermitaño de Monserrate.—Bol. Acad. Hist., t. XIX, págs. 267 a 233.*)

De varios documentos resulta que en Septiembre de 1492, el P. Bernal Boyl era en España vicario de San Francisco de Paula; que en Marzo de 1493, los Reyes Católicos le dieron una ermita en las afueras de Málaga para que fundase un convento de frailes Mínimos. Poco después, en las Instrucciones que dieron a Colón el 29 de Mayo, se le comunicó a éste que Sus Altezas enviaban a las Indias "al devoto P. Fr. Boyl, juntamente con otros religiosos que el dicho Almirante consigo ha de llevar, los cuales, por mano e industria de los indios que acá vinieron, procure que sean bien informados de las cosas de nuestra santa Fe".

A petición de los Reyes, Alejandro VI dió una Bula el 25 de Junio del mismo año, por la que se concedían al P. Boyl facultades extraor-

cienda, y tomándoles las mujeres, y haciéndoles tales desaguisados, que se atrevieron

---

dinarias, muchas de ellas, de carácter episcopal.

Con el estilo rimbombante y campanudo que usaban los humanistas del Renacimiento, Descós describió al ermitaño Boyl como un varón apostólico, dispuesto a perder la vida para que las almas de los indios no cayesen en las llamas tartareas; lo compara con San Bartolomé, que no se asustó de que le desollaran vivo; lo imagina tan fervoroso que iba al martirio con tanta alegría como a regios convites. (Carta de Septiembre de 1493.—*Bol. Acad. Hist.*, t. XIX, p. 344.)

Fernández Oviedo cuenta que las discordias entre Boyl y Colón nacieron de que éste ahorcó a un aragonés de nombre Gaspar Ferriz, y a otros, y como Boyl reprendiese tales rigores, comenzó entre ambos un pugilato que tenía sus ribetillos de cómico; Boyl castigaba a Colón con el entredicho eclesiástico, y Colón le negaba los alimentos. Es cierto que Colón empleó el ayuno como elemento coactivo contra los díscolos, y que esto fué censurado por los Monarcas; mas hay datos aplastantes para poner en duda el relato de Oviedo, y es que Colón salió a descubrir nuevas tierras el 24 de Abril de 1494, dejando en su ausencia una Junta de gobierno presidida por

los indios a tomar venganza en los que tomaban solos o desmandados; por manera

---

su hermano Diego Colón, que nunca llevó fama de cruel, y de la que formaba parte Boyl; don Cristóbal no regresó hasta el 29 de Septiembre, gravemente enfermo de *pestilencial modorra*; de modo que mientras andaba por los mares de Cuba y Jamaica, pocas pitanzas pudo quitar a Fr. Bernardo, y como sabemos que éste llegó a España a fines de Noviembre, debió salir de la isla Española algo antes de volver Colón, o cuando éste, aquejado por dolencia, no podía ocuparse de nada. Tan mal enterado estaba Fernández Oviedo de estos asuntos que supone vinieron a España, en la misma armada, Cristóbal Colón, Boyl y Pedro Margarit, anacronismo inconcebible en quien pudo enterarse mejor. Es muy probable que Colón y Boyl, en los pocos meses que convivieron, se entendieran mal; pero también lo es que Boyl debió de tener otros motivos para dejar su puesto, como la nostalgia de su cenobio y lo difícil de evangelizar a hombres tan rudos y apegados a sus tradiciones, como eran los indígenas de la Española. Lo cierto es que Boyl no vino cantando himnos acerca de las tierras descubiertas, y mucho menos en elogio de Colón, cuya conducta censuró acremente, de tal manera, que sus informes a los Reyes fueron el pri-

que el cacique de la Magdalena, llamado

---

mer martillazo que se dió para labrar las cadenas con que, pocos años después, vino cargado el descubridor de las Indias.

A 16 de Agosto de 1494 los Reyes creían que el P. Boyl continuaba con abnegación su labor evangélica, sin ánimo de abandonarla, pues acuerdan enviarle todo lo “que pareciere que había menester”.

A 3 de Diciembre de 1494, los Reyes escribieron a D. Juan Rodríguez de Fonseca que el P. Boyl fuese a la Corte.

Como el P. Boyl no tenía propósito de volver a las Indias, por estar doliente, los Monarcas, a 16 de Febrero de 1495, escribieron a su Embajador en Roma para que el Papa nombrase otro delegado en sustitución del P. Boyl.

La venida del P. Boyl a España dejando abandonada su misión de convertir a los indios, no le desprestigió en el concepto de San Francisco de Paula y del Rey Católico; aquél encargóle asuntos delicados, como impetrar ante el Papa algunas gracias para la Orden de los Mínimos, y el Monarca lo recomendó a Garcilaso de la Vega, su Embajador en Roma, diciendo que había recibido buenos servicios del P. Boyl y le tenía mucha voluntad. (Carta fechada el 21 de Octubre de 1495. *Bol. Acad. Hist.*, t. XIX, p. 218.)

Guatigana mató diez cristianos (1), y secretamente mandó prender fuego a una casa donde había cuarenta enfermos. Vuelto el Almirante, fué aquél castigado con severidad (2), porque si bien no se le pudo echar mano, fueron apresados algunos de sus vasallos y mandados a Castilla en cuatro navíos que Antonio de Torres llevó a 24 de Febrero del año 1495 (3). Igualmente fueron

---

(1) Copia este párrafo el P. Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CIV.

(2) "En estos días envió el Almirante a hacer guerra al cacique o rey Guatigana, porque había mandado matar los diez cristianos, en cuya gente hicieron cruel matanza los cristianos, y él huyó. Tomáronse mucha gente a vida, de la cual envió a vender a Castilla más de quinientos esclavos en los cuatro navíos que trujo Antonio de Torres, y se partió con ellos para Castilla, en 24 de Febrero de 1495."

(Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CII.)

(3) Miguel de Cúneo, en su citada Carta relación, cuenta con detalles lo que D. Hernando con suma concisión. Dice que cuando iban a salir las naves para España, en Febrero de 1495, fueron reunidos unos 1.600 indios, hombres y

castigados otros seis o siete que en diversos lugares de la isla habían hecho daño a los cristianos; es verdad que los caciques habían matado muchos, pero aún habrían dado muerte a muchos más si el Almirante no llegase a tiempo de ponerles algún freno; éste encontró la isla en tan mal estado que “los más cristianos cometían mil excesos, por lo cual los indios los tenían entrañable odio y rehusaban de venir a su obediencia” (1). El que los Reyes o caciques estuviesen conformes en su propósito de no obedecer a los cristianos, era muy fácil de conseguir, porque, según hemos dicho, eran

---

mujeres, de los que metieron 600 en las naos para ser vendidos en España; los pasajeros tomaron bastantes para sí; al resto, unos 400, se le dió licencia de marcharse, y anota Cúneo que huían con tal apresuramiento y miedo de que les hiciesen volver, que algunas madres abandonaban a sus hijos de pecho, para correr mejor; no pararon hasta llegar a tierras lejanas donde se imaginaban libres de sus cautivadores.

(1) Copia lo que va entre comillas el P. Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CIV.

cuatro los principales bajo cuya voluntad y dominio vivían los otros. Los nombres de éstos eran Caonabó, Guacanagarí, Beechío y Guarionex; cada uno de ellos tenía a sus órdenes setenta u ochenta otros caciques, no porque éstos les diesen tributo, ni otra utilidad, sino porque estaban obligados, cuando se les llamase, a ayudarles en sus guerras y a sembrarles sus campos. Uno de éstos, llamado Guacanagarí, señor de la región de la isla donde estaba fundada la villa de la Natividad, perseveraba en la amistad de los cristianos, por lo que, tan luego como supo la venida del Almirante, fué a visitarlo, diciendo que no había intervenido ni en el propósito, ni en ayuda de los otros caciques, y que de ello daba testimonio la benevolencia con que en su país habían sido tratados los cristianos, pues siempre tuvo un centenar de éstos bien servidos y provistos de todo aquello en que le era posible complacerles, por cuyo motivo los otros caciques le eran contrarios, especialmente Beechío, que le había matado una mujer; Caonabó le había robado otra; por lo que



suplicaba que se la hiciese restituir, y le ayudase en la venganza de sus injurias. Así resolvió el Almirante hacerlo, creyendo ser verdad lo que le decía, pues lloraba cuantas veces recordaba la muerte de aquellos que habían perecido en la Natividad, como si fuesen hermanos suyos; y tanto más se dispuso a esto el Almirante, por considerar que con la discordia entre los caciques podría más fácilmente sojuzgar aquel país, y castigar la rebelión de los otros indios y la muerte de los cristianos. Por lo cual, a 24 de Marzo de 1495 salió de la Isabela, dispuesto para la guerra; en su ayuda y compañía llevó al mencionado Guacanagarí, muy deseoso de oprimir a sus enemigos, aunque parecía empresa muy difícil, pues éstos eran más de cien mil indios, y sólo llevaba consigo el Almirante doscientos cristianos, veinte caballos y otros tantos perros lebreles (1). Pero, conociendo el Almirante la naturaleza y condición de

---

(1) Ulloa, *cani corsi*.

los indios, dividió el ejército con su hermano el Adelantado, a dos jornadas largas de la Isabela, para embestir por diversas partes a la muchedumbre esparcida por los campos, pensando que el miedo de sentir el estruendo por varios lados, los pondría, más que nada, en fuga, como lo demostró claramente el efecto, porque habiendo los escuadrones de soldados de las dos bandas acometido la muchedumbre de los indios, cuando se había comenzado a romper con los tiros de las ballestas y los arcabuces, para que no volvieran a juntarse los acometieron impetuosamente, “que dieron los caballos por una parte, y los lebreles por otra, y todos, siguiendo y matando, hicieron tal estrago, que en breve fué Dios servido tuviesen los nuestros tal victoria, que siendo muchos muertos, y otros presos y destruídos” (1), y cogido vivo Caonabó, el principal cacique de todos ellos, juntamente con sus hijos y

---

(1) Copiado lo que va entre comillas por el P. Las Casas, op. cit.

sus mujeres (1). Después confesó Caonabó haber muerto a veinte de los cristianos que habían quedado con Arana en la villa de la

---

(1) Ni D. Hernando Colón, ni el P. Las Casas, conocieron las instrucciones que dejó don Cristóbal a Pedro Margarit, diciéndole cómo había de echar mano a Caonabó. El P. Las Casas, yendo contra lo que escribió D. Hernando, insiste en que dicho cacique fué preso por Alonso de Hojeda con la estratagema de ponerle unos grillos y unas esposas de turey de Vizcaya. Esta versión se daba por cierta en la isla Española pocos años después del cautiverio de Caonabó, y es la verdadera.

Fernández de Oviedo (*Historia general de las Indias*, libro III, cap. I) está conforme con el P. Las Casas en decir que Caonabó fué hecho prisionero por Alonso de Hojeda, que había defendido contra este cacique la fortaleza de Santo Tomás: “al cabo fué preso Caonabó, con mucha parte de los suyos principales, puesto que se dijo que Hojeda no le había guardado la seguridad que el cacique decía que le fué prometida”.

Puede afirmarse que Caonabó fué apresado por Alonso de Hojeda, y no por los hermanos Colón, como escribió D. Hernando, quien no es

Natividad, cuando el viaje primero que fueron descubiertas las Indias; y que después, bajo color de amistad, había ido apresuradamente a ver la villa de la Isabela, con el designio, que fué conocido por los nuestros, de observar cómo mejor podría combatirla y hacer lo mismo que había hecho antes en la Natividad. De todas estas cosas, ya referidas por otros, el Almirante tenía plena información, de tal modo que para castigarle de aquel delito y de esta segunda rebelión y junta de indios, había salido contra él; habiéndolo hecho prisionero con un hermano suyo, los envió a España (1) porque no quiso ajusticiar a un tan gran personaje

---

probable que ignorase las agrias cuestiones que después hubo entre D. Cristóbal y Hojeda.

La prisión de Caonabó fué anterior a la batalla que describe D. Hernando.

(1) Acerca del fin que tuvo Caonabó hay distintas versiones. El P. Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CII, escribe que “teniendo ya embarcado al rey Caonabó en un navío de los que estaban para partir, en la Isabela... hizo una tan deshecha

sin que lo supiesen los Reyes Católicos, pues bastaba haber castigado a muchos de los culpables. Con la prisión de éstos y con la victoria obtenida sucedieron las cosas de los cristianos tan prósperamente que no siendo más de seiscientos treinta, la mayor parte enfermos, y muchos mujeres y muchachos, en espacio de un año que el Almirante recorrió la isla, sin tener que desenvainar la espada la puso en tal obediencia y quietud que todos prometieron tributo a los Reyes Católicos cada tres meses, a saber: de los que habitaban en Cibao, donde estaban las minas de oro, pagaría toda persona mayor de catorce años un cascabel grande, lleno de oro en polvo; todos los demás, veinticinco libras de algodón cada uno; y para saber quién debía pagar ese tributo se mandó

---

tormenta, que todos los navíos... y el rey Caonabó cargado de hierros, se ahogaron”.

Fernández de Oviedo, *Historia general de las Indias*, lib. III, cap. II, dice que “Caonabó, entrado en la mar, desde a pocas jornadas que navegaron, también se murió”.

hacer una medalla de latón o de cobre, que se diese a cada uno cuando la paga, y la llevase al cuello, a fin de que quien fuese encontrado sin ella se supiese que no había pagado y se le castigase con alguna pena. No hay duda de que esta orden habría tenido su efecto si no sucediesen después entre los cristianos algunas alteraciones, que más adelante referiremos; porque, después de la prisión de Caonabó quedó aquella región tan pacífica, que en adelante un solo cristiano iba seguramente donde quería, y los mismos indios lo conducían en hombros a donde le agradaba, lo mismo que en postas; lo cual el Almirante no reconocía venir sino de Dios y de la buena suerte de los Reyes Católicos, considerando que de otro modo hubiera sido imposible que doscientos hombres medio enfermos y mal armados fuesen bastantes para vencer a tanta muchedumbre, la cual quiso poner bajo su mano la Divina Providencia; pero también les dió gran penuria de bastimentos, y varias graves enfermedades que los redujeron a una tercera parte de los que eran antes,

para que resultase más claro que de su alta mano y voluntad procedían tan maravillosas victorias y dominaciones de pueblos, y no de nuestras fuerzas o ingenios, o de la cobardía de los indios, pues aunque los nuestros hubieran sido muy superiores, era cierto que la muchedumbre de los indios hubiera podido suplir a cualquiera ventaja de los nuestros.





---

## CAPITULO LXII

*De algunas cosas que se vieron en la isla Española, y de las costumbres, ceremonias y religión de los indios.*

Habiéndose pacificado la gente de aquella isla, y tratando seguramente con los nuestros, túvose conocimiento de muchas cosas y secretos del país, especialmente dónde había minas de cobre, de zafiros, de ámbar y brasil, ébano, incienso, cedros, muchas gomas finas y especiería de varios géneros, aunque salvajes, que bien cultivadas podían llegar a perfección, como la canela fina de color, aunque amarga de sabor; jengibre, pimienta, diversas especies de moreras para la seda, que todo el año tienen hojas, y muchos otros árboles y plantas útiles de que

los nuestros no tenían conocimiento alguno. Supieron también los nuestros muchas noticias relativas a las costumbres de los indios, que me parecen dignas de referirlas en esta historia. Comenzando por las divinas, copiaré aquí las mismas palabras del Almirante como las dejó escritas: "Idolatría u otra secta no he podido averiguar en ellos, aunque todos sus reyes, que son muchos, tanto en la Española como en las demás islas, y en tierra firme, tienen una casa para cada uno, separada del pueblo, en la que no hay más que algunas imágenes de madera hechas en relieve, a las que llaman cemíes (1), en aquella casa no se trabaja para

---

(1) A mediados del siglo XVIII fueron traídos a España cuatro de estos cemíes para que los estudiase el P. Talamanco, erudito historiador y arqueólogo.

Cnf. *Noticias de los cuatro ídolos que me trajeron de la Isla Española, al fin del año de 1749*, por Fr. Juan de Talamanco. Una hoja en folio. (Acad. de la Historia, *Colección de Muñoz*, tomo XCI, fol. 114.)

más efecto que para el servicio de los cemíes, con cierta ceremonia y oración que ellos ha-

---

Lleva un dibujo de los cuatro ídolos.

Refiere el P. Talamanco, que cuando escribía la historia de la Orden de la Merced en la Isla Española, con deseo de conocer los ídolos adorados por los indios, escribió al Provincial Fr. Agustín de Palenzuela, que residía en Santiago de los Caballeros; éste logró que se hallasen los cuatro ídolos, y se los envió al P. Talamanco en el año 1749.

Según este arqueólogo, el primero representa “un feo mono, sentado, y con dos pómulos en las manos; el segundo “es ícón de mujer, de piedra lívida, ojos rasgados y desiguales, y el pescuezo disforme; se hallaron en el cerro de la Santa Cruz, de La Vega”. El tercero es pequeño, de piedra blanca, figura de una rana y cabeza humana, muy desproporcionada, que la tapa casi todo el cuerpo; hallóse en Monte Cristi, jurisdicción de la antigua Isabela. El cuarto, de piedra verdosa, como una mano de mortero, el rostro ancho y mirando al cielo; se halló en la jurisdicción de Santiago”.

Ídolos muy semejantes se han hallado en Cuba, como puede verse en la excelente obra de R. Harrington, titulada *Cuba before Columbus* (New

cen allí, como nosotros en las iglesias. En esta casa tienen una mesa bien labrada, de forma redonda, como un tajador, en la que hay algunos polvos que ellos ponen en la cabeza de dichos cemíes con cierta ceremonia; después, con una caña de dos ramos que se meten en la nariz, aspiran este polvo (1). Las palabras que dicen no las sabe ninguno de los nuestros. Con estos polvos se ponen fuera de tino, delirando como borrachos. Po-

---

York, 1921, 2 vols. en 8.º), donde reproduce algunos hallados en tierra de Maisí, procedentes de la civilización taina, y otros objetos no menos curiosos.

(1) Fernández de Oviedo, *Hist. de las Indias*, lib. V, cap. II: “tenían unos palillos huecos, del tamaño de un xeme, o menos, de la grosseza del dedo menor de la mano, y estõs cañutos tenían dos cañones... y los dos ponían en las ventanas de las narices, e el otro en el humo e hierba que estaba ardiendo... Los indios que no alcançaban aquellos palillos, tomaban aquel humo con unos cálamos o cañuelas de carrizos, e a aquel tal instrumento con que toman el humo, o a las cañuelas que es dicho, llaman los indios *tabaco*, e no a la hierba”.

nen un nombre a dicha estatua; yo creo que será el del padre, del abuelo o de los dos, porque tienen más de una, y otros más de diez, en memoria, como ya he dicho, de alguno de sus antecesores. He notado que alaban a una más que a otra, y he visto tener más devoción y hacer más reverencia a unas que a otras, como nosotros en las procesiones cuando es menester; y se alaban los caciques y los pueblos de tener mejor cemí, los unos, que los otros. Cuando van éstos a su cemí, y entran en la casa donde está, se guardan de los cristianos, y no les dejan entrar en ella, antes, si tienen sospecha de su venida, cogen el cemí o cemíes y los esconden en los bosques, por miedo de que se los quiten; aún es más de reír el que tengan la costumbre de robarse unos a otros el cemí. Sucedió en una ocasión que teniendo recelo de nosotros, entraron los cristianos con ellos en la dicha casa, y de súbito el cemí gritó fuerte y habló en su lengua, por lo que se descubrió que era fabricado con artificio, porque siendo hueco, tenía en la parte inferior acomodada una cervatana o trompa que

iba a un lado oscuro de la casa, cubierto de follaje, donde había una persona que hablaba lo que el cacique quería que dijese, cuanto se puede hablar con una cervatana. Por lo que los nuestros, sospechando lo que podía ser, dieron con el pie al cemí y hallaron lo que hemos contado. El cacique viendo que habíamos descubierto aquello, les rogó con gran instancia que no dijesen cosa alguna a los indios sus vasallos, ni a otros, porque con aquella astucia tenían a todos a su obediencia. De esto podemos decir que hay algún color de idolatría, al menos en aquellos que no saben el secreto y el engaño de sus caciques, pues creen que el que habla es el cemí, y todos en general son engañados. Sólo el cacique es sabedor y encubridor de tan falsa credulidad, por medio de la cual saca de sus pueblos todos los tributos que quiere. Igualmente, la mayor parte de los caciques tienen tres piedras, a las cuales, ellos y sus pueblos muestran gran devoción. La una, dicen que es buena para los cereales y las legumbres que han sembrado; la otra, para parir las mujeres sin

dolor, y la tercera, para el agua y el sol, cuando hacen falta. Envié a Vuestra Alteza tres de estas piedras con Antonio de Torres, y otras tres las llevaré yo. Asimismo, cuando estos indios mueren, les hacen sus exequias de diversos modos; la manera de sepultar a sus caciques es la siguiente: abren el cadáver del cacique y lo secan al fuego para que se conserve entero; de los de otros, solamente toman la cabeza; a otros los sepultan en una gruta y ponen encima de la cabeza pan y una calabaza llena de agua. Otros, los queman en la casa donde muere, y cuando los ven en el último extremo, antes de que mueran los estrangulan; esto se hace con los caciques. A unos los echan fuera de casa; a otros los echan en una hamaca, que es un lecho de red, les ponen agua y pan al lado de la cabeza, los dejan solos y no vuelven a verlos más. Algunos, cuando están gravemente enfermos, los llevan al cacique; éste dice si deben estrangularlos o no, y hacen lo que manda. He trabajado mucho por saber lo que creen y saben acerca de dónde van los muertos, especialmen-

te de Caonabó, que era el rey principal de la isla Española, hombre de edad, de gran saber y de agudísimo ingenio; éste y otros respondían que van a cierto valle, que cada cacique principal cree estar en su país, y afirman que allí encuentran a sus padres y a sus antecesores; que comen, tienen mujeres y se dan a placeres y solaces, como más copiosamente se contiene en la siguiente escritura, en la que yo encargué a cierto Fr. Ramón, que sabía la lengua de aquellos, que recogiese todos sus ritos y su antigüedad; aunque, son tantas las fábulas, que no se puede sacar algún provecho, sino que todos los indios tienen cierto natural respeto al futuro y creen en la inmortalidad de nuestras almas.



---

*Relación de Fray Ramón acerca de las antigüedades de los indios, las cuales, con diligencia, como hombre que sabe el idioma de éstos, recogió por mandato del Almirante (1).*

---

(1) Se ha perdido el texto original de este opúsculo, aprovechado por Pedro Mártir de Angleria en su *Década* I, lib. IX, caps. IV a VII, y en sus *Epístolas*, núms. 177, 180, 189 y 190; luego, por el P. Las Casas en su *Apologética*, capítulos CXX, CLXVI y CLXVII.

Hay una buena edición del opúsculo de Fr. Ramón en la *Raccolta Colombiana*, parte I, vol. I, págs. 213 a 223, donde se coteja el texto de Ulloa con las citas de Pedro Mártir, el P. Las Casas y el Trevisano.

Las Casas, *Apologética*, cap. CXX, dice de Fr. Ramón que era "un catalán que había tomado hábito de ermitaño..., hombre simple y de buena intinción que sabía algo de la lengua de los indios". En el cap. CLXVII dice de Fr. Ramón: "vino a ella [la Española] cinco años antes que yo".

Yo, fray Ramón, pobre ermitaño del Orden de San Jerónimo, por mandato del ilustre señor Almirante, Virrey y Gobernador de las islas y de la tierra firme de las Indias, escribo lo que he podido averiguar y saber acerca de las creencias e idolatría de los indios, y cómo veneran a sus dioses, lo cual trataré en la presente relación.

Cada uno, al adorar los ídolos que tienen casa y les llaman cemíes, guarda un modo particular y superstición. Creen que hay en el Cielo un ser inmortal, que nadie puede verlo y que tiene madre, mas no tiene principio; a éste le llaman Yocahu Vagua Maorocoti (1) y a su madre llaman Atabex, Iermaoguacar, Apito y Zuimaco, que son cinco nombres (2). Estos de los que escribo son

---

(1) Las Casas, *Apologética*, cap. CXX: “nombráronlo Yocahu Vagua Maorocoti; no sé lo que por este nombre quisieron significar”.

(2) Las Casas, *Apologética*, cap. CXX: “Dios tenía madre, cuyo nombre era Atabex, y un hermano suyo, Guaca, y otros desta manera.”

“El mismo Dios dicen que tiene madre, lla-

de la isla Española, porque de las demás islas no sé cosa alguna, pues no las he visto. También saben de qué parte vinieron, y de dónde tuvieron su origen el sol y la luna, cómo se hizo el mar y dónde van los muertos. Creen que los muertos se aparecen por los caminos cuando alguno va solo, porque cuando van muchos juntos, no se les presentan. Todo esto les han hecho creer sus antepasados, porque ellos no saben leer, ni contar hasta más de diez.

## CAPÍTULO I

*De dónde proceden los indios y de qué manera.*

La isla Española tiene una provincia llamada Caonao (1), en la que hay una mon-

---

mada con estos cinco nombres, a saber: Atta-beira, Mamona, Guacarapita, Iella, Guimazoa."— Pedro M. Angleria, *Década I*, libro IX, cap. IV.

(1) El P. Las Casas, que describe las pro-

taña de nombre Canta (1), y en ella dos grutas denominadas Cacibayagua y Amayauva (2). De Cacibayagua salió la mayor parte de la gente que pobló la isla. Cuando vivían en aquella gruta, ponían guardia de noche, y se encomendaba este cuidado a uno que se llamaba Marocael, el cual, porque un día tardó en ir a la puerta, dicen que lo arrebató el sol. Viendo, pues, que el sol se había llevado a éste por su mala guardia, le cerraron la puerta, y fué transformado en piedra, cerca de la entrada. Dicen también que otros,

---

vincias de la isla Española (*Apologética*, caps. II a IX), no cita alguna de dicho nombre; quizá se trate de la llamada Cubao, muy montuosa.

(1) "La roca en que se abren las cuevas la llaman Canta: la cueva mayor, Cazibaxagua; la menor, Amayauva."—P. M. de Angleria, *Década* I, lib. X, cap. V.

(2) En la versión de Ulloa, estos y otros nombres indígenas usados en la isla Española, están acomodados a las grafías del italiano, y así, transcribe *ya*, por *gia*; por lo que debemos leer Cacibayagua, por Cacibagiagua; Guaguyona, por Guagugiona; Yahuba, por Giahuba.

habiendo ido a pescar, fueron cogidos por el sol y se convirtieron en árboles llamados jobos, y de otro modo Mirobalanos. El motivo por que Marocael velaba y hacía la guardia era para ver a qué parte enviaría la gente o la repartiría, y no parece sino que tardó para su mayor mal.

## CAPÍTULO II

### *Cómo se separaron los hombres de las mujeres.*

Sucedió que uno que se llamaba Guaguyona dijo a otro, de nombre Yadruvava, que fuese a coger una hierba llamada *digo*, con la que se limpian el cuerpo cuando van a bañarse; éste fué delante de ellos, mas lo arrebató el sol en el camino y se convirtió en pájaro que canta por la mañana, como el rruiseñor, y se llama Yahuva Bayael. Guaguyona, viendo que éste no volvía cuando lo envió a coger el digo, resolvió salir de la gruta Cacibayagua.

### CAPÍTULO III

Entonces, Guaguyona, indignado, resolvió marcharse, viendo que no volvían aquellos que había enviado a coger el *digo* para bañarse, y dijo a las mujeres: dejad a vuestros maridos, vámonos a otras tierras y llevemos mucho *digo* (1). Dejad a vuestros hijos, y llevemos solamente dicha hierba con nosotros, que después volveremos por ellos.

### CAPÍTULO IV

Guaguyona salió con todas las mujeres, anduvo buscando otros países y llegó a Martinino, donde muy luego dejó las mujeres y se fué a otra región llamada Guanín; habían dejado los hijos pequeños junto a un arroyo. Después, cuando el hambre empezó a molestarles, dícese que lloraban y llama-

---

(1) Ulloa, *assai gioie*, traducción inexacta.

ban a sus madres que se habían ido. Los padres no podían dar consuelo a los hijos, que llamaban con hambre a sus madres, diciendo mamá, indudablemente para demandar la teta. Llorando así al pedir la teta y diciendo too, too, como quien demanda una cosa con gran deseo y mucho ahinco, fueron transformados en animalillos a modo de ranas, que se llaman *tona*, por la petición que hacían de la teta, y de esta manera quedaron todos los hombres sin mujeres.

## CAPÍTULO V

*Cómo volvieron después las mujeres a la isla llamada Española, que antes llevaba el nombre de Haití, y así la llaman los habitantes de ella; anteriormente, ésta y las otras islas se llamaban Bouhi.*

Como los indios no tienen escrituras, ni letras, no pueden dar buena información de lo que saben acerca de sus antepasados, y por esto no concuerdan en lo que di-

cen, y menos se puede escribir ordenadamente lo que refieren. Cuando se marchó Guaguayona, aquel que se llevó todas las mujeres, también se fueron con él las de su cacique, llamado Anacacuya, engañándolo como engañó a otros; también se fué un cuñado de Guahayona (1), dicho Anacacuya, que entró en el mar, y dijo Guahayona a su cuñado estando en la canoa: “mira qué hermoso *cobo* hay en el agua”; el *cobo* es el caracol del mar. Cuando Anacacuya miraba el agua para ver el *cobo*, su cuñado Guahayona lo cogió por los pies y tirólo al mar; luego tomó todas las mujeres para sí y dejó las de Matanino, donde hoy se dice que no hay más que hembras; él se fué a otra isla llamada Guanin y se llamó así por lo que se llevó cuando fué allí.

---

(1) Guahayona es el mismo que antes ha llamado Ulloa *Guagugiona*, y éste parece su verdadero nombre.



## CAPÍTULO VI

*Cómo Guahayona volvió a la mencionada Canta, de donde había antes sacado a las mujeres.*

Dicen que estando Guahayona en la tierra donde había ido, vió que había dejado en el mar una mujer, de lo que él recibió gran alegría, y muy luego buscó muchos lavatorios para limpiarse, por estar lleno de aquellas úlceras que nosotros llamamos mal francés. Fué puesto luego en una *guanara*, que quiere decir lugar apartado, y estando allí curó de sus llagas (1). Después pidió

---

(1) El palo de guayacán, en cocimiento, era eficacísimo para la curación del mal de las bubas. Esto, y la dieta, eran los medios empleados por los indios, como escribe Fernández de Oviedo, *Hist. de las Indias*, lib. X, cap. II: "se han visto muy grandes curas que ha hecho este árbol en hombres que de mucho tiempo estaban tollidos e hechos pedaços, de muy crudas llagas, y con ex-

permiso para seguir su camino y ella se lo concedió. Llamábase esta mujer Guabonito, y Guahayona cambió de nombre, llamándose en lo sucesivo Biberoci Guahayona. La dueña Guabonito dió a Biberoci Guahayona muchos guanines y muchas cibas, para que las llevara sujetas a los brazos, pues en aquel país las cibas son piedras que semejan mucho al mármol, y las llevan pendientes de los brazos, y al cuello. Los guanines los llevan en las orejas, que se las agujerean cuando son pequeños; son aquéllos de metal como de florín. El origen de estos

---

tremados dolores... Toman astillas delgadas deste palo, e algunos le hacen picar menudo, y en cantidad de dos açumbres de agua echan media libra del palo, o algo más, e cuece hasta que mengua las dos partes, e quítanlo del fuego e reposase; e después bebe el paciente una escudilla de aquella agua por la mañana, en ayunas, veynte o treynta días... y en aquel tiempo guarda mucha dieta, e no come carne, ni pescado, sino passas e cosas secas e poca cantidad”.

El guayacán abundaba muchísimo en la Isla Española y en las inmediatas.

guanines dicen que fueron Guabonito, Albeborael, Guahayona y el padre de Albeborael. Guahayona se quedó en la tierra con su padre, llamado Yauna. Su hijo, de parte de padre, se llamaba Hia Guaili Guanin, que quiere decir hijo de Yauna; después se llamó Guanin, y hoy lleva el mismo nombre. Como los indios no tienen letras, ni escrituras, no saben contar bien estas fábulas, ni yo puedo escribirlas con exactitud. Por lo cual creo que pongo primeramente lo que debía ser lo último, y lo último lo que debía estar antes; pero todo lo que escribo es según me lo contaron, y por tanto, yo lo refiero como lo supe de los indios.

## CAPÍTULO VII

*Cómo volvieron las mujeres de la isla de Haití, que ahora se llama la Española.*

Digo que un día fueron a bañarse los hombres; estando en el agua llovía recio, y sentían mucho deseo de tener mujeres;

muchas veces, cuando llovía, habían ido a buscar las huellas de sus mujeres, pero no podían encontrar alguna noticia de éstas; mas aquel día, bañándose, dicen que vieron echarse de encima de algunos árboles, por medio de las ramas (1), cierta forma de personas que no eran ni hombres, ni mujeres, pues no tenían sexo de varón, ni de hembra; procuraron cogerlas, pero ellas se escurrían como si fuesen anguilas; por esto llamaron a dos o tres hombres, por mandato de su cacique, para que, pues ellos no podían cogerlas, esperasen cuantas fuesen, y buscasen para cada una un hombre que fuese Caracaracol, esto es, que tuviera las manos ásperas, y así, las sujetarían fuertemente. Dijeron al cacique que había cuatro, y llevaron estos cuatro hombres que eran caracaracoles; caracaracol es una enfermedad como roña, que hace al cuerpo muy áspero. Después que las hubieron cogido, delibera-

---

(1) Pedro Mártir, *Déc.*, I, l. IX, c. V: "veluti formicarum agmina reptare per arbores myrobalanos".

ron cómo podrían convertirlas en mujeres, pues no tenían sexo de varón, ni de hembra.

## CAPÍTULO VIII

*Cómo hallaron medio de que fuesen mujeres.*

Buscaron un pájaro que se llama *inriri*, y antiguamente *inrire cahuvayal*, que vive en los árboles, y en nuestro idioma se llama pico. Juntamente tomaron aquellas personas sin sexo de varón, ni de hembra, les ataron los pies y las manos, cogieron el ave mencionada y se la ataron al cuerpo; el pico creyendo que aquéllas eran maderos, comenzó la obra que acostumbra, picando y agujereando en el lugar donde ordinariamente suele estar la naturaleza de las mujeres. De este modo dicen los indios que tuvieron mujeres, según contaban los muy viejos; como yo escribí con presura y no tenía papel bastante, no podré poner en un lugar lo que por error llevé a otro; pero

con todo ello no me he equivocado, porque ellos lo creen como lo llevo escrito. Volvamos ahora a lo que habíamos de colocar antes; esto es, acerca de la opinión de los indios en punto al origen y principio del mar.

## CAPÍTULO IX

### *Cómo cuentan que fué hecho el mar.*

Hubo un hombre llamado Yaya, del que no saben su nombre (1); el hijo de éste llamábase *Yayael*, que quiere decir hijo de Yaya; queriendo *Yayael* matar a su padre, éste lo desterró, y así estuvo ausente cuatro meses; después, su padre lo mató, puso los huesos en una calabaza y la colgó en el techo de su casa (2), donde estuvo pendiente

---

(1) Ulloa: "Fu un uomo chiamato Giaia, di cui non sanno il nome."

(2) Pedro Mártir, ep. 180: "cineres cucurbicula inclusit, myrobalano arbori, ne terra macularentur, appendit".

algún tiempo. Sucedió un día que con deseo de ver a su hijo, Yaya dijo a su mujer: quiero ver a nuestro hijo Yayael; ella se alegró con esto y tomando la calabaza la volcó para ver los huesos de su hijo; de ella salieron muchos peces grandes y pequeños, por lo que viendo que aquellos huesos se habían transformado en peces resolvió comérselos. Dicen que, un día, habiendo ido Yaya a sus conucos, que quiere decir posesiones, que eran de una herencia, llegaron cuatro hijos de una mujer llamada Itiba Yauvava, todos de un vientre y gemelos, pues esta mujer, habiendo muerto de parto, la abrieron y sacaron los cuatro dichos hijos. El primero que extrajeron fué Caracaracol, que quiere decir lleno de roña; Caracaracol fué llamado (1); los otros no tenían nombre.

---

(1) Falta el nombre.

## CAPÍTULO X

*Cómo los cuatro hijos gemelos de Itiba Tauvava, que murió de parto, fueron juntos a coger la calabaza de Yaya, donde estaba su hijo Yayael, que se había convertido en pez, y ninguno se atrevió a tomarla sino Dimivan Caracaracol, que la descolgó y todos se hartaron de peces.*

Mientras comían sintieron que venía Yaya de sus posesiones, y queriendo en aquel apuro colgar la calabaza, no la colgaron bien, de modo que cayó en tierra y se rompió. Dicen que fué tanta el agua que salió de aquella calabaza que llenó toda la tierra, y con ella murieron muchos peces. Entonces dicen que tuvo origen el mar. Salidos después de allí hallaron un hombre al que llamaron Conel, que era mudo.



## CAPÍTULO XI

*De lo que aconteció a los cuatro hermanos  
cuando iban huyendo de Yaya.*

Estos, tan luego como llegaron a la puerta de Basamanaco (1) y notaron que llevaba cazabi, le dijeron: *Ayacavo Guarocoel*, que quiere decir: conozcamos a nuestro abuelo. Entonces, Demivan Caracaracol, viendo delante a sus hermanos, entró a su casa para ver si podía hallar algún cazabi, que es el pan que se come en aquel país. Caracaracol, entrando en casa de Ayamanaco, le pidió cazabi, que es el mencionado pan; éste se puso la mano en la nariz y le echó en la espalda una mucosidad (2) llena de cohoba, que había mandado hacer aquel día; la cohoba es cierto polvo que ellos toman algu-

---

(1) Pedro Mártir, *Déc.* I, lib. IX, cap. V: *pistoris domum*.

(2) Pedro Mártir, loc. cit., *conspuisse*.

nas veces para purgarse y para otros efectos que después se dirán. Toman ésta con una caña, medio brazo de larga; ponen un extremo en la nariz, y otro en aquel polvo, y así lo aspiran por la nariz y les hace purgar grandemente (1). De este modo les dió por pan aquella mucosidad, en vez del pan que hacía, y se fué muy indignado porque se lo habían pedido. Caracaracol, después de esto, volvió a sus hermanos y les contó lo que le había sucedido con Bayamanicoel, y cómo le había echado una mucosidad en la espalda, la que le dolía fuertemente. Entonces, sus hermanos le miraron la espalda y vieron que la tenía muy hinchada; creció tanto aquella hinchazón, que estuvo a punto

---

(1) Las Casas, *Apologética*, cap. CLXVI: "Tenían hechos ciertos polvos de ciertas yerbas... estos ponían en un plato redondo, no llano, sino un poco algo combado o hondo, hecho de madera, tan hermoso, liso y lindo, que no fuera muy más hermoso de oro o de plata; era cuasi negro y lucio como de azabache."

En el texto de Ulloa hay una palabra, *Cirtose*, que es errata del traductor o del impresor.

de morir, por lo que procuraron cortarla, y no pudieron; mas tomando una hacha de piedra, se la abrieron y salió fuera una tortuga viva, hembra (1); entonces edificaron una casa y llevaron a ella la tortuga. De esto yo no he sabido más; poco vale lo que llevo escrito. Dicen también que el sol y la luna salieron de una gruta que está en el país de un cacique llamado Maucia Tivuel, a cuya gruta, que llaman Yobovava, la veneran mucho y la tienen toda pintada a su modo, sin alguna figura humana, pero con muchos follajes y otras cosas semejantes. En aquella gruta estaban dos cemíes hechos de piedra, del tamaño de medio brazo, con las manos atadas y en actitud de sudar; cuyos cemíes estiman ellos mucho, y cuando no llovía dicen que entraban allí a visitarlos y de repente venía la lluvia. De estos cemíes, a uno llamaban Boinayol y al otro Maroya.

---

(1) Pedro Mártir, *Déc.* I, lib. IX, cap. V: "ex cuius ulcere natam aiunt feminam qua mutuo fratres illi omnes usi sunt, atque ab ea ferunt filios filiasque genuisse".

## CAPITULO XII

*De lo que piensan acerca de andar vagando los muertos; cómo son éstos y lo que hacen.*

Creen que hay un lugar al que van los muertos, que se llama Coaibai, que está en un extremo de la isla, llamado Soraya. El primero que estuvo en el Coaibai dicen que fué uno llamado Maquetaurie Guayaba, que era señor del Coaibai, casa y habitación de los muertos.

## CAPÍTULO XIII

*Del aspecto que dicen tener los muertos.*

Dicen que durante el día los muertos están reclusos; por la noche van a recreo y comen cierto fruto que se llama guabaza, que tiene sabor de... (1) que de día están...

---

(1) Falta una palabra en el texto de Ulloa.

[encerrados] (1). A la noche, se convierten en fruta, tienen su recreo, y van juntamente con los vivos. Para conocer los muertos tienen esta manera: que con la mano les tocan el vientre, y si no les encuentran el ombligo dicen que es *operito*, que quiere decir muerto, pues dicen que los muertos no tienen ombligo; y así se engañan algunas veces, porque no reparando en esto, yacen con alguna mujer de las del Coaibai, y cuando piensan abrazarlas, no tienen nada, porque desaparece de repente. Tal es lo que creen hasta hoy acerca de esto. Mientras vive una persona llaman al alma *goeiz*, y después de muerta la denominan *opia*; el *goeiz* dicen que se aparece muchas veces, ya en forma de hombre, o ya de mujer, y afirman que ha habido hombre que se atrevió a pelear con un *goeiz*, y queriendo abrazarlo, éste desaparecía y el indio metía los brazos más allá, encima de algunos árboles, de los cuales quedaba

---

(1) Laguna de otra palabra,

colgado. Esto lo creen todos en general, lo mismo los pequeños que los mayores, y también que se les aparecen los muertos en forma de padre, de madre, de hermanos, de parientes, o de otras formas. El fruto del que dicen alimentarse los muertos, es del tamaño de un melocotón. Los muertos no se les aparecen de día, sino siempre de noche, y por ello, no sin gran miedo se atreve algún indio a ir solo de noche.

#### CAPÍTULO XIV

*De dónde procede esto, y lo que les hace estar en tal creencia.*

Hay algunos hombres que practican entre ellos, llamados bohutis, los cuales hacen muchos engaños, como más adelante diremos, para hacerles creer que hablan con los muertos, y por esto saben todos los hechos y los secretos de los indios, y cuando están enfermos les quitan la causa del mal, y así los engañan, como yo lo tengo visto en

parte con mis ojos, bien que de las otras cosas conté solamente lo que había oído a muchos, especialmente a los principales, con los cuales he tratado más que con otros; pues éstos creen en tales fábulas con mayor certidumbre que los otros, porque, lo mismo que los moros, tienen su ley expuesta en canciones antiguas, por las que se gobiernan, igualmente que los moros por la escritura (1). Cuando quieren cantar sus canciones, tañen cierto instrumento que se llama mayohavau, que es de madera, cóncavo, fuerte y muy delgado, largo de un brazo, y ancho de medio brazo; la parte donde se toca tiene la forma de tenazas de herrador, y el otro lado semejante a una

---

(1) Fernández de Oviedo, *Historia general de las Indias*, libro V, cap. I: "En esta isla [Española], a lo que he podido entender, sólo sus cantares, que ellos llaman *areytos*, es su libro o memorial que de gente en gente queda de los padres a los hijos, y de los presentes a los venideros."

A continuación describe cómo se hacían estas danzas, y se recitaban los *areytos*.

maza, de modo que parece una calabaza con el cuello largo. Este instrumento que ellos tañen hace tanto ruido que se oye a distancia de una legua y media. Al son de éste cantan sus canciones, que las saben de memoria; lo tocan los hombres principales, que aprenden a manejarlo desde niños, y a cantar según su costumbre. Pasemos ahora a tratar de otras muchas cosas acerca de las ceremonias y costumbres de estos gentiles.

## CAPITULO XV

*De las observaciones de estos indios buhui-tihu; cómo profesan la medicina, enseñan a los indios, y en sus curas medicinales muchas veces se engañan.*

Todos o la mayor parte de los indios de la isla Española tienen muchos cemíes de diversos géneros. Unos donde tienen los huesos de su padre, de su madre, de los parientes y de otros sus antepasados, los cua-



les están hechos de piedra o de madera; de ambas clases poseen muchos; hay algunos que hablan; otros que hacen nacer las cosas de comer; otros que hacen llover, y otros que hacen correr los vientos; todo lo cual creen aquellos simples ignorantes, que lo hacen los ídolos, o por hablar más propiamente el demonio, pues no tienen conocimiento de nuestra Santa Fe. Cuando alguno está enfermo, le llevan el buhuitihu, que es el médico (1); éste es obligado a guardar dieta, lo mismo que el doliente, y a poner cara de enfermo, lo cual se hace así para lo que ahora sabréis. Es preciso que el médico se purgue también como el enfermo, y para purgarse toma cierto polvo llamado cohoba, aspirándolo por la nariz, el cual les embriaga de tal

---

(1) Fernández de Oviedo, *Historia general de las Indias*, libro V, cap. I, los llama *huhitís*: "Tenían ciertos hombres entre sí, que llamaban *buhití*, que servían de arúspices o agoreros."

El P. Las Casas, *Apologética*, cap. CXX, los denomina *behiques* y *bohiques*.

modo que luego no saben lo que se hacen, y así dicen muchas cosas fuera de juicio, afirmando que hablan con los cemíes, y que éstos les han dicho de dónde provino la enfermedad.

## CAPITULO XVI

### *De lo que hacen dichos buhitihus.*

Cuando van a visitar a algún enfermo, antes que salgan de su casa toman hollín de los pucheros, o carbón molido, y con él se ponen negra toda la cara, para hacer creer al enfermo lo que quieran acerca de su dolencia. Luego toman algunos huesecillos y un poco de carne, y envolviendo todo aquello en algo para que no se caiga, se lo meten en la boca, estando ya el enfermo purgado con el polvo que hemos dicho. Entrado el médico en casa del doliente se sienta y todos callan; si allí hay niños los echan fuera, para que no impidan su oficio al buhitihu, no quedando en la casa sino

uno o dos de los más principales. Estando ya solos, toman algunas matas del gueyo, anchas, y otra hierba, envuelta en una hoja de cebolla, media cuarta de larga; la de las matas de gueyo es la que toman todos comúnmente; amasada con la mano la reducen a pasta, y luego se la ponen en la boca por la noche, para vomitar aquello que han comido, a fin de que no les haga daño. Entonces comienzan a entonar el canto mencionado, y tomando una antorcha beben aquel jugo. Hecho esto lo primero, después de poco tiempo se levanta el buhitiñu, va hacia el enfermo, que está solo en medio de la casa, como se ha dicho, le da dos vueltas, como le parece; luego se lo pone delante, le toma por las piernas, le palpa los muslos y de allí hasta los pies; después, tira de él fuertemente, como si quisiera arrancar alguna cosa; va a la puerta de la casa, la cierra, y habla diciendo: “Vete luego a la montaña, o al mar, o donde quieras”, y da un soplo como si despediese una paja; vuelve de nuevo, junta las manos, cierra la boca; le tiemblan aquéllas

como si tuviese frío; se las sopla; aspira el resuello, como cuando chupa la médula del hueso, y sorbe al enfermo por el cuello, el estómago, la espalda, las mejillas, el pecho, el vientre y por otras partes del cuerpo. Hecho esto comienza a toser, y a poner mala cara, como si hubiese comido alguna cosa amarga, escupe en la mano y saca lo que ya hemos referido que se puso en la boca en su casa, o por el camino, sea piedra o hueso o carne, como ya es dicho. Si es cosa de comer dice al enfermo: “Has de saber que tú has comido una cosa que te ha producido el mal que padeces; mira cómo te lo he sacado del cuerpo, donde tu cemí te lo había puesto porque no le hiciste oración, o no le fabricaste algún templo, o no le diste alguna heredad.” Si es piedra dice: “Guárdala muy bien.” Algunas veces, por estar ciertos de que estas piedras son buenas y ayudan a parir a las mujeres, las tienen muy custodiadas, y envueltas en algodón, las ponen en cestillas, y les dan de comer lo mismo que a ellos; igualmente hacen con los cemíes que tienen

en casa. Si algún día solemne llevan mucho de comer, ya sean peces, carne, pan o cualquier otra cosa, ponen todo en la casa del cemí, para que coma de ello el ídolo. Al día siguiente, llevan toda esta provisión a sus casas, después que ha comido el cemí. Y así les ayude Dios, como el cemí come de aquello, ni de otra cosa, porque el cemí es obra muerta, hecha de piedra o de madera.

## CAPITULO XVII

*Cómo se engañan a veces estos médicos.*

Cuando después de haber hecho las cosas mencionadas, sin embargo, el enfermo llega a morir, si el muerto tiene muchos parientes, o es señor de un pueblo y puede hacer frente a dicho buhitihu, que quiere decir médico, pues los que poco pueden no se atreven a disputar con estos médicos, aquel que le quiere dañar hace lo siguiente: Queriendo saber si el enfermo ha muerto por

culpa del médico, o porque no guardó la dieta como éste le ordenó, toman una hierba que se llama gueyo, que tiene las hojas semejantes al basilicon, gruesa y larga, por otro nombre llamada *zacón*. Sacan el jugo de la hoja, cortan al muerto las uñas y los cabellos que tiene encima de la frente, los reducen a polvo entre dos piedras, mezclan esto con el jugo de dicha hierba y lo dan a beber al muerto por la boca, o por la nariz, y haciendo esto preguntan al muerto si el médico fué ocasión de su muerte, y si observó la dieta. Esto se lo demandan muchas veces hasta que al fin habla tan claramente como si fuese vivo, de modo que viene a responder todo aquello que se le pedía, diciendo que el buhitihu no observó dieta, y fué ocasión entonces de su muerte; añaden que le pregunta el médico si está vivo, y cómo habla tan claramente; él responde que está muerto. Después que han sabido lo que querían, lo vuelven al sepulcro de donde lo sacaron para saber de él lo que hemos dicho. Hacen también de otro modo las mencionadas ceremonias para sa-

ber lo que quieren; toman al muerto; encienden una gran hoguera semejante a la de los carboneros al hacer carbón, y cuando los leños se han convertido en ascuas, echan el muerto en aquel fuego, lo cubren de tierra, como el carbonero cubre el carbón, y allí lo dejan cuanto quieren; estando así, le preguntan, como ya hemos dicho en el otro caso; el muerto responde que nada sabe; se lo interrogan diez veces, y en adelante ya no habla más. Le preguntan si está muerto, pero él no habla más que estas diez veces.

## CAPITULO XVIII

*Cómo los parientes del muerto se vengan cuando han tenido respuesta por medio de las bebidas.*

Júntanse un día los parientes del muerto, esperan al mencionado buhitihu, y le dan tantos palos que le rompen las piernas, los brazos y la cabeza, de modo que lo mue-

len, y dejándolo así, creen haberle muerto. A la noche dicen que van muchas sierpes de diversas clases, blancas, negras, verdes y de otros muchos colores, las cuales lamen la cara y todo el cuerpo del médico que dejaron por muerto, como hemos dicho. Este permanece así dos o tres noches; en este tiempo, dicen que los huesos de las piernas y de los brazos tornan a unirse y se sueldan, de modo que se levanta, camina despacio y se vuelve a su casa; quienes lo ven le interrogan diciendo: “¿no estabas muerto?”; pero él responde que los cemíes fueron en su auxilio en forma de culebras. Los familiares del muerto, muy airados, como creían haber vengado la muerte de su pariente, viéndolo vivo se desesperan, y procuran tenerle a mano para matarlo; si lo pueden coger otra vez, le sacan los ojos y le rompen los testículos, porque dicen que ninguno de estos médicos puede morir a palos y golpes, por muchos que reciba, si antes no le arrancan los testículos.



*Cómo saben lo que quieren, por lo que queman, y cómo cumplen su venganza.*

Cuando descubren el fuego, el humo que se levanta, sube hacia arriba hasta que lo pierden de vista y hace ruido al salir del horno; vuelve luego abajo, entra en casa del médico buhitihu, y éste, de repente, en aquel instante enferma si no observó la dieta, se llena de úlceras y se le pela todo el cuerpo; así tienen prueba de que no ha guardado la dieta, y por ello murió el enfermo. Por lo cual procuran matarlo, según hemos dicho del otro. Estas son las hechicerías que suelen hacer.

## CAPITULO XIX

*Cómo hacen y guardan los cemíes de madera o de piedra.*

Los de madera se hacen de la siguiente manera: Cuando alguno va de camino y le

parece ver algún árbol que se mueve hasta la raíz, aquel hombre se detiene asustado y le pregunta quién es; el árbol responde: “Trae aquí un buhitihu; él te dirá quién soy” (1). Aquel indio, llegado al médico, le dice lo que ha visto. El hechicero o brujo va luego a ver el árbol de que el otro le habló, se sienta junto a él y hace la cohoba, como arriba hemos dicho en la historia de los cuatro hermanos. Hecha la cohoba, se levanta y le dice todos sus títulos como si fueran de un gran señor, y le dice: “Dime quién eres, qué haces aquí, qué quieres de mí y por qué me han hecho llamar; dime si quieres que te corte, o si quieres venir conmigo, y cómo quieres que te lleve; yo te construiré una casa con una heredad.” Entonces, aquel árbol o cemí, hecho

---

(1) Las Casas, *Apologética*, cap. CXX: “Cuando algún indio iba camino y vía algún árbol que con el viento más que otro se movía, de lo cual el indio tenía miedo, llegábase a él y preguntábase: ¿Tú quién eres? Y respondía el árbol: Llámame aquí un bohique y él te dirá quién yo soy.”

ídolo o diablo, le responde diciendo la forma en que quiere que lo haga. El brujo lo corta y lo hace del modo que se le ha ordenado, le edifica su casa con una posesión, y muchas veces al año le hace la cohoba, cuya cohoba es para tributarle oración, para complacerle, para saber del cemí algunas cosas malas o buenas, y también para pedirle riquezas. Cuando quieren saber si alcanzarán victoria contra sus enemigos, entran en una casa en la que no penetra nadie sino los hombres principales; su señor es el primero que comienza a hacer la cohoba y toca un instrumento. Mientras éste hace la cohoba ninguno de los que están en su compañía habla hasta que éste ha concluído. Después que acaba su discurso, está algún tiempo con la cabeza baja, y los brazos encima de las rodillas; luego alza la cabeza mirando al cielo y habla. Entonces, todos contestan a un tiempo con voz alta, y luego que han hablado todos para darle gracias, les cuenta la visión que tuvo embriagado con la cohoba que tomó por la nariz y se le subió a la cabeza; dice haber

hablado con los cemíes, y que los indios conseguirán victoria; que sus enemigos huirán; que habrá una gran mortandad, guerras, hambres u otras cosas tales, según él, que está borracho, quiere decir. Júzguese cómo tendrán el cerebro, pues dicen que han visto las casas con los cimientos hacia arriba, y que los hombres caminan con los pies mirando al cielo. Esta cohoba se la hacen no solamente a los cemíes de piedra y de madera, mas también a los cuerpos de los muertos, según arriba hemos dicho. Los cemíes de piedra son de diversas hechuras; algunos hay que suponen sacados por los médicos del cuerpo de los enfermos; de éstos guardan aquellos que son mejores para el parto de mujeres preñadas. Hay otros que hablan, los cuales son de figura de un grande nabo con las hojas extendidas por tierra, y largas como las de alcaparras. Estas hojas se parecen generalmente a las del olmo; otras, tienen tres puntas y creen que ayudan a nacer la yuca; su raíz es semejante al rábano, la hoja tiene generalmente seis o siete puntas; no sé a qué cosa com-

pararla, porque no he visto alguna que se le parezca en España, ni en otro país. El tallo de la yuca es de la altura de un hombre. Digamos ahora de la fe que tienen en lo que se refiere a sus ídolos y cemíes, y de los grandes engaños que de éstos reciben.

## CAPITULO XX

*Del cemí Buyáyba, del que dicen que cuando hubo guerras lo quemaron, y después, lavándolo con el jugo de la yuca, le crecieron los brazos, le nacieron de nuevo los ojos y creció de cuerpo.*

La yuca era pequeña, y la lavaron con el agua y el jugo mencionado para que fuese grande. Afirman que da enfermedades a quienes han hecho este cemí, por no haberle llevado yuca para comer. Este cemí era llamado Vaibrama (1). Cuando alguno

---

(1) Las Casas, *Apologética*, cap. CLXVI: "Como lo que contaban del Cemí de Buyayba

enfermaba, llamaban al buhitihu y le preguntaban de qué procedería su dolencia; éste respondía que Vaibrama se la había enviado, porque no les envió de comer a los que tenían cuidado de su casa. Esto decía el buhitihu que lo había revelado el cemí Vaibrama.

## CAPITULO XXI

### *Del cemí de Guamorete.*

Dicen que cuando hicieron la casa de Guamorete, que era un hombre principal, pusieron allí un cemí que tenía encima de aquélla, y era llamado Corocote. Después, dicen que éste se levantó y se fué a distancia de un tiro de ballesta, junto al agua. Añaden que cuando estaba encima de la casa, bajaba de noche y yacía con las mujeres, y que después de morir Guamorete

---

(que creo era un pueblo) y el Cemí nombraban Vaybrama, la penúltima sílaba luenga.”

dicho cemí se fué a la casa de otro cacique, donde también allí dormía con las mujeres. Dicen más, que en la cabeza le nacieron dos coronas, por lo que solía decirse: “Pues tiene dos coronas, ciertamente es hijo de Corocote.” Así lo tenían por muy cierto. Este cemí lo tuvo luego otro cacique de nombre Guatabanex, cuyo pueblo era llamado Yacaba.

## CAPITULO XXII

*De otro cemí que se llamaba Opiyelguoviran, que lo tenía un hombre principal de nombre Cavavaniovava, que tenía muchos vasallos a su mando.*

Del cemí Opiyelguoviran dicen que tiene cuatro pies como de perro; es de madera; muchas veces, por la noche salía de casa y se escondía en la selva, donde iban a buscarle, y vuelto a casa lo ataban con cuerdas, pero él se volvía al bosque. Cuando los cristianos llegaron a la isla Español-

la dicen que éste huyó y se fué a una laguna; que lo siguieron por sus huellas, pero no lo vieron más, ni saben nada de él. Como lo compré así lo vendo.

### CAPITULO XXIII

#### *De otro cemí llamado Guabancex.*

El cemí Guabancex estaba en el país de un gran cacique de los principales, que se llamaba Aumatex; este cemí es mujer, y dicen que hay otros dos en su compañía: el uno es anunciador, y el otro recogedor y gobernador de las aguas. Cuando Guabancex se encoleriza, dicen que hace correr el viento y el agua, echa por tierra todas las cosas y arranca los árboles; este cemí dicen que es mujer, y está hecho de piedra de aquel país; los otros dos cemíes que están en su compañía son dichos, el uno Guatauva, y es pregonero y heraldo, que por mandato de Guabancex ordena que todos los otros cemíes de aquella provincia ayu-



den a que haga viento y caiga lluvia. El otro se llama Coatrisquie, y de éste dicen que recoge las aguas en los valles entre las montañas, y después las deja correr para que destruyan el país. Así lo tienen por cierto.

#### CAPITULO XXIV

*Lo que creen de otro cemí que se llama Faraguvaol.*

Este cemí pertenece a un cacique principal de la isla Española; es ídolo y se le dan distintos nombres; fué hallado de la siguiente manera: Dícese que un día, antes que la isla fuese descubierta, en el tiempo pasado, no saben cuándo; yendo de caza hallaron cierto animal tras del que corrieron y él se arrojó a una fosa; mirando en ésta vieron un madero que parecía cosa viva; el cazador, notando esto, fué a su señor, que era cacique y padre de Guarayonel, y le dijo lo que había observado. Luego

fueron allá y vieron que aquello era como el cazador decía, por lo que cerca de aquel tronco le edificaron una casa. Dicen que el cemí salía de aquella casa varias veces y se iba al paraje de donde le habían traído, pero no en el mismo lugar, sino cerca; por esto, el mencionado señor, o su hijo Guarayonel, lo mandaron buscar y lo hallaron escondido; lo ataron de nuevo y lo pusieron en un saco. Sin embargo de esto, andaba, atado, lo mismo que antes. Así lo tiene por cierto aquella gente ignorante.

## CAPITULO XXV

*De las cosas que afirman haber dicho dos caciques principales de la isla Española; uno de ellos Cacivaquel, padre del mencionado Guarionel; el otro, Gamanacoal.*

El gran Señor que dicen morar en el cielo, según está escrito en el principio de este libro, mandó a Cacivaquel hacer el ayuno

que observan comúnmente todos ellos (1), para lo que están reclusos cinco o seis días sin comer cosa alguna, excepto jugos de las hierbas con que se lavan. Acabado este tiempo comienzan a comer algunas cosas que les dan sustento. En el tiempo que están sin comer, por la debilidad que sienten en el cuerpo y en la cabeza, dicen que han visto algunas cosas, quizá por ellos anheladas, pues todos hacen aquel ayuno en honor de los cemés que tienen, para saber si alcanzarán victoria de sus enemigos, por adquirir riquezas o por cualquier otra cosa que desean. Dicen que este cacique afirmó haber hablado con Yiocavugama, quien les había anunciado que cuantos viviesen después de su muerte, gozarían poco de su dominio, porque llegaría al país una gente vestida que les dominaría y mataría, y se morirían de hambre. Pero ellos pensaron

---

(1) Las Casas, *Apologética*, cap. CLXVII, "había fama y credulidad en esta Isla, que cierto cacique y rey dellos hizo cierta abstinencia al Señor Grande que vive en el cielo".

que éstos serían los caníbales; mas luego, considerando que éstos no hacían sino robar y marcharse, creyeron que sería otra gente aquella de la que el cemí hablaba. Por eso creen ahora ser el Almirante y los hombres que llevó consigo. Ahora referiré lo que yo he visto y pasado cuando yo y otros hermanos estábamos en la isla Española (1); yo fray Ramón, pobre ermitaño, me quedé y fui a la Magdalena, una fortaleza que mandó construir don Cristóbal Colón (2), Almirante, Virrey y Gobernador de las islas y tierra firme de las Indias, por mandato del Rey D. Fernando y de la Reina doña Isabel, nuestros señores. Estando yo en aquella fortaleza en compañía de Arteaga, su capitán, por mandado del mencionado Gobernador D. Cristóbal Colón, quiso Dios iluminar con la luz de la Santa Fe católica toda una casa de la gente

---

(1) Ulloa, Castiglia.

(2) Las Casas, lib. I, cap. CX: "mandó hacer dos fortalezas, una que llamó la Magdalena... en la cual puso por alcaide a... Luis de Artiaga".

principal de la fortaleza de la Magdalena, cuya provincia se llamaba Marcorix (1), y el señor de ella Guavaoconel, que quiere decir hijo de Guavaenequin. En dicha casa estaban sus servidores y favoritos, que son llamados *yahu naboriu* (2) y eran en total diez y seis personas, todos parientes, entre los cuales había cinco hermanos varones. De éstos, uno murió, y los otros cuatro recibieron el agua del santo bautismo. Creo que murieron mártires, por lo que se vió en su perseverancia y su muerte. El primero que recibió la muerte, o sea el agua del santo bautismo, fué un indiano llamado Guaticava, que después recibió el nombre de Juan. Este fué el primer cristiano que sufrió muerte cruel, y tengo por cierto que la tuvo de mártir, porque, según he oído

---

(1) "Macorix de abajo... tierra de un señor que se llamaba Guavaoconel." Las Casas, *Historia*, lib. I, cap. CX.

(2) Los naboriu, sirvientes, criados, era una clase social de los indios, conservada luego por los españoles con el título de *naborías*.

de algunos que estuvieron cuando murió, decía: *Dios naboria daca, Dios naboria daca*, que quiere decir: yo soy siervo de Dios. Así murió también su hermano Antonio, y con éste otro, diciendo lo mismo que aquél. Los de esta casa siempre estuvieron conformes en hacer cuanto me agradaba. Todos los que quedaron vivos y aún viven hoy, son cristianos, por obra del mencionado D. Cristóbal Colón, Virrey y Gobernador de las Indias; ahora hay muchos más cristianos por la gracia de Dios.

Diremos ahora lo que sucedió en la fortaleza de la Magdalena. Hallándome en la mencionada Magdalena, fué el señor Almirante en socorro de Arteaga y de algunos cristianos asediados por sus enemigos, vasallos de un cacique principal llamado Caonabó. Entonces el señor Almirante me dijo que Macorix, provincia de la Magdalena, tenía lengua distinta de la otra, y que no era usado su idioma en toda la isla; por lo que yo, me fuese a vivir con otro cacique principal, de nombre Guarionex, señor de muchos vasallos, pues la lengua de éste se

entendía por todo el país. Así, por su mandato, me fuí a vivir con el dicho Guarionex. Verdad es que dije al señor Gobernador don Cristóbal Colón: “Señor, ¿cómo quiere Vuestra Señoría que yo vaya a estar con Guarionex, no sabiendo más lengua que la de Macorix? Déme Vuestra Señoría licencia para que venga conmigo alguno de los del Nuhirci, que después fueron cristianos y sabían las dos lenguas.” Me lo concedió y dijo que llevase a quien quisiera. Dios, por su bondad, me dió por compañía el mejor de los indios, el más experto en la santa Fe católica; después me lo quitó; alabado sea Dios que me lo dió y luego me lo arrebató. Verdaderamente, yo lo tenía por buen hijo y hermano; era éste Guaicavanu (1), que después fué cristiano y se llamó Juan. De las cosas que allí nos acontecieron, yo, pobre ermitaño, diré alguna; cómo salimos yo y Guaicavanu, fuimos a la Isabela y allí esperamos al señor Almirante hasta

---

(1) Antes, le ha llamado Ulloa, *Guaticava*.  
Hist. Colón. T. II.

que volvió del socorro que dió a la Magdalena; tan pronto como llegó, nosotros nos fuimos adonde el señor Gobernador nos había mandado, en compañía de uno que se llamaba Juan de Ayala, que tuvo a su cargo una fortaleza que dicho Gobernador don Cristóbal Colón hizo fabricar, media legua del lugar donde nosotros habíamos de residir. El señor Almirante mandó a dicho Juan de Ayala que nos diese de comer de todo lo que había en la fortaleza, que es llamada la Concepción. Estuvimos con aquel cacique Guarionex casi dos años, enseñándole siempre nuestra Santa Fe y las costumbres de los cristianos. Al principio mostró buen deseo, y dió esperanza de que haría cuanto nosotros quisiésemos, y de ser cristiano, pues decía que le enseñásemos el Padrenuestro, el Ave María, el Credo y todas las otras oraciones y cosas que son propias de un cristiano. Aprendió el Pater noster, el Ave María y el Credo; lo mismo hicieron muchos de su casa; todas las mañanas decía sus oraciones y hacía que las rezasen dos veces los de su casa. Pero des-



pués se enojó y abandonó su buen propósito, por culpa de otros principales de aquel país, los cuales le reprendían porque obedecía la ley cristiana, siendo así que los cristianos eran crueles y se habían apoderado de sus tierras por la fuerza. Por esto le aconsejaban que no se ocupase más en las cosas de los cristianos, sino de concertarse y conjurarse para matarlos, porque no podían contentarlos, y habían resuelto no seguir en algún modo sus costumbres. Por esto se apartó de su buen propósito, y nosotros, viendo que se separaba y dejaba lo que le habíamos enseñado, resolvimos marcharnos e ir donde se pudiese hacer más fruto, enseñando a los indios y doctrinándolos en las cosas de la santa fe. Así, que nos fuimos a otro cacique principal, que mostraba buena voluntad, diciendo que quería ser cristiano, el cual se llamaba Maviatúe.

*Cómo salimos para ir al país de Maviatúe, yo, fray Ramón Pané, pobre ermitaño, fray Juan de Borgoña, de la Orden de San Francisco, y Juan Mateo, el primero que recibió el agua del santo bautismo en la isla Española.*

Al día siguiente que salimos del pueblo y morada de Guarionex, para ir a otro cacique llamado Maviatúe, la gente de Guarionex edificaba una casa junto a la de oración; en ésta habíamos dejado algunas imágenes, ante las cuales se arrodillaban y rezaban los catecúmenos, que eran la madre, los hermanos y los parientes del mencionado Juan Mateo, el primer cristiano, a los que se agregaron otros siete; después, todos los de su casa se hicieron cristianos y perseveraron en su buen propósito según nuestra fe; de modo que toda la familia quedaba para guardar la casa de oración y algunas posesiones que yo había labrado o hecho labrar. Habiendo quedado en custo-

dia de dicha casa, el segundo día después que nos fuimos a Maviatúe, llegaron seis hombres a la casa de oración que dichos catecúmenos, en número de siete, tenían bajo su custodia, y por mandato de Guarionex, les dijeron tomasen aquellas imágenes que yo les había dejado en su poder a los catecúmenos, y las rompiesen y destrozasen, pues fray Ramón y sus compañeros se habían marchado y no sabrían los autores de esto. Los seis criados de Guarionex que fueron allí, encontraron a los seis muchachos que custodiaban la casa de oración, temiendo lo que después sucedió; los muchachos, advertidos, se opusieron a que entraran, mas ellos penetraron a la fuerza, tomaron las imágenes y se las llevaron.

## CAPITULO XXVI

*De lo que aconteció con las imágenes, y del milagro que Dios hizo para mostrar su poder.*

Salidos los indios de la casa de oración, tiraron las imágenes al suelo, las cubrieron con tierra y después las pisaron, diciendo: “*Ahora serán buenos y grandes tus frutos*”; esto lo decían por haberlas sepultado en un campo de labor, y, por tanto, sería bueno el fruto que allí se había plantado; todo ello, por vituperio. Visto lo referido por los muchachos que guardaban la casa de oración por mandato de los mencionados catecúmenos, fueron a los mayores, que estaban en sus posesiones, y les contaron cómo la gente de Guarionex había destrozado y escarnecido las imágenes. Tan luego como lo supieron, dejaron lo que hacían, y corrieron gritando a decírselo a D. Bartolomé Colón, que tenía el gobierno por el

Almirante, su hermano, cuando éste se fué a Castilla. D. Bartolomé, como lugarteniente del Virrey y Gobernador de las islas, formó proceso contra los malhechores, y, sabida la verdad, los hizo quemar públicamente. No obstante Guarionex y sus vasallos no se apartaron del mal propósito que tenían de matar los cristianos en cierto día designado para que llevasen el tributo de oro que pagaban. Pero tal conjuración fué descubierta, y luego apresados el mismo día que se proponían llevarla a efecto. Sin embargo, continuando en su perverso designio, lleváronlo a ejecución, y mataron a cuatro hombres y a Juan Mateo, escribano mayor, y a su hermano Antonio, que habían recibido el santo bautismo; luego corrieron adonde estaban escondidas las imágenes y las tiraron hechas pedazos. Pasados algunos días, el señor de aquel campo fué a sacar ajes, que son ciertas raíces semejantes a nabos, y otras, parecidas a rábanos; en el lugar donde estaban las imágenes enterradas habían nacido dos o tres ajes, como si los hubiesen puesto el uno por medio del

otro, en forma de cruz. No era probable que alguien encontrase tal cruz, y, sin embargo, la halló la madre de Guarionex, la mujer más mala que he conocido en aquellas tierras, la cual juzgó que esto era un gran milagro, y dijo al castellano de la fortaleza de la Concepción: “Este prodigio ha mostrado Dios donde fueron halladas las imágenes. Dios sabe para qué.”

Digamos ahora cómo se hicieron cristianos los primeros que recibieron el santo bautismo, y lo que es necesario para que se hagan todos cristianos.

Verdaderamente, la isla necesita mucha gente para castigar a los señores cuando no son dignos; enseñar a los indios las cosas de la santa fe católica y doctrinarlos en ésta, porque no pueden o no saben oponerse; yo puedo decirlo con verdad, pues me he fatigado para saber todo esto y tengo certeza que se habrá entendido por lo que hasta ahora llevo escrito; y al buen entendedor pocas palabras bastan.

Los primeros cristianos que hubo en la isla Española fueron los que ya hemos men-

cionado, a saber: Yavauvariu, en casa del cual había diez y siete personas que todas se hicieron cristianas solamente con darles a conocer que hay un Dios que ha hecho todas las cosas y creó el cielo y la tierra, sin discutir acerca de otra cosa, ni se les diese más a entender, porque eran propensos a la fe. Pero, con los otros se necesita fuerza e ingenio, porque no son todos del mismo carácter, pues algunos tienen buen principio y mejor fin; otros, que comienzan bien, y se ríen luego de lo que les habían enseñado; para éstos hacen falta la fuerza y el castigo. El primero que recibió el bautismo en la isla Española fué Juan Mateo, que se bautizó el día del evangelista San Mateo, en el año 1496, y después toda su casa, donde hubo muchos cristianos.

Aún se iría más adelante, si hubiese quien los amaestrara y enseñara la fe católica, y gente que los refrenara. Si alguno me pregunta por qué yo creo tan fácil este negocio, diré que lo he visto por la experiencia, y especialmente en un cacique principal lla-

mado Mahuviativire, el cual hace ya tres años que continúa en la buena voluntad de ser cristiano, y no tiene más que una mujer, aunque suelen tener dos o tres, y los principales, hasta diez, quince y veinte.

Esto es lo que yo he podido entender y saber acerca de las costumbres y los ritos de los indios de la Española, por la diligencia que puse. En lo cual no pretendo alguna utilidad espiritual, ni temporal. Plega a nuestro señor que todo ello se convierta en alabanza y servicio suyo, y en darme gracia de perseverar; y si ha de ser de otra manera, que me quite el conocimiento.

Fin de la obra del pobre ermitaño Ramón Pané.



---

## CAPITULO LXIII

*Cómo el Almirante fué a España para dar cuenta a los Reyes Católicos del estado en que dejaba la isla Española.*

Volviendo a lo principal de nuestra historia, digo que el Almirante, habiendo ya pacificado la isla y fabricado la villa Isabela, bien que pequeña, y tres fortalezas en aquella tierra, decidió volver a España para dar a los Reyes Católicos cuenta de muchas cosas que le pareció convenían a su servicio, especialmente a causa de muchos malignos y mordaces que, llevados de la envidia, no cesaban de hablar mal al Rey de los negocios de las Indias, con gran descrédito y deshonor del Almirante y de sus

hermanos (1). Por lo que, con doscientos veinticinco cristianos y treinta indios, el jueves, a 10 de Marzo del año 1496, se embarcó; al amanecer mandó desplegar velas al viento en el puerto de la Isabela, y con viento de Levante navegó por la costa arriba con dos carabelas llamadas Santa Cruz y la Niña, que eran las mismas con las que había ido a descubrir la isla de Cuba. Martes, a 22 de Marzo, perdió de vista el cabo

---

(1) Don Hernando pasa por alto la comisión que los Reyes Católicos, a 9 de Abril de 1495, dieron a Juan Aguado para que fuese a ver el estado de la isla Española, de la que habían dado siniestros informes el P. Boyl y Pedro Margarit, en parte verdaderos y en parte a fin de disculpar su reprehensible venida. Cuando Aguado llegó a la Española, en Octubre, D. Cristóbal estaba luchando en la provincia de Maguana con los hermanos de Caonabó: "Quiso ir luego el dicho Juan Aguado en busca del Almirante, y tomó cierta gente de pie y de caballo. Díjose que por los caminos y pueblos de los indios, él, o los que con él iban, echaban fama que era venido otro nuevo Almirante que había de matar al viejo." (Las Casas, *Hist.* lib. I, cap. CVII.) Añade éste que Agua-

oriental de la Española, y navegó hacia Levante lo más que el viento le consentía. Pero, como la mayor parte de los vientos eran de Levante, a 6 de Abril, por andar escaso de bastimentos, y por estar la gente muy cansada y abatida, resolvió ir hacia Mediodía, para tomar las islas de los Caribes, a las que llegó tres días después, y fondeó en Marigalante el sábado, a 9 de Abril. Al día siguiente, aunque era su costumbre

---

do “se entrometía en cosas, con fiucia y color de su creencia, quel Almirante sentía por randes agravios”. Confiesa, no obstante, el P. Las Casas, que los españoles en aquella isla pasaban muchos trabajos, especialmente hambre: “No tenían otra cosa que comer sino la ración que les daban de la alhóndiga del Rey, que era una escudilla de trigo, que lo habían de moler en una atahona de mano (y muchos lo comían cocido) y una tajada de tocino rancioso, o de queso podrido, y no sé cuantas habas o garbanzos... el Almirante mandábalos trabajar, hambrientos y flacos, y algunos enfermos, en hacer la fortaleza y la casa del Almirante y otros edificios, por manera que estaban todos angustiados y atribulados y desesperados.”

no levar las anclas en domingo cuando estaba en algún puerto, alzó velas al viento, porque murmuraba la tripulación, diciendo que pues iban a buscar de comer, no se debían observar con tanto rigor las fiestas. Por esto, fué a surgir en la isla de Guadalupe, y enviadas las barcas a tierra, antes de que llegasen, salieron de un bosque muchas mujeres con arcôs, saetas y penachos, en actitud de defender la tierra. Por lo cual, y también porque el mar estaba algo encrespado, los de las barcas, sin llegar a tierra, mandaron a nado a dos de los indios que llevaban de la isla Española, por los cuales fuesen bien informadas aquellas mujeres de lo que eran los cristianos. Sabido por éstas que no querían más que bastimentos a cambio de las cosas que llevaban, les dijeron que fuesen con sus navíos hacia a la parte del Norte, donde estaban sus maridos, quienes les proveerían de todo lo que deseaban. Yendo los navíos muy cerca de tierra, vieron correr a la costa muchos indios con arcos y flechas, los que acometieron a los nuestros con grandí-

simo atrevimiento y gritería, aunque en vano, pues no llegaban con sus flechas. Pero viendo que los de las barcas armadas querían salir a tierra, los indios se retiraron a una emboscada, y cuando los nuestros estaban ya junto a la costa, les asaltaron para impedir que desembarcasen. Pero asustados con las lombardas que les dispararon desde las naves, fueron obligados a retirarse al bosque (1), abandonando sus posesiones y sus casas, en las que entraron los cristianos, cogiendo y destruyendo lo que hallaban. Como sabían el modo de hacer el pan de los indios, echaron mano a la masa y comenzaron a elaborar pan, de modo que se reunió de éste todo lo que hacía falta. Entre otras cosas que hallaron en aquella casa, fueron papagayos grandes, miel, cera y hierro, del que tenían pequeñas hachas con las que cortan, y telares como de tapi-

---

(1) Las Casas, lib. I, cap. CXI: "tiráronles de los navíos ciertas lombardas, que derrocaron algunos; huyen todos a los montes viendo el daño".

ces, con los cuales tejen telas; las casas eran cuadradas, y no redondas como en las otras islas; en una de ellas fué hallado un brazo de hombre puesto al fuego en un asador. Mientras hacían pan, el Almirante mandó cuarenta hombres por la isla para que supiesen alguna cosa de la calidad y disposición de ésta; los cuales al día siguiente, volvieron con una presa de diez mujeres y tres muchachos, pues los demás habían huído. Entre las mujeres que cautivaron estaba la de un cacique, que apenas la pudo alcanzar un perro canario velocísimo y muy valiente, que había llevado consigo el Almirante; y aún se habría escapado la india, pero cuando ésta se vió sola con el perro, creyó que podría cogerlo, y así luchando a brazo partido, el perro no podía resistirla, de modo que lo echó en tierra, y lo hubiese ahogado, si los cristianos no hubiesen ido a socorrerlo (1). Estas

---

(1) "tornaron otro día con diez mujeres y tres muchachos; la una era la señora del pueblo, y por ventura, de toda la ysla, que cuando la tomó

mujeres llevan las piernas fajadas, desde la pantorrilla, hasta la rodilla, con algodón hilado, para que parezcan recias, a cuyo adorno llaman *coiro*; lo tienen por gran gentileza, y se aprietan con él de tal suerte que, si por algún motivo se les cae esta faja, aquella parte de la pierna resulta muy delgada (1). Esto mismo acostumbran en Jamaica los hombres y las mujeres, y aún se fajan los brazos hasta el sobaco, a sa-

---

un canario que el Almirante allí llevaba, corría tanto que no parecía sino un gamo; la cual, viendo que la alcanzaba, vuelve a él como un perro rabiando, y abrázalo y da con él en el suelo, y si no acudieran cristianos, lo ahogara". (Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CXI.)

(1) El Dr. Chanca, en su Carta relación del segundo viaje, describe este adorno que usaban las indias de Guadalupe: "las caribes traían en las piernas, en cada una dos argollas tejidas de algodón, la una junto con la rodilla, la otra junto con los tobillos; de manera que les hacen las pantorrillas grandes; e de los sobredichos lugares, muy ceñidas". (Fernández Navarrete, *Viajes*, t. I, pág. 204.)

ber, hasta la parte más delgada, a guisa de los brazales que antiguamente se usaban entre nosotros. Hay también entre ellas ciertas mujeres muy gordas, tanto que alguna tenía un brazo, y aún más, de recia; en lo demás son bien proporcionadas; en cuanto sus hijos pueden estar de pie y andar, les dan un arco en la mano, para que aprendan a disparar saetas; todas llevan el cabello largo y suelto por la espalda; no cubren cosa alguna de su cuerpo. La cacica o señora que tomaron, decía que toda la isla era de mujeres, y que aquellas que no les habían dejado llegar con sus barcas a tierra, eran también mujeres, excepto cuatro hombres de otra isla que estaban allí de paso, pues cierto tiempo del año suelen venir a recrearse y estar con ellas. Lo mismo hacían las mujeres de otra isla llamada Martinino, de las cuales referían lo que se lee de las Amazonas; el Almirante creyó esto por lo que había visto en aquellas mujeres, y el ánimo y fuerza que mostraron. Dícese también que parecen dotadas de más inteligencia que las de otras islas, pues en otros



lugares no miden el tiempo más que de día por el sol, y de noche, por la luna; mientras que estas mujeres contaban los tiempos por las estrellas, diciendo: cuando el carro sube, o tal estrella se remonta, entonces es tiempo de hacer esto, o lo otro.



---

## CAPITULO LXIV

*Cómo el Almirante salió de la isla de Guadalupe para ir a Castilla.*

Después que hicieron tanto pan como les bastaba para veinte días, con otro tanto que tenían en los navíos, el Almirante resolvió continuar su camino hasta Castilla, pero viendo que aquella isla era como escala y puerta para las otras, quiso dejar contentas a las mujeres, con algunos regalos, en compensación de los daños que les habían hecho, por lo que las envió a tierra, excepto a la cacica, que prefirió ir a Castilla, con una hija suya, en compañía de los otros indios que se llevaban de la Española, uno de los cuales era el rey Caonabó, ya mencionado, el mayor y más bien reputado de

aquella isla, porque no era natural de ella, sino del país de los caribes; a la cacica le agradó irse a Castilla con el Almirante. Este, luego que se proveyó de agua, de pan y de leña, el miércoles, a 20 de Abril, dió las velas al viento y salió de la isla de Guadalupe; con vientos escasos y mucha calma siguió su viaje por el grado veintidós, unas veces más y otras menos apartado, según que lo exigía el viento, pues entonces no se tenía la experiencia que hoy, de meterse bien hacia el Norte, para encontrar el viento vendabal; cuando llevaban caminado poco, siendo la tripulación numerosa, comenzaron el 20 de Mayo a estar en gran angustia, por la escasez de bastimentos, la cual era tanta que sólo comían al día, cada uno, seis onzas de pan y cuartillo y medio de agua, sin nada más, y aunque había ocho o nueve pilotos en aquellas dos carabelas, ninguno de ellos sabía dónde estaban, si bien el Almirante tenía la certeza de que se hallaban un poco al occidente de las islas Azores, de lo que da la razón en su Itinerario, diciendo: “Esta mañana, las agujas fla-

mencas noroesteaban, como suelen, una cuarta, y las genovesas, que generalmente se conforman con éstas, noroesteaban poco; después noroesteaban yendo hacia el Este, señal de que nos hallábamos a unas cien leguas al Poniente de las islas Azores, pues cuando estuvimos en las ciento, y había en el mar poca hierba, de ramillos esparcidos (1), las agujas flamencas noroesteaban una cuarta, y las genovesas, miraban al Norte; cuando estemos más al Este Noroeste, harán alguna mutación.”

---

(1) Cristóbal Colón, en su Carta relación del tercer viaje, dice que en el primero, a cien leguas al Oeste de las Azores, “falló la mar toda llena de yerba como de una calidad que parece ramitos de pino, y muy cargada de fruta como de lantisco, y es tan espesa que al primer viaje pensé que era bajo, y que daría en seco con los navíos.”

En su *Diario* del primer viaje anotó varias veces la impresión que le produjo el mar del Sargazo, y así, escribió, a 21 de Septiembre, haber hallado tanta hierba, que el mar parecía cuajado de ella.

Lo que se verificó muy luego, el domingo siguiente, a 22 de Mayo. De cuyo indicio, y de la certeza del punto que había echado, supo entonces que estaba a cien leguas de las islas de los Azores, de lo cual se maravillaba, y atribuye el motivo a la diferencia de la calamita con que se tocan las agujas, porque hasta dicha línea, todas noroesteaban una cuarta, y allí, las unas perseveraban, y las otras, que son las genovesas, miraban derechamente a la estrella del Norte; lo mismo se verificó otro día más tarde, a 24 de Mayo. Siguiendo su camino, el miércoles, a 8 de Junio, yendo todos los pilotos como ciegos y perdidos, llegaron a vista de Odmira, que está entre Lisboa y el cabo de San Vicente, habiendo pasado muchos días que todos los otros pilotos se acercaban siempre a tierra, excepto el Almirante, que la noche anterior moderó la furia de las velas, por miedo al peligro de tierra, diciendo que hacía esto porque se hallaban junto al cabo de San Vicente; de lo cual se reían todos, afirmando algunos que iban por el canal de Flandes, y otros,

por Inglaterra; los que menos se equivocaban, decían hallarse en Galicia, por lo que no debían amainar, pues era mejor perecer en tierra, que morir miserablemente en el mar con el hambre que padecían, la cual fué tan grande que muchos, como caribes, querían comerse los indios que llevaban; otros, por economizar lo poco que les quedaba, eran de parecer que se les tirase al mar, y lo habrían hecho si el Almirante no se mostrase bastante severo en impedirlo, considerando que eran sus prójimos, y cristianos, y por esto, no se les debía tratar menos bien que a los demás; por ello quiso Dios premiarle, dándole a la mañana siguiente la tierra que él a todos había prometido. Desde entonces fué tenido por la gente de mar como sapientísimo y divino en cosas de navegación.





---

## CAPITULO LXV

*Cómo el Almirante llegó a la Corte, y la expedición que le encomendaron los Reyes Católicos para su vuelta a las Indias.*

Llegado el Almirante a tierra de Castilla, luego comenzó a disponer su viaje para la ciudad de Burgos, donde fué muy bien recibido de los Reyes Católicos, que estaban allí para celebrar las bodas del serenísimo Príncipe D. Juan, su hijo, que se casó con doña Margarita de Austria, hija del Emperador Maximiliano (1), la cual fué

---

(1) Don Hernando, por flaqueza de memoria, incurre aquí en un anacronismo, pues la Princesa doña Margarita se desposó con D. Juan, en Burgos, a 19 de Marzo de 1497, y no en la

llevada entonces, y recibida solemnemente por la mayor parte de los nobles y por la mejor y más ilustre gente que en España se vió reunida. Pero estas particularidades y grandezas, aunque yo estuve presente, por ser paje del mencionado Príncipe, no las referiré, pues no son hechos que se refieran a nuestra historia, y también porque los cronistas de Sus Altezas habrán cuidado de ello. Volviendo a lo que al Almirante toca, digo que llegado a Burgos, hizo muy luego a los Reyes Católicos un gran presente de muchas cosas y muestras que llevaba de las Indias, como diversidad

---

fecha de 1496, que dice aquél, dando con ello muestras de la precipitación con que escribió la Historia de su padre.

“Decidió en tierra la Princesa en Santander, e fuele hecho el recibimiento de Castilla en Burgos, y desposáronla luego allí a 19 de Marzo, domingo de Ramos, y veláronlos en el Cuasimodo adelante, 2 de Abril.”—*Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y doña Isabel, escrita por el Bachiller Andrés Bernaldez.* Sevilla, MDCCCLXXX. Tomo II, pág. 133.

de aves y otros animales; árboles, plantas, instrumentos y otras cosas que los indios usaban para su servicio y recreo; muchas máscaras y ceñidores con varias figuras, en las que, los indios, ponían hojas de oro en los ojos y las orejas; juntamente había oro en grano, producido así por la naturaleza, menudo, o grande como habas o garbanzos, y algunos granos como huevos de paloma; aunque esto después no fué apreciado tanto, pues en tiempos posteriores se halló un pedazo y pepita de oro que pesaba más de treinta libras. Pero entonces, con la esperanza de lo que daría aquello con el tiempo, se estimaba como gran cosa; por esto lo recibieron los Reyes con mucha alegría, y lo tuvieron a gran servicio.

Después que el Almirante dió cuenta de lo que se refería al bien y la población de las Indias, deseaba volver pronto por miedo de que faltando él, sucediese algún siniestro y desventura, principalmente por haber dejado la gente con gran necesidad de muchas cosas que eran necesarias para sus-

tentación de todos. Pero aunque el Almirante insistía mucho en esto, comoquiera que los negocios de la Corte suelen llevar consigo dilación, no pudo estar aviado tan pronto que no pasasen diez o doce meses antes de que obtuviese la expedición de dos navíos que fueron enviados delante con socorros, de los cuales fué capitán Pedro Fernández Coronel. Estos salieron en el mes de Febrero de 1498, y el Almirante quedó solicitando el resto de la armada que era necesaria para su regreso a las Indias. Mas no pudo ver tan presto el fin sin que pasase más de un año que permaneció en Burgos y en Medina del Campo, donde, estando la Corte en el año 1499, los Reyes Católicos le concedieron muchas gracias y privilegios, no sólo acerca de sus negocios y estado, sino también para el buen gobierno y provisión de las cosas de las Indias (1). De los cuales haré aquí relación,

---

(1) Refiérese D. Hernando a la confirmación de las mercedes y privilegios de Cristóbal Colón, hecha por los Reyes Católicos en Burgos, a

para que se sepa la buena voluntad que los Reyes Católicos tuvieron, hasta entonces, de premiarle sus méritos y servicios, y cuánto se mudó luego por la falsa información de malignos y envidiosos; pero dejemos los agravios que se le hicieron, pues ya los diremos más adelante. Volviendo a su partida de la Corte para Sevilla, diré que aun allí, por culpa y mal gobierno de los oficiales reales, especialmente de D. Juan de Fonseca, arcediano de Sevilla, se alargó el despacho de la armada mucho más de lo que convenía, lo que provino de que D. Juan de Fonseca, que después fué arzobispo de Burgos, abrigó continuamente mortal odio al Almirante y a sus empresas, y estuvo a la cabeza de quienes lo malquistaron con el Rèy. Para que D. Diego mi hermano, y yo, que habíamos servido de pajes al Príncipe D. Juan, el cual entonces había muerto, no participásemos de su tardanza, y no

---

23 de Abril de 1497, y las Provisiones dadas en Medina del Campo, a 2 de Junio del mismo año. Cnf. Navarrete, *Viajes*, tomo II.

estuviésemos ausentes de la Corte al tiempo de su marcha, se nos mandó, a 2 de Noviembre del año 1497, desde Sevilla, servir de pajes a la serenísima Reina doña Isabel, de gloriosa memoria.

---

## CAPITULO LXVI

*Cómo el Almirante salió de Castilla y fué a descubrir la tierra firme de Paria.*

Continuando el Almirante su expedición a costa de mucho trabajo, con gran diligencia, el 30 de Mayo del año 1498, alzó velas en el puerto de Sanlúcar de Barrameda, con tres navíos cargados de bastimentos y de otras cosas necesarias para la provisión y socorro de la gente y pobladores de la Española. Jueves, a 7 de Junio, llegó a la isla de Porto Santo, donde oyó misa y se quedó para proveerse de agua, de leña y de todo lo que necesitaba. Luego que anocheció, aquel mismo día siguió su camino con rumbo a la isla de Madera, donde llegó el domingo siguiente, a 10 de Junio. Allí, en la ciudad de Funchal, le fué

hecho mucho agasajo y grato acogimiento por el capitán de la isla, con el que se detuvo algunos días para proveerse de lo necesario, hasta el sábado, después de mediodía, que alzó las velas; miércoles, a 19 de Junio, llegaron a la Gomera, donde estaba un navío francés que había apresado dos naves castellanas, el cual, vista la armada del Almirante, huyó con éstas. El Almirante, creyendo que serían navíos mercantes y que por miedo se escapaban creyendo que los nuestros eran franceses, no se cuidó de seguirlos; pero, que estando ya alejados, supo de cierto lo que aquello era, y envió tras de ellos tres navíos de los suyos, por miedo de los cuales, los franceses dejaron una de las naos apresadas, y huyeron con las otras dos, sin que los del Almirante pudiesen darles alcance. Y habrían también cogido la otra si no la abandonasen; porque, cuando el Almirante se presentó en el puerto, por miedo y turbación no tuvieron tiempo de proveerla de la tripulación necesaria, de tal modo que no había dentro más que cuatro franceses y seis



españoles de los que fueron presos con el mismo navío, y los españoles, visto el socorro, se levantaron contra los franceses, y poniéndolos bajo cubierta, con ayuda de los navíos del Almirante volvieron con el suyo al puerto (1), y el Almirante lo mandó restituir a su patrón. Y aún habría castigado a los franceses si no interpusiera su autoridad el gobernador Alvaro de Lugo, y todos los de la tierra, que le pedían se los diese a cambio de seis vecinos que el francés llevaba prisioneros; el Almirante se los cedió gustosamente. Después, apre-

---

(1) Las Casas, lib. I, cap. CXXX, refiere así este suceso: "en ella [en la Gomera] halló un corsario francés, con una nao francesa y dos navíos que había tomado de castellanos, y como vido los seis navíos del Almirante, dejó las anclas y el un navío, y dió de huir con el otro, el francés; envía tras él un navío, y como vieron, seis españoles que iban en el navío que llevaba tomado, ir un navío en su favor, arremeten con otros seis franceses que los iban guardando, y por fuerza métenlos debajo de cubierta, y así los trajeron".

surando su viaje, el jueves, a 21 de Junio, navegó con rumbo a la isla del Hierro, y allí, de seis navíos que llevaba en su armada, resolvió mandar tres a la Española, y, con los otros tres, ir él hacia las islas de Cabo Verde, para desde allí seguir derecho su camino y descubrir la tierra firme. Con tal propósito nombró un capitán en cada uno de los navíos que mandaba a la isla Española: uno de aquellos fué Pedro de Arana (1), primo del Arana que murió en la isla Española; otro, Alfonso Sánchez de Carvajal, vecino de Baeza; el tercero, Juan Antonio Colombo, primo del Almirante (2). Dióles particular instrucción de lo que ha-

---

(1) Las Casas, lib. I, cap. CXXX: "Pedro de Arana, natural de Córdoba, hombre muy honrado y bien cuerdo, el cual yo muy bien cognoscí, hermano de la madre de Don Hernando Colón, hijo segundo del Almirante."

(2) Idem, lib. I, cap. CXXX: "El tercero para el otro navío, fué Juan Antonio Colombo, ginovés, deudo del Almirante, hombre muy capaz y prudente y de autoridad, con quien yo tuve frecuente conversación."

bían de hacer, disponiendo que cada uno tuviese el gobierno general una semana (1). Dada esta orden, emprendió su viaje con rumbo a las islas de Cabo Verde, y dichos capitanes salieron para la Española. Como el clima por donde viajaba era en aquel tiempo malsano, el Almirante fué súbitamente acometido de un gravísimo dolor de gota en una pierna, y a los cuatro días le sobrevino una terrible fiebre. Pero, no obstante la enfermedad, estaba en su buen seso y anotaba con diligencia todos los espacios que caminaba el navío, y las mutaciones que ocurrían de tiempo, como lo había acostumbrado desde el comienzo del primer viaje. Siguiendo su rumbo, el miércoles, 27 de Junio, vió la isla de la Sal, que es una de las islas de Cabo Verde. Pasando junto a ella, fué a otra que se llama de Buenavista, nombre ciertamente alejado de la verdad,

---

(1) Las Casas, loc. cit.: “mandó que, una semana uno, otra semana otro, fuese cada uno Capitán general de todos tres navíos, cuanto a la navegación y a poner farol de noche”.

pues es triste y pobre. En ésta echó las anclas en un puerto, a la parte del Oeste, junto a una isleta que hay allí, cerca de seis o siete casas de los que habitan aquella isla, y de leprosos que allí van para curarse de su enfermedad. Y así como los navegantes se regocijan descubriendo tierra, tanto se alegran y gozan los infelices que allí habitan, cuando ven algún navío, por lo cual, muy luego fueron a la playa para hablar con los de las barcas que el Almirante mandó a tierra para proveerse de agua y sal. Hay en la isla gran cantidad de cabras. Viendo que aquellos eran castellanos, el portugués que gobernaba la isla en nombre de su Señor, fué pronto a los navíos para hablar con el Almirante y ofrecerle cuanto éste pedía, por lo que el Almirante le dió las gracias y mandó que le fuese hecho mucho agasajo y se le diese algún refresco, pues, por la esterilidad de la isla, siempre viven en gran miseria. Deseando saber el Almirante la manera que tenían los enfermos para curarse, preguntóselo, y dijo aquel hombre que, allí, el aire y el

cielo eran muy templados, y esto era la primera causa de la curación; la segunda procedía de lo que comían, porque acudía allí gran número de tortugas, de las que se alimentan los enfermos, y se untan con su sangre, de modo que en poco tiempo, continuando esta medicina, sanan; pero los que nacieron ya enfermos de este mal, tardan más en curarse. Era el motivo de haber allí tantas tortugas el ser toda la costa una playa arenosa, donde, en los tres meses de Junio, Julio y Agosto, iban las tortugas desde la tierra firme de Etiopía (1); la mayor parte de las cuales eran del tamaño de una rodela común. Que todas, por la tarde salían a dormir y a poner los huevos en la arena; que los cristianos iban de noche por la playa, con hachones encendidos o con linternas, buscando las huellas que ha dejado en la arena la tortuga, y, hallada ésta, la siguen hasta dar con ella, la cual, cansada por haber andado tanto camino, duerme tan

---

(1) El Africa occidental, llamada, impropia-mente, Etiopía.

profundamente que no siente al cazador; éste apenas la encuentra, la deja vuelta con el vientre hacia arriba, y sin hacerle más daño, pasa a buscar otra, porque las tortugas no pueden volverse, ni moverse del lugar donde las dejan, por su mucho peso; luego que han tomado cuantas quieren, vuelven a la mañana, a fin de escoger las que más les agradan, y dejando irse las más pequeñas, se llevan las otras para comérselas. Con tal miseria viven los enfermos, sin que tengan más ocupación, ni otra comida, por ser la isla muy seca y estéril, sin árboles, ni agua, por lo que solamente la beben de algunos pozos de agua muy gorda y salitrosa. Dijeron que los mismos encargados de guardar la isla, que eran aquel hombre y cuatro compañeros suyos, no tenían otra ocupación que matar cabras, y salarlas para enviarlas a Portugal. Añadían haber tanta abundancia de cabras por los montes, que algún año mataron por valor de tres o cuatro mil ducados, y que todas ellas se habían multiplicado de ocho cabras que llevó el Señor de la isla, llamado Rodrigo Alfon-

so, escribano de la hacienda del Rey de Portugal. Muchas veces estaban los cazadores cuatro o cinco meses sin comer pan, ni otra cosa más que aquella carne, y peces, y que por este motivo estimaba mucho el refresco que el Almirante le había hecho dar. Luego, aquel hombre y sus compañeros, con alguna gente de los navíos, fueron a la caza de cabras, pero viendo que se necesitaba mucho tiempo para matar cuantas hacían falta, el Almirante no quiso detenerse más, por la mucha prisa que tenía, y así, el sábado, a la tarde del último día de Junio, salió para la isla de Santiago, que es la principal de las islas de Cabo Verde, donde llegó al día siguiente, al anochecer, y se detuvo junto a una iglesia, donde mandó a tierra para comprar algunas vacas y bueyes, y llevarlos vivos a la Española. Pero, vista la dificultad que allí había para proveerse con presteza de lo que deseaba, y el daño que de su tardanza se le seguía, decidió no esperar más, y especialmente, porque temía que enfermase la gente, por ser aquella tierra malsana. Por lo cual es-

cribe que desde que llegó a dichas islas, no vió el cielo, ni alguna estrella, sino una niebla tan densa y caliente que las tres partes de los moradores de la isla estaban enfermos, y todos tenían mal color.



---

## CAPITULO LXVII

*Cómo el Almirante salió de las islas de Cabo Verde a buscar la Tierra Firme; del gran calor que sufrió, y la claridad que daba el Norte.*

Jueves, a 5 de Julio, el Almirante salió de la isla de Santiago (1) con rumbo al Sudoeste, con propósito de navegar hasta la tierra equinocial, y de allí, seguir por Occidente hasta que hallase tierra, o llegar a paraje desde donde pasase a la isla Española. Pero como entre aquellas islas son muy grandes las corrientes hacia el Norte

---

(1) Las Casas, lib. I, cap. CXXXII: "Miércoles, 4 días de Julio, mandó alzar y dar las velas de aquella isla de Santiago."

y el Noroeste, no pudo caminar tanto como deseaba, de modo que el sábado, a 7 de Julio, aún dice que estaba a vista de la isla del Fuego, que es una de las del Cabo Verde, la cual añade que es muy alta hacia el Mediodía, y que de lejos parece una gran iglesia que tiene hacia el Este el campanario, un altísimo pico de donde, cuando sopla el viento levante, suele salir gran fuego, como sucede en Tenerife, en el Vesubio y en el Etna. Esta fué la última tierra que vió de cristianos. Luego continuó su camino por Suroeste hasta que se halló a distancia de cinco grados de la equinocial, donde se calmó el viento, habiendo navegado continuamente con la niebla de que ya hemos hablado. Aquella calma duró ocho días, con un calor tan excesivo que abrasaba los navíos; no había nadie que pudiese estar bajo cubierta, y si no fuera porque llovió alguna vez, y que el sol se anublaba, creyó que se quemarían vivos juntamente con los navíos, porque el primer día de calma fué tan claro, y era tan grande el calor, que ningún remedio se podía hallar si Dios

no socorriese milagrosamente con la lluvia y la niebla que hemos dicho. Por lo cual habiéndose alejado algo hacia el Norte, hallándose a siete grados de la equinocial, resolvió no ir más hacia el Sur, sino caminar derecho al Poniente, cuando menos hasta ver cómo se fijaba el tiempo, pues con motivo del calor había perdido mucha vasi-ja, saltaban los cercos de los toneles, y se requemaban el trigo y los otros bastimentos que llevaban. Estando ya a mediados de Julio, dice que tomó la altura del Polo con gran diligencia y mucha certidumbre, y halló grande y maravillosa diferencia de lo que solía suceder en el paralelo de las Azores. Porque allí, cuando estaban las Guardas en el brazo derecho, esto es, a la parte de Oriente, entonces la estrella del Norte se hallaba más baja, y luego se iba encumbrando; de modo que, cuando las Guardas estaban encima de la cabeza, entonces la Polar tenía de altura dos grados y medio, y luego que pasaba de allí, volvía a descender los mismos cinco grados que había subido. Lo cual dice que experimentó muchas

veces con gran diligencia y con tiempo muy cómodo para observarlo. Y que, entonces, en el paraje donde estaba de la zona tórrida, resultó muy en contrario, porque estando las Guardas en la cabeza, hallaba que la Polar se había encumbrado seis grados, y cuando las Guardas pasaban al brazo izquierdo, al cabo de seis horas halló la estrella Polar en once grados de altura; después que, a la mañana, las Guardas pasaban a los pies, aunque no se veían por estar muy bajo el Polo, la Polar tenía de altura seis grados, de modo que la diferencia era de diez grados, y describía un círculo cuyo diámetro era de diez, no habiendo bajado más que cinco en su posición, por estar allí en el brazo izquierdo, que es el más bajo, y aquí en la cabeza (1). Parecióle muy difícil de comprender la razón de esto, y no enten-

---

(1) "Halló también allí, donde agora venía, que la estrella del Norte tenía en catorce cuando las Guardas habían pasado de la cabeza el término de dos horas y media." (Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CXLIX.)

diéndola bien hasta que pensó mucho en ello, dice parecerle, en lo que atañe a la descripción del círculo por la estrella, poderse afirmar que en la equinocial se ve como es, y cuanto sube más al Polo, parece menor, porque se toma el cielo más oblicuo. Quanto al noroestear, creo que la estrella tiene la propiedad de los cuatro vientos, como también la calamita, que si se toca con Levante, mirará al Levante, y si de otro modo al Poniente, al Norte, o al Sur; por esto, el que hace las agujas de marear, cubre con paño la calamita, de modo que no quede fuera más que la parte septentrional, esto es, la que tiene virtud de guiar el acero derecho al Norte.



---

## CAPITULO LXVIII

### *Cómo el Almirante descubrió la isla de la Trinidad y vió la Tierra Firme.*

Martes, último día de Julio del año 1498, después de navegar el Almirante muchos días hacia Poniente, tanto que en su opinión dejaba las islas de los Caribes al Norte, acordó no continuar más aquel camino, sino ir a la Española, no sólo porque padecía gran falta de agua, mas también porque todos los bastimentos se le deshacían, y también porque recelaba que en su ausencia hubiese ocurrido algún desorden y alboroto entre la gente que allí había dejado, como en efecto había sucedido, por lo que más adelante referiré. Por lo cual, dejando el camino de Poniente, tomó el del Norte, pa-

reciéndole que tomaría por allí alguna de las islas de los Caribes, donde se refrescase la gente, y se proveyera de agua y leña, de lo que tenía gran necesidad. Así, pues, navegando una mañana por aquel camino, quiso Dios que a hora del mediodía, un marinerero de Huelva llamado Alonso Pérez Nizardo, subido a la gabia, vió tierra al Occidente, a distancia de cinco leguas de la nave; lo que vió fueron tres montes juntos, al mismo tiempo. No mucho después vieron que la misma tierra se dilataba al Nordeste, todo cuanto que alcanzaba la vista, y aun parecía no verse hasta el fin. Por lo cual, habiendo todos dado muchas gracias a Dios, y recitado la Salve y otras oraciones devotas que en tiempos de tormenta y de alegría suelen rezar los marineros, el Almirante le puso el nombre de isla de la Trinidad; tanto por llevar pensamiento de poner este nombre a la primera tierra que hallase, como por parecerle que con esto daba gracias a Dios, que le había mostrado los tres montes juntos al mismo tiempo, según hemos dicho. Después navegó con rumbo a



Occidente para ir a un cabo que se veía más al Sur, y fué por la parte meridional de dicha isla hasta que llegó a dar fondo, pasadas cinco leguas de una punta que llamó de la Galea (1), a causa de un peñasco que había en aquélla, que lejos parecía una galera que iba a la vela. Por no tener a la sazón más que una pipa de agua para toda la tripulación de su nave, y las otras estaban con la misma necesidad, y allí no había comodidad para tomarla, luego, la mañana del miércoles siguiente, siguiendo por dicho camino al Poniente, fué a detenerse junto a otro cabo que llamó de la Playa, donde con grande alegría bajó la gente a tierra y tomaron agua de un hermosísimo río, sin que en todo el contorno hallasen gente ni población alguna, aunque en toda la costa que habían dejado a mano derecha, hubiesen visto muchas casas y pueblos. Es verdad que encontraron vestigios de pescadores, que habían huído dejando algunas cosas de las

---

(1) Hoy se llama de la Galeota.

que suelen disponer para la pesca. Allí encontraron también muchas huellas de animales que parecían ser cabras, y también los huesos de uno; pero, como la cabeza no tenía cuernos, creyeron que sería algún gato paúl, o mono; después supieron que lo era, por los muchos gatos paúles que vieron en Paria. Aquel mismo día, que fué el primero de Agosto, navegando entre el cabo de la Galea y el de la Playa, sobre la mano derecha, hacia el Sur, vieron la tierra firme, a distancia de veinticinco leguas, y pensaron que sería otra isla; creyéndolo así el Almirante, la llamó Isla Santa (1). La tierra que vieron de la isla de la Trinidad, esto

---

(1) El Obispo Geraldini, en su *Itinerarium*, dice que Colón, por la antigua amistad que entre ambos había, y por lo mucho que aquél había trabajado para que los Reyes aceptaran sus ofertas cuando el primer viaje, dió el nombre de Gracia a la tierra de Paria, que Colón creyó ser isla, en memoria de doña Gracia, madre de Geraldini, dama de singular piedad y otras muchas virtudes.

“Berique iam insulam deteximus, qua modo

es, desde un cabo al otro, se dilataba por treinta leguas de Este a Oeste, sin puerto alguno; pero todo el país era muy hermoso, los árboles llegaban hasta el agua; había muchos pueblos y casas; todo muy ameno; esta jornada la hicieron en brevísimo espacio, porque la corriente del mar era tan veloz hacia el Poniente, que parecía un río im-

---

Gratiosa dicitur, et nobilis mater mee nomen a Colono Ligure inditum tenet, que genere, anticitate, antiquis moribus, multa doctrina et testata in Deum pietate clara fuit; tunc ego letus quod antiquam mecum amicitiam Colonus servasset, eo scilicet tempore, quo eum ad talem in magno Oceano expeditionem capiendum iuvi; nam cum ego genitricem meam summopere, me minime petente, commendarem, ipse mihi respondit, se illustris matris mee nomen alicui nobili insule indituram esse; et tunc ego cum grandi ubique gaudio in proximum portum descendi, inde insulam intravi altis arboribus plenam.”—Geraldini, *Itinerarium*, lib. XII. *Raccolta Colombiana*, parte III, vol. II, págs. 296 y 297.

Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CXXXIII, equivocóse al narrar el itinerario de Colón en la isla de la Trinidad, pues escribe que “miércoles, 1.º de

petuoso, tanto de día como de noche, a todas horas, no obstante que subía y menguaba el agua en la playa, más de sesenta pasos, con la marea, como en Sanlúcar de Barrameda suele acontecer cuando se hincha el agua, pues aunque ésta suba y baje, no por eso deja de correr hacia el mar.

---

Agosto, corrió la costa abajo, hacia el Poniente, cinco leguas, y llegó a una punta, donde surgió con todos tres navíos, y tomaron agua de fuentes y de arroyos... vido desde allí, hacia la parte del Sur o Austro, otra isla que el luengo della iba más de veinte leguas; a ésta puso nombre la Isla Santa". D. Hernando reseña mejor el viaje de su padre.

Cristóbal Colón, en su Carta-relación del tercer viaje, escribe: "Navegué al Septentrión fasta una tierra muy alta, adonde serían veinte y seis leguas desta punta del Arenal, y allí había dos cabos de tierra muy alta, el uno de la parte de Oriente, y era de la misma isla de la Trinidad, y el otro del Occidente, de la tierra que dije de Gracia, y allí hacía una boca muy angosta."

---

## CAPITULO LXIX

*Cómo el Almirante fué al cabo del Arenal, y los de una canoa fueron para hablar con él.*

Viendo que en el cabo de la Playa no podían tener lengua de la gente de aquella tierra, ni había comodidad para proveerse de toda el agua que necesitaban, sino con gran molestia, y que allí no podían reparar los navíos, ni tener bastimentos, al día siguiente, que fué a 2 de Agosto, el Almirante siguió su camino hacia otro cabo que parecía ser el occidental de la isla, y llamólo del Arenal (1); allí surgió, pareciéndole que los levantes que corren en aquella parte, no darían tanta fatiga en el ir y vol-

---

(1) Hoy lleva el nombre de Icacos.

ver las barcas a tierra. Antes que llegasen a este cabo, yendo por su camino, comenzó a seguirles una canoa con veinticinco indios, los cuales, a un tiro de lombar-da, se detuvieron hablando en voz alta; pero no se les entendía cosa alguna, aunque se presumió que indagarían quiénes eran los nuestros y de qué país iban, como otras veces los demás indios acostumbraban a indagar lo primero. Pero como con palabras no había medio de persuadirles que se acercasen a los navíos, comenzaron los nuestros a mostrarles diversas cosas para que tuviesen deseo de adquirirlas, a saber, bacías de latón, espejos y otras cosas semejantes que los demás indios suelen estimar mucho. Pero, aunque con estas señales se acercaban algo, de cuando en cuando se detenían con alguna duda, por lo cual, y también por alegrarlos con alguna fiesta, y animarlos a ir, el Almirante mandó que subiese a la popa el tamborino, que otro cantase con un timbal, y algunos grumetes comenzasen una danza. Viendo los indios esto, luego se pusieron en ademán de gue-

rra, embrazando las rodelas que llevaban, y con sus arcos y flechas comenzaron a tirarles a los que bailaban (1). Estos, por mandato del Almirante, para que no quedase sin castigo aquella insolencia, y no despreciasen a los cristianos, dejada la danza, les comenzaron a tirar con las ballestas, de modo que les fué difícil poderse retirar, y se fueron lejos a otra carabela, llamada la Vaqueña, a la que se acercaron sin miedo ni tardanza (2), el piloto entró con ellos en la canoa, les dió algunas cosas que les agra-

---

(1) Cristóbal Colón, en la carta que escribió a los Reyes acerca del tercer viaje, cuenta así este episodio: "Hice sobir un tamborín en el castillo de popa, que tañesen, e unos mancebos que danzasen, creyendo que se alegrarían a ver la fiesta; y luego que vieron tañer y danzar, todos dejaron los remos y echaron mano a los arcos, y los encordaron, y embrazó cada uno su tablachina y comenzaron a tirarnos flechas." (Navarrete, *Viajes*, t. I, pág. 248.)

(2) Las Casas, lib. I, cap. CXXXIII: "se fueron a una de las dos carabelas, y de golpe, sin temor, se pusieron debajo la popa".

daron mucho, y dijeron que si estuviesen en tierra, les llevarían de las casas pan del suyo. Con esto se fueron a tierra y los del navío no quisieron cautivar alguno, por miedo de desagradar al Almirante. La relación que hicieron de éstos fué ser gente muy bien dispuesta y más blanca que las de las otras islas; que llevaban largo el pelo, como las mujeres, atado con unas cuerdecillas, y cubrían sus partes vergonzosas con pañizuelos.



---

## CAPITULO LXX

*Del peligro que corrieron los navíos al pasar por la boca de la Sierpe, y cómo se descubrió Paria, que fué el primer hallazgo de Tierra Firme.*

Luego que surgieron los navíos en el cabo del Arenal, el Almirante mandó las barcas a tierra, por agua, y para tomar lengua de los indios, mas no pudieron hallar ni una, ni otra cosa, por ser aquella tierra muy baja y deshabitada. Por lo cual, al día siguiente, mandó que fuesen a cavar algunos pozos en la arena, y por su buena suerte los hallaron hechos y llenos de agua buenísima; pensaron que sería obra de los pescadores. Tomada el agua que necesitaban, el Almirante acordó pasar a otra boca que

se veía hacia el Noroeste, a la cual después nombró Boca del Dragón (1), a diferencia de aquella donde estaba, que la llamó Boca de la Sierpe; estas bocas estaban formadas por los dos cabos occidentales de la Trinidad, y otros dos de la Tierra Firme; una de ellas, al Norte, y la otra al Mediodía. En medio de aquella donde el Almirante había surgido, se veía un alto peñón, al que llamó el Gallo. Por esta boca o canal que denominó Boca de la Sierpe, de continuo iba el agua hacia el Norte con tanta furia como si fuese la boca de un caudaloso río; por esto le dieron aquel nombre, a causa del espanto que allí tuvieron; pues estando asegurados con las áncoras, vino un golpe de corriente por la parte del Medio-

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CXXXIV: "Sábado, 4 días de Agosto, determina ir a ver la isla de Gracia, y levantó las anclas y dió las velas de la dicha punta del Arenal, donde surgido estaba... fué de luengo a la costa de la tierra firme de Paria, que él creía ser isla, y la nombró Isla de Gracia."

día, con mucho más ímpetu que el acostumbrado, y con grandísimo ruido, porque corría de dicha boca hacia el Norte. Y como del golfo que ahora llamamos de Paria salía otra corriente en contra de la mencionada, se juntaron como los luchadores, con grandísimo estruendo, e hicieron que el mar se elevase a guisa de un alto monte o cordillera, a lo largo de la boca. Dicho monte de agua fué en dirección a los navíos, con grande terror de todos que temían los trastornase (1). Pero quiso Dios que pasase por debajo, o por mejor decir, que los le-

---

(1) “en la noche, ya muy tarde, estando al bordo de la nao, oí un rugir muy terrible, que venía de la parte del Austro hacia la nao, y me paré a mirar, y vi levantando la mar de Poniente a Levante, en manera de una loma tan alta como la nao, y todavía venía hacia mí poco a poco, y encima della venía un filero de corriente que venía rugiendo con muy grande estrépito... que hoy en día tengo el miedo en el cuerpo que no me trabucasen la nao cuando llegasen debajo della”.—Colón, carta a los Reyes acerca del tercer viaje. (Navarrete, *Viajes*, t. I, pág. 249.)

vantó sin hacerles daño, bien que a un navío le soltó las áncoras de tierra, y lo despidió del lugar en que estaba, hasta que con las velas huyó de aquel peligro, con grandísimo miedo de anegarse. Muy luego, pasada la furia de la corriente, viendo el Almirante el riesgo en que allí estaba, emprendió el viaje hacia la Boca del Dragón, que está entre el cabo del noroeste de la Trinidad y el oriental de Paria (1), y navegó al Poniente, porque pensaba que ésta era isla, y esperaba encontrar por donde salir, a la parte del Norte, hacia la Española (2).

---

(1) Cristóbal Colón llamó punta de la Lapa, al extremo oriental de la península de Paria, y así la llama siempre el P. Las Casas en el manuscrito autógrafo de su Historia; por error de copia se le llamó después punta de Paria y de la Playa.

Cnf. *Raccolta Colombiana*, parte I, vol. II, páginas xiv y xv.

(2) “Salido del golfo y de la boca del Drago y su peligro, acuerda de ir al Poniente por la costa abajo de la tierra firme, creyendo todavía que era isla de Gracia, para emparejar en el de-

Aunque en la costa de Paria había muchos puertos, no quiso entrar en alguno, pues todo el mar era puerto, por estar circundado de la Tierra Firme.

---

recho de dicho golfo de las Perlas, Norte Sur, y rodearla y ver aquella abundancia de agua tan grande, de dónde venía, y si procedía de ríos, como los marineros afirmaban, lo que él dice que no creía, porque ni el Ganges, ni el Euphrates, ni el Nilo, no ha oído que tanta agua dulce trajesen. La razón que le movía era, porque no había tierras tan grandes de donde pudiesen nacer tan grandes ríos, salvo, dice él, si esta no es tierra firme; estas palabras son suyas."—Las Casas, lib. I, cap. CXXXVIII.



---

## CAPITULO LXXI

*Cómo en Paria se hallaron muestras de oro  
y perlas, y gente de buen trato.*

Estando surto el Almirante a 5 de Agosto, como tenía por devoción no alzar las áncoras en tal día, que era domingo, mandó las barcas a tierra, donde hallaron mucha fruta de la misma que en otras islas, muchísimos árboles, y señales de gente que parecía fugitiva por miedo de los cristianos. Pero no queriendo perder más tiempo, siguió la costa arriba otras quince leguas, sin entrar en puerto alguno, por miedo de no hallar los vientos que necesitaba para salir. Fondeó al cabo de las quince leguas, en la costa, y muy luego llegó una canoa al costado de la carabela llamada el Correo, con tres

hombres; el piloto, sabiendo lo mucho que el Almirante deseaba tomar lengua de aquella gente, simuló que deseaba hablar con ellos y se echó dentro de la canoa; la gente del navío tomó aquellos tres y los llevó al Almirante (1), que los acarició mucho y con bastantes dádivas los envió a tierra, donde se veía gran número de indios, los cuales, sabida la buena relación que aquellos les dieron, todos con sus canoas fueron a los navíos, para cambiar las cosas que tenían, y eran las mismas que en las otras islas antes descubiertas, habíanse hallado, aunque allí no vieron las tablachinas o rodelas, ni la hierba envenenada para las saetas, las cuales éstos no usan, pues solamente los caribes acostumbran tenerlas. La bebida de

---

(1) Las Casas, lib. I, cap. CXXXIV: "vino luego una canoa con cuatro hombres, a la carabela que estaba más cercana a tierra, y el piloto della llamó los indios como que quería ir a tierra con ellos, y en allegando y entrando, anególes la canoa, y ellos andando nadando, cogió y trájolos al Almirante".



éstos era cierto licor blanco como la leche, y otro que tiraba a negro, de sabor de vino verde, hecho de agraz; pero no se pudo saber de qué fruto lo hacían. Llevaban paños de algodón, bien tejidos, de varios colores, del tamaño de pañizuelos, unos mayores y otros menores; lo que más estimaban de nuestras cosas eran las cosas de latón, y especialmente los cascabeles. La gente parecía ser más tratable y sagaz que la de la Española. Cubren sus partes pudendas con un paño de los que hemos mencionado, que son de varios colores; llevan otro rodeado a la cabeza. Las mujeres no encubren cosa alguna, ni siquiera las partes vergonzosas, lo que también se usa en la isla de la Trinidad. Nada vieron de utilidad, fuera de algunos espejillos de oro que llevaban al cuello. Por lo cual, y porque el Almirante no podía detenerse a investigar los secretos del país, mandó que tomasen seis de estos indios, y continuó su camino al Occidente, creyendo siempre que la tierra de Paria, a la que dió nombre de isla de Gracia, no era Tierra Firme. De allí a poco vió

que se mostraba una isla a Mediodía, y otra no menor al Poniente, toda de tierra muy alta, con campos sembrados y muy poblada; los indios llevaban al cuello más espejos que los anteriores, y muchos guanines, que son oro bajo, y decían que éstos nacían en otras islas occidentales, de gente que devora hombres. Las mujeres llevaban sartas de cuentas en los brazos, y en ellas perlas grandes y pequeñas, muy bien engarzadas, de las que se rescataron algunas para mandarlas como muestra a los Reyes Católicos. Siendo preguntados dónde hallaban aquellas cosas, dijeron por señas que en las conchas de las ostras que pescaban al poniente de la tierra de Gracia, y detrás de ésta, hacia el Norte. Por lo cual el Almirante se detuvo allí, para tener más certeza de tan buena muestra, y mandó las barcas a tierra, donde se había congregado toda la gente de aquel país, que demostró ser tan pacífica y afable, que importunaron a los cristianos para que fuesen con ellos a una casa poco distante, en la que les dieron de

comer y mucho vino del suyo (1). Luego, desde aquella casa, que debía ser el palacio del rey, los llevaron a otra, de un hijo de éste, donde les hicieron el mismo agasajo; todos eran, generalmente, más blancos que cuantos se habían visto en las Indias, de mejor semblante y disposición, con el pelo cortado a mitad de la oreja, al uso de Castilla. De estos supieron que aquella tierra se llamaba Paria, y que eran gustosos de ser amigos de los cristianos; con lo que se separaron de éstos y volvieron a los navíos.

---

(1) Cristóbal Colón, en un fragmento copiado por el P. Las Casas (*Hist.*, lib. I, cap. CXXXV), escribe: “aunque los marineros no iban con propósito de salir en tierra, pero vinieron dos personas principales con todo el pueblo, y les hicieron salir; llegaron a una casa grande, hecha a dos aguas, y no redonda, como tienda de campo..., donde los recibieron muy bien y les hicieron fiesta y les dieron colación, pan y frutas de muchas maneras, y el beber fué un brevahe blanco que tienen en gran precio, de que todos estos días trujeron allí, y hay dello tinto, y mejor uno que otro”.



---

## CAPITULO LXXII

*Cómo el Almirante salió por la Boca del Dragón, y el peligro que corrió.*

Continuando el Almirante su viaje al Oeste, cada vez se hallaba menos fondo en el mar, tanto que habiendo ido por cuatro o cinco brazas de agua, no se hallaron luego sino dos y media en baja mar (1), porque el crecer y menguar el agua era diferente

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CXXXVII: "deseando salir ya deste golfo de la Ballena, donde andaba cercado de Tierra Firme, y de la Trinidad... navegando al Poniente por aquella costa de la Tierra Firme, que llamaba de Gracia, hacia la punta Seca, que no dice dónde era, halló dos brazos de agua, no más".

que en la isla de la Trinidad, pues en esta isla subía el agua tres brazas, y donde estaba, cuarenta y cinco leguas más al Poniente, no crecía más que una; allá, siempre hacia abajo, o como dicen los marineros, de flujo y de reflujo, iban las corriente al Poniente; aquí, de menguante, iban al Oriente, y de creciente al Occidente; allá el mar era medio dulce, y aquí como agua de río. El Almirante viendo estas diferencias y el poco fondo que hallaba para los navíos, no se atrevió a ir más allá con su nave, la cual requería tres brazas de agua, pues era de cien toneles; por esto surgió en aquella costa, que era segurísima, por tener el puerto forma de una herradura, rodeado por todas partes de tierra. No obstante mandó una carabelilla que llamaban el Correo, para saber si había paso detrás de aquellas islas por el Occidente, la cual, a poco de caminar, volvió al día siguiente, que era el 11 de Agosto, diciendo que al extremo occidental de aquel mar había una boca de dos leguas de Sur a Norte, y dentro un golfo redondo con otros cuatro menores, uno a

cada lado y que de cada uno de ellos salía un río, cuya agua era la causa de que todo aquel mar fuese tan dulce, y aún allá dentro era más dulce que donde se hallaba el Almirante; de donde deducía que en verdad aquellas tierras que parecían ser islas, todas eran un mismo continente; que en todo aquel mar había encontrado cuatro o cinco brazas de fondo, y tanta hierba de aquella del Océano, que con trabajo habían pasado por ella. Por lo cual, estando el Almirante muy cierto de que no podría salir con rumbo al Occidente, el mismo día volvió hacia Levante, con ánimo de salir por el estrecho que se había visto entre la tierra de Gracia, que los indios llamaban Paria, y la Trinidad; cuyo estrecho tiene al Oriente la punta de la Trinidad, que el Almirante llamó cabo Boto, y al Poniente el cabo de la isla de Gracia, que llamó cabo de la Lapa, y en medio hay cuatro islillas.

El motivo porque la llamó cabo del Dragón, fué porque es en verdad peligroso con la furia del agua que va por allí a salir al mar, de la que se formaban tres olas de

mar grueso y de formidable ruido que se extendían del Oriente al Poniente en toda la mencionada boca. Como al tiempo que salió por ésta le faltó el viento, y estuvo en grandísimo peligro de ser arrojado por la corriente en algún bajo o escollo donde se deshiciera, tuvo justo motivo de darle un nombre que correspondiese al de la otra boca en la que se había visto con no menos peligro, como ya hemos dicho. Pero quiso nuestro Señor que de donde habían tenido más temor, les viniese el remedio, y que la misma corriente les sacase a salvo. Luego, sin tardanza, el lunes, a 13 de Agosto, comenzó a navegar hacia Occidente por la costa septentrional de Paria, para ir a la Española, dando muchas gracias a Dios que le libraba en tantos trabajos y peligros, y le mostraba siempre nuevas tierras, llenas de gente pacífica, y de gran riqueza, y especialmente aquella que tenía por muy cierto era tierra firme, por la grandeza del mar de las perlas, y los ríos que a éste salían; porque todo el mar era de agua dulce; por la autoridad de Esdras, en el capítulo VIII del



libro IV, quien dice que de siete partes de la esfera, sólo una está cubierta de agua, y porque todos los indios de las islas de los Caníbales le habían dicho que a la parte del Mediodía había una grandísima tierra firme.



---

## CAPITULO LXXIII

### *Cómo el Almirante fué desde Tierra Firme a la isla Española.*

Navegando el Almirante al poniente de la costa de Paria, cada instante se alejaba más de aquélla, con rumbo al Noroeste, porque las calmas y las corrientes le echaban hacia aquella parte; de manera que el miércoles, a 15 de Agosto, dejó el cabo que llamó de las Conchas, al Mediodía, y la isla Margarita al Poniente, a la cual puso este nombre, tal vez inspirado de Dios, porque junto a esta isla está la de Cubagua, de la que se ha sacado innumerable cantidad de perlas y margaritas; lo mismo que en la Española, cuando volvió de Jamaica llamó a ciertos montes Todos de Oro,

y luego se halló en éstos la mayor cantidad de granos de oro que de aquella isla se ha traído a España. Pero, volviendo a su viaje, diré que siguió su camino por seis islillas que llamó las Guardas. A otras tres que estaban más al Norte, les dió nombre de Testigos. Y aunque aún descubrieron mucha tierra al Poniente de la misma costa de Paria, dice el Almirante que no podía dar tan particular cuenta como él deseaba, porque a causa del mucho velar, los ojos se le habían ensangrentado, y había necesidad de anotar la mayor parte de estas cosas por lo que decían los marinos y pilotos que con él iban. Añade que aquella misma noche, que fué jueves, a 16 de Agosto, las agujas, que hasta entonces no habían noruesteado, noruesteaban, apresuradas, más de una cuarta y media, y algunas la mitad de un viento, sin que en ello pudiese haber error, porque siempre habían estado vigilantes en anotarlo (1). Admirado de

---

(1) “Dice aquí [el Almirante] una cosa maravillosa, que cuando partía de Canaria para esta isla

esto y con temor de que le faltase comodidad para ir por la costa de Tierra Firme, navegó casi todo el viaje al Noroeste, hasta que el lunes, a 20 de Agosto, fondeó entre la Beata y la Española; desde allí envió algunos indios con cartas a su hermano el Adelantado, dándole a saber su venida y buen éxito. Estaba lleno de asombro viéndose tan a Poniente, pues aunque él sabía que era menor la fuerza de las corrientes, no creyó que fuese en tanta manera. Por lo cual, a fin de que no se le acabasen los bastimentos que tenía, luego fué por Oriente, con rumbo a Santo Domingo, en cuyo puerto o río entró a 30 de Agosto, pues el Adelantado había señalado allí el sitio de la ciu-

---

Española, pasando trescientas leguas al Oeste, luego nordesteaban las agujas una cuarta, y la estrella del Norte no se alzaba sino cinco, y agora en este viaje nunca le ha nordesteado hasta anoche, que nordesteaba más de una cuarta y media, y algunas agujas nordesteaban medio viento, que son dos cuartas; y esto fué todo, de golpe, anoche." (*Diario del primer viaje*, 30 de Septiembre.)

dad, a la parte oriental del río, donde hoy está, y llamóla Santo Domingo en recuerdo de su padre, que se llamaba Domingo (1).

---

(1) Cuando Cristóbal Colón encargó a su hermano Bartolomé que fundase una población en la desembocadura del Ozama, quiso que fuese llamada Nueva Isabela; deseo que no cumplió el Adelantado.

Fernández de Oviedo da curiosas noticias relativas al origen de la ciudad de Santo Domingo, que se debió mucho a las aventuras novelescas del aragonés Miguel Díaz, emparentado con linaje de conversos:

“Acaesció que un mancebo aragonés, llamado Miguel Díaz, ovo palabras con otro español, e con un cuchillo dióle ciertas heridas, e aunque no murió dellas, no osó atender, puesto que era criado del Adelantado don Bartolomé Colón, e ausentóse de temor del castigo, e con él siguiéndole e faciéndole amigable compañía cinco o seis cristianos (algunos dellos porque habían sido participantes en la culpa del delito del Miguel Díaz, e otros porque eran sus amigos). E huyendo de la Isabela fuéronse por la costa arriba, hacia el Leste o Levante, e bajáronla hasta venir a la parte del Sur, adonde agora está aquesta cibdad de Sancto Domingo, y en este asiento pararon,

porque aquí hallaron un pueblo de indios. E aquí tomó este Miguel Díaz amistad con una cacica, que se llamó después Catalina, e ovo en ella dos fijos, andando el tiempo. Pero desde a poco que aquí se detuvo, como aquella india principal le quiso bien, tratóle como amigo que tenía parte en ella... e dióle noticia de las minas que están siete leguas de esta cibdad, e rogóle que ficiese que los cristianos que estaban en la Isabela (que él mucho quisiesse) los llamasse e se viniessen a esta tierra.”

Refiere después Oviedo que Miguel Díaz, deseoso de que D. Bartolomé Colón le perdonara su delito, fué a la Isabela en compañía de ciertos indios vasallos de Catalina, y aquél, en vista de las noticias que le daba Miguel Díaz, fué con éste a ver tan deseada riqueza. Vuelto a la Isabela, “dió luego orden cómo la gente toda viesse con él por tierra a este asiento, e mandó traer por la mar lo que allá tenían los cristianos, en dos caravelas que tenían; e llegó a este puerto, segund algunos dicen, domingo, día del glorioso Sancto Domingo, a cinco días de agosto, año de mill e quatrocientos e noventa e quatro años... Pero inquiriendo yo e desseando saber la verdad porque esta cibdad se llamó Sancto Domingo, dicen que demás de aver allí venido a poblar en domingo e día de Sancto Domingo, se le dió tal nombre porque el padre del primero

Almirante y del Adelantado, su hermano, se llamó Dominico, y que en su memoria el hijo llamó Sancto Domingo a esta cibdad." (*Historia general y natural de las Indias*. Edición de la Acad. de la Historia. Tomo I, págs. 51 y 52.)

Miguel Díaz de Aux, que así es llamado en algunos documentos oficiales, como la Real Cédula dada en Burgos a 12 de Agosto de 1512 (Arch. de Indias, 139, 1-5, libro 4, fol. 6), y no Miguel Díaz, a secas, como le llaman el P. Casas y Fernández de Oviedo, descendía de noble familia.

Según un *Memorial* impreso, del siglo xvii (\*), los Díez o Díaz de Aux provenían de Hugo Díez de Aux, que vino a España en tiempo de Alfonso el Batallador, y por encargo de éste conquistó la ciudad de Daroca, donde él y sus descendientes tuvieron siempre ricas posesiones. De éste descendía D. Martín Díez de Aux, Justicia Mayor de Aragón, que tuvo un fin trágico en tiempo de Alfonso V. Casó con doña María de Liñán, y en ella hubo un hijo llamado Juan, casado con doña Beatriz Martínez de Luna, padre de D. Luis Díez de Aux, Señor de Sisamon en el último tercio del siglo xv y primero del xvi.

---

(\*) Bib. de la Acad. de la Historia. Col. de Salazar. E. 10, fols. 1 a 19.



Fué mujer de éste doña Violante Fernández de Heredia.

En Abril de 1551 se hicieron informaciones relativas a la limpieza de sangre de Luis Díaz de Aux, Señor que había sido de Sisamon. El hecho culminante que se quería comprobar, era si Luis Díaz de Aux era hijo o nieto de Brianda de Santángel, hermana de D. Pedro de Santángel, obispo que fué de Mallorca, y sobrina, por tanto, del converso Azarias-Luis de Santángel, antepasado del famoso Escribano de Ración Luis de Santángel. Ninguno de los testigos resolvió esta cuestión, encerrándose todos en un desconocimiento que parece sospechoso, pues aunque es verdad que en 1551 hacía ya bastantes años que había fallecido Luis Díaz de Aux, resulta extraño que habiéndole tratado algunos de los testigos por espacio de mucho tiempo, no supiesen de quién era hijo.

Pero, descendiese o no, Luis Díaz de Aux, Señor de Sisamon, de Brianda de Santángel, es lo cierto que el linaje de aquél emparentó con la familia de los Santángeles, y así lo vemos por algunos documentos del Archivo de Protocolos de Zaragoza, otorgados en los años 1460 a 1479, relativos a Beatriz de Santángel, mujer que fué de Juan Díaz o Díez de Aux.

Di cuenta de ellos en mis *Orígenes de la dominación española en América*, pág. LXXVII.

Miguel Díaz, que probablemente entró al servicio de los Colones recomendado por Luis de Santángel, fué después muy favorecido por don Diego Colón, segundo Almirante, que le nombró Alguacil mayor de la isla de San Juan de Puerto Rico.

---

## CAPITULO LXXIV

*De la rebelión y alborotos que el Almirante halló en la Española por la maldad de Roldán, a quien había dejado por alcalde mayor.*

Entrado el Almirante en la ciudad de Santo Domingo con la vista casi perdida por el continuo velar que había tenido, esperaba que reposaría de los trabajos sufridos en aquel viaje, y hallaría mucha paz entre su gente; pero vió muy lo contrario, porque todos los vecinos de la isla estaban con gran tumulto y sedición; buena parte de la gente que dejó había muerto; de los restantes, había más de ciento sesenta enfermos del mal francés; muchos otros se habían sublevado con Roldán, y no encontró

los navíos que dijimos haber enviado desde las islas Canarias, con socorro. Per lo cual es necesario que escribamos con orden para seguir y cumplir la relación de esta historia, comenzando desde el día que el Almirante salió para Castilla, cuya partida como dijimos, fué en el mes de Marzo del año 1496, habiendo pasado treinta meses hasta el día de su regreso; al principio de este tiempo, con la esperanza de su presta vuelta y de tener en breve socorros, la gente estuvo tranquila. Pero, pasado el primer año, faltándoles las cosas de Castilla y creciendo las enfermedades y los trabajos, se disgustaron de las cosas presentes, sin esperanza de mejora en el porvenir, pero sin que se oyesen las quejas de muchos que estaban descontentos, entre los cuales nunca falta quien incite y pretenda hacerse caudillo de una parte, lo que entonces tocó en suerte a Francisco Roldán, natural de la Torre de Donjimeno, a quien el Almirante había dado mucha reputación y autoridad entre indios y cristianos con dejarlo por alcalde mayor, de modo que era tan obede-

cido como aquél. De lo que se pudo presumir que entre éste y el Adelantado, que había quedado por Gobernador, no hubiese la buena concordia que el bien público requería, como el tiempo y la experiencia dieron a conocer, pues como tardase el Almirante en volver y no mandara socorro alguno, Roldán enderezó su pensamiento a ser dueño de la isla, con propósito de matar a los hermanos del Almirante, porque en éstos hallaría la mayor resistencia. Para hacerlo así esperó la ocasión. Sucedió que el Adelantado, uno de los hermanos del Almirante, fué a una provincia occidental llamada Xaraguá (1), ochenta leguas más allá

---

(1) Pongo Xaraguá, porque así citan este nombre el P. Las Casas y Fernández de Oviedo; lo mismo que hoy sigue escribiéndose México. Sabido es lo mucho que se ha discutido acerca de la fonética de la x en los siglos xv y xvi. En el texto de Ulloa se lee siempre, erróneamente, *Suragna*.

Las Casas, *Apologética*, cap. V, describe la rica provincia de Xaraguá: “contiene en sí, cuasi en redondo, más de cuarenta leguas, a mi parecer;

de la Isabela, donde Roldán quedó en lugar de aquél, aunque bajo el gobierno de don Diego, el segundo hermano del Almirante, por lo cual Roldán se indignó de tal manera que mientras el Adelantado daba órdenes para que el rey de aquella provincia pagase el tributo que a todos los indios de la isla había impuesto el Almirante, Roldán comenzó, secretamente, en la isla, a llevar algunos a su devoción. Pero como ningún mal se atreve a levantar cabeza de súbito y sin alguna fingida ocasión, la que Roldán tomó por fundamento y puerta de su designio fué que en la villa de la Isabela estaba en tierra una carabela que el Adelantado había mandado hacer para mandarla a Castilla, si la necesidad lo exigía; y como por falta de jarcias y de otros aparejos no podía ser echada al agua, Roldán inventó y publi-

---

por una parte tiene la vega de la Yaguana, que es cosa hermosísima y deleitable... Hace esta vega la sierra grande... Esta tierra va adelante junto a la mar... hasta el cabo desta isla que llamamos del Tiburón y de la Guacayarima”.

có ser otro el motivo, y que al bien de todos convenía que aquella carabela fuese reparada, para que en ésta pudiese alguno de ellos ir a Castilla, y dar nuevas de sus trabajos (1). Por tanto, so color del bien común, hacía grandes instancias para que la carabela fuese echada al agua, y como don Diego Colón, por falta de jarcias, no lo consentía, resultó que Roldán, con más aliento y desvergüenza, empezó a tratar secretamente con algunos, que dicha carabela se botase al agua, con desprecio a D. Diego, dicien-

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CXVII: "hallo en mis memoriales, que tuvo principio este levantamiento porque uno de los principales que consigo siempre trujo [Roldán], se echó con la mujer del rey Guarionex, y porque le quiso el Adelantado castigar, o porque era bullicioso..., acordó quitar la obediencia al dicho don Bartolomé, y levantarse contra él hasta setenta hombres".

Don Hernando nada dice de esto. La verdadera causa de rebelarse Francisco Roldán y otros, fué el no dejarles que volvieran a España, huyendo de los trabajos a que les obligaban el Almirante y sus hermanos.

do a los que presumía estar conformes con él, que si el Adelantado y D. Diego se oponían, era porque deseaban retener el dominio del país, y a ellos continuamente sometidos, sin que allí hubiese algún navío con el que pudiesen hacer saber a los Reyes Católicos tal rebelión y tiranía, pues ya sabían con certeza lo muy cruel y terrible que era el Adelantado; la trabajosa y mala vida que les daba en labrar tierras y fortalezas; y pues estaban sin alguna esperanza de la vuelta del Almirante con socorros, era bien que tomasen aquella carabela, buscaran su libertad, y no permitiesen que con pretexto de un sueldo que nunca les era pagado, estuviesen sujetos a un extranjero, pudiendo gozar de una vida buena y reposada, y de grandísimo provecho, pues todo cuanto en la isla se hallase y rescatara, se repartiría con igualdad, y serían a su gusto servidos de los indios, sin que nadie les pusiera cortapisa, como entonces, que no les era permitido tomar por mujer una india que les agradase; antes bien, el Adelantado les hacía guardar los tres votos de religión, y



no faltaban ayunos y disciplinas, con prisiones y castigos, los que imponía por la más leve culpa. Por lo cual, pues él tenía la vara y la autoridad del rey, y esto le aseguraba de que no les vendría daño alguno por cuanto pudiera suceder, les exhortaba a cumplir lo que aconsejaba, pues no podían errar. Con estas y otras palabras semejantes, que manaban del odio que tenía al Adelantado, y con la esperanza de provechos, llevó tantos a su partido que un día habiendo regresado el Adelantado, de Xaraguá a la Isabela, algunos de aquellos acordaron darle de puñaladas, teniéndolo por tan fácil negocio que habían preparado una cuerda, para colgarlo después de muerto. El motivo por que entonces se habían incitado más a ello, fué la prisión de Barahona, amigo de los conjurados, y si Dios no inspirase la voluntad del Adelantado para que no procediese al cumplimiento de la justicia, sin duda alguna le habrían dado muerte.



---

## CAPITULO LXXV

*Cómo Roldán procuró sublevar la villa de la Concepción, y entró a saco en la Isabela.*

Viendo Roldán que la muerte del Adelantado no se realizaba según sus deseos, y que estaba descubierta la conjuración, determinó apoderarse del pueblo y la fortaleza de la Concepción, pareciéndole que desde allí podría fácilmente someter la isla. Para la ejecución de esto, le vino a propósito hallarse muy cerca de dicho pueblo, porque mientras estaba fuera el Adelantado, don Diego le había enviado con cuarenta hombres por aquella provincia, para pacificar los indios que estaban alzados, y tenían pensamiento de apoderarse de dicho lugar y matar a los cristianos. De modo que Roldán,



so color de remediar esto y de quererlos castigar, reunió su gente en la estancia de un cacique llamado Márque, para ejecutar su intento cuando hubiera ocasión. Pero como el castellano Ballester tenía alguna sospecha, puso buena guardia en la fortaleza, e hizo saber al Adelantado el peligro en que se hallaba. Este, con gran presteza y con la gente que pudo reunir, fué pronto a meterse en la Concepción. Roldán, siendo ya descubierta claramente su conjuración, fué allí con salvoconducto, más para observar lo que podía hacer en daño del Adelantado, que con deseo de llegar a un acuerdo, y con mayor desacato y desvergüenza de lo que convenía, pidió al Adelantado que hiciese echar la carabela al agua, o que le diese permiso de botarla, para que él y sus amigos la tuviesen. De estas palabras enojóse algo el Adelantado, y le contestó que ni Roldán ni sus amigos, eran marineros, ni sabían lo que en tal caso fuese razonable y necesario, y que aunque pudiesen echarla al agua, no podrían navegar con ella, por falta de jarcias y de otros aparejos, y que todo

esto sería poner en peligro la gente y la carabela; pero, aunque el Adelantado sabía esto, por ser hombre de mar, ellos no lo entendían, por no ser marineros, y seguían diversos pareceres. Pasadas ésta y otras disputas, Roldán se marchó airado, sin dejar la vara, ni estar a juicio, como le mandaba el Adelantado, diciendo que ambas cosas las haría cuando el Rey, de quien era la isla, se lo mandase, pues sabía que por medio del Adelantado no se le haría justicia, por el odio que le tenía; pero que, a tuerto o a derecho, buscaría ocasión de matarlo, o de hacerle algún insulto, y en tanto, por hacer lo que la razón pedía, se iría a establecer donde se le mandara. Pero señalándole el Adelantado, para su residencia, el pueblo del cacique Diego Colón, lo rehusó, diciendo que allí no tendría vituallas para los suyos, y que él buscaría un lugar más acomodado. Luego, tomó el camino de la Isabela, y juntándose con sesenta y cinco de los suyos, viendo que no podía echar al agua la carabela, saqueó la alhóndiga, tomando él y sus partidarios las armas, los pa-

ños y las vituallas que quisieron, sin que don Diego Colón, que estaba allí, lo pudiese evitar; y aún si no se hubiese retirado, con algunos criados suyos, a la fortaleza, habría corrido peligro (1) no obstante que en el proceso que sobre esto se instruyó luego, hubo quienes dijeron que el alcalde Roldán le prometió obediencia, con tal que se declarase contra su hermano. Pero no aceptando él esto, ni pudiendo Roldán hacerle mayor daño, temeroso del socorro que le iba, del Adelantado, se marchó de la villa con todos los rebeldes, y dando en los ganados que pacían por el contorno, mataron cuantas reses quisieron, para comérselas, y se proveyeron, para el camino, de animales de carga, con resolución de ir a la provin-

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CXVII: "mientras en la Isabela estuvo Francisco Roldán, y había de hablar Don Diego con él, había de ser con seguro que primero Roldán le daba. De allí fueron al hato de las vacas del Rey, y mataron lo que dellas quisieron... Van también al hato de las yeguas, que eran también del Rey, y tomaron las yeguas, o potros, o caballos, que a todos plugo tomar".

cia de Xaraguá, de donde hacía poco que era llegado el Adelantado, con ánimo de quedarse allí, por ser la región más rica y deliciosa; sus indios, más discretos y avisados que los de otros pueblos de la Española; y especialmente, por ser las mujeres de allí mucho más hermosas y de agradable trato, que en otra parte; y esto era lo que más les incitaba para irse a Xaraguá. Mas para no ir sin probar sus fuerzas antes que el Adelantado aumentase las suyas y les diese justo castigo, determinaron pasar por la villa de la Concepción, tomarla de improviso y matar al Adelantado, que estaba en ella, y si esto no les salía bien, asediarlo (1). El Adelantado,

---

(1) Desde el pueblo del cacique Marque, fué Roldán al del rey Guarionex, "cuya mujer y reina se dijo, y el Almirante lo escribió a los Reyes, este Roldán tomó y usó mal della... donde estaba un capitán, García de Barrantes, que yo bien cognoscí, e tenía treinta hombres a cargo... El capitán Barrantes metió dentro en una casa... a los treinta hombres, requiriendo al Francisco Roldán que se fuese con Dios, que ellos estaban

avisado de ello, se preparó para la defensa, animando a los suyos con palabras y ofreciéndoles muchas mercedes y dos esclavos a cada uno, para su servicio, porque presentía que la mayor parte de los que tenía consigo, juzgaban tan buena la vida que Roldán prometía a los suyos, que muchos de ellos escuchaban a los mensajeros de éste. Por lo cual, habiendo concebido Roldán la esperanza de que muy luego se le pasarían todos a su bando, se atrevió a emprender y continuar aquella empresa, la cual no le salió según su propósito, porque el Adelantado, a más de estar prevenido, según hemos dicho, era hombre de gran valor, tenía la gente más firme a su devoción, y había resuelto hacer con las armas lo que con razones y prudencia no había podido concluir. Por lo que, reunida su gente, salió de aquella tierra, para acometerle en el camino.

---

en servicio del Rey... Fué a la fortaleza de la Concepción, y quisiera entrar en ella; el alcaide, que era Miguel Ballester, le cerró las puertas". (Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CXVIII.)



---

## CAPITULO LXXVI

*Cómo Roldán incitó los indios del país contra el Adelantado, y se fué con los suyos a Xaraguá.*

Viendo Roldán tan cambiado el fin de su esperanza, y que ninguno de los del Adelantado se iba con él, como había pensado, resolvió marcharse a tiempo y continuar su primer camino a Xaraguá, pues no tuvo valor de esperarle; però le sobraba lengua para hablar contra él vituperios, y para provocar los indios, por do quiera que pasaba, al odio y a la rebelión contra el Adelantado, diciendo que la causa por que se retiraba de su compañía, era el ser éste un hombre de condición terrible, y vengativo, lo mismo con los cristianos que con los indios; avaro

en alto grado; insoportable por las muchas cargas y tributos que les echaba, de modo que si le hubiesen pagado ordenadamente la suma que pedía, cada año la aumentaría, aunque esto fuera contra la voluntad de los Reyes Católicos, que no pedían a sus vasallos más que obediencia y libertad, y los mantenían en justicia y en paz, y que si tenían miedo de defenderla, él con sus amigos y secuaces les ayudaría y se declararía su protector y defensor. Dicho esto, acordaron suprimir el pago de aquel tributo que dijimos había sido impuesto a los indios, de donde provino que de los que habitaban lejos de donde estaba el Adelantado, no se podía cobrar nada, a causa de la mucha distancia; menos aún se obtenía de los más cercanos, por no darles ocasión de que se enojasen y siguieran el partido de los rebeldes. Pero esta benevolencia que se tuvo con ellos no fué provechosa, pues luego que salió de la Concepción el Adelantado, Guarionex, que era el cacique principal de la provincia, con el auxilio de Roldán, se atrevió a sitiar la villa y la fortaleza, para matar a los cris-

tianos que la guardaban. Para conseguir mejor esto reunió todos sus caciques y sus parciales, y concertó con ellos, secretamente, que cada uno matase los cristianos de su provincia, porque no siendo los pueblos de la Española tan grandes que cada uno pueda sustentar mucha gente, los cristianos se veían obligados a repartirse en cuadrillas o compañías de ocho o diez, en cada lugar; por lo que alentaron esperanza los indios de que, acometiéndoles de improviso a un tiempo, se bastarían para no dejar uno vivo. Pero, como para medir el tiempo, o preparar otra cosa en que se necesite contar, ellos no saben números, ni cuentan más que por los dedos, acordaron que el primer día de luna llena, cada uno estuviese dispuesto para matar los cristianos. Teniendo el mencionado Guarionex preparados para esto sus caciques, uno de ellos, el principal, deseoso de adquirir honra, y creyendo ser negocio muy fácil, aunque no era buen astrólogo para saber con certeza el día del plenilunio, asaltó la tierra antes del tiempo convenido entre ellos; tuvo que

salir huyendo, malparado, y pensando encontrar ayuda en Guarionex, halló en éste su ruina, pues lo castigó con la muerte que tenía merecida por dar ocasión a que se descubriese la conjura y estuviesen apercebidos los cristianos. De este fracaso recibieron no poco dolor los rebeldes, porque, según hemos dicho, era trama que se había urdido con el favor de aquéllos (1), que se habían concertado para ver si Guarionex llevaba el negocio a términos de que, apoyándose en él, pudiesen destruir al Adelantado. Pero visto que esto no salió bien, no se creyeron seguros en la provincia donde estaban, y huyeron a Xaraguá, diciendo a voces que eran protectores de los indios;

---

(1) Las Casas, lib. I, cap. CXVII: "Don Diego mandó al dicho Francisco Roldán que fuese con cierta gente a la Concepción, porque se sonaba y temía que los indios y gente de Guarionex andaba mal segura y alborotada, como no podían sufrir los tributos." Nada más escribe de la conjuración de los indios referida por D. Hernando Colón.

siendo así que sus obras y sus deseos eran de ladrones, pues no tenían freno alguno, ni de Dios, ni del mundo, más que su desordenado apetito, pues cada uno robaba lo que podía, y Roldán su cabeza, más que todos, pues aconsejaba y mandaba a los principales indios y a todos los caciques, que cogiesen cuanto pudieran, pues él defendería a los indios y a los rebeldes del tributo que les pedía el Adelantado, cuando en verdad era mucho mayor lo que con tal pretexto les exigía, pues de un solo cacique, llamado Manicaotex, recibía cada tres meses una calabaza con tres marcos de oro fino, y para tener seguridad de la paga, bajo título de amistad, tenía un hijo y un sobrino de aquél, en su casa. Y no se maraville quien lea esto, al ver que reducimos los marcos de oro, a medida de calabaza, pues lo hacemos para demostrar que los indios, en este particular, recurrían a la medida, porque no sabían pesar.



---

## CAPITULO LXXVII

### *Cómo llegaron navíos de Castilla con vituallas y socorros.*

Cuando estaban tan divididos los cristianos como hemos dicho, y tardando mucho en llegar con socorro los navíos de Castilla, ni el Adelantado, ni D. Diego, podían mantener sosegada la gente que les había quedado, pues siendo los más de baja condición, y deseosos de la vida y el buen trato que Roldán les prometía, para no quedar solos, vacilaban en castigar los culpables, y esto les hacía tan desobedientes, que era casi imposible hallar medio de aquietarlos, por lo que se veían precisados a soportar los insultos de los rebeldes; mas queriendo el alto Dios darles algún consue-

lo, hizo que arribasen las dos naves arriba mencionadas, que fueron enviadas un año después que el Almirante salió de las Indias, no sin grande instancia y solicitud que éste tuvo en la corte para conseguirlo, pues considerando la condición de la tierra, la naturaleza de la gente que allí había dejado, y el gran peligro que podría ocasionar su tardanza, pidió y obtuvo de los Reyes Católicos que fuesen mandados delante dos de los diez y ocho navíos que se le había mandado que armase. Con la llegada de éstos, tanto por el socorro de gente, y por las vituallas que llevaban, como por la certeza de que el Almirante había llegado felizmente a España, los del Adelantado cobraron ánimo y vigor para servir con mayor fidelidad, y los de Roldán temieron el castigo. Estos, deseosos de tener algunas nuevas, y de proveerse de lo que les faltaba, fueron a Santo Domingo, donde habían arribado los navíos, con esperanza de llevar algunos a su partido. Pero como el Adelantado era sabedor de su venida, y estaba más cerca de aquel puerto, salió en seguida para



estorbarles el camino, y puestas buenas guardias en algunos pasos, fué al puerto a ver las naves y ordenar las cosas de aquella población. Deseoso de que el Almirante hallase la isla pacífica y apagados los tumultos, volvió a proponer un concierto a Roldán, que estaba con su gente a seis leguas, y mandóle para esto un capitán que había venido con las dos naves, llamado Pedro Fernández Coronel, tanto por ser éste hombre honrado y de autoridad, como por esperar que tendrían mayor eficacia sus palabras, pues como testigo de vista podía afirmar la llegada del Almirante a España, la buena acogida que había tenido, y la prontitud con que los Reyes Católicos mostraban querer engrandecerlo. Pero, temiendo los principales rebeldes el efecto que este mensajero haría en la mayor parte de ellos, no le dejaron hablar en público, antes bien lo recibieron en el camino con ballestas y saetas, de modo que solamente pudo decir algunas palabras a los que fueron señalados para oírle, y de este modo, sin que se tomase alguna resolución, volvió a tierra, y ellos

se fueron al alojamiento que tenían en Xaraguá, no sin temor de que Roldán y alguno de los principales de su compañía, escribiesen a los amigos que tenían entre la gente del Adelantado, rogándoles con vehemencia que, llegado el Almirante, fuesen con éste buenos mediadores, ya que sus justas quejas solamente iban contra el Adelantado, y no contra el Almirante; antes bien, deseaban volver a su gracia y obediencia.

---

## CAPITULO LXXVIII

*Cómo los tres navíos que el Almirante mandó desde las Canarias llegaron donde estaba la sedición.*

Ya que hemos narrado la llegada de los dos navíos que el Almirante mandó de Castilla, a la isla la Española, será bien que digamos de los tres que se separaron de éste en Canarias, los cuales continuaron su viaje con buen tiempo hasta llegar a las islas de los Caribes, que son las primeras que los navegantes hallan en el camino cuando van al puerto de Santo Domingo. Como entonces los pilotos no conocían bien la navegación que ahora se acostumbra para aquellas islas, sucedió por su desgracia que no supieron hallar dicho puerto, pues fueron llevados por las corrientes abajo hacia

Poniente, tanto que llegaron a la provincia de Xaraguá, donde estaban los rebeldes, quienes, tan luego como supieron que los navíos iban fuera de camino, y que no sabían cosa alguna de la rebeldía, secretamente, algunos de ellos subieron a los navíos, fingiendo estar en aquellas partes por comisión del Adelantado, para proveerse mejor de vituallas, y tener en paz y obediencia el país. Pero, como es muy fácil que se descubran secretos en que entran muchos, no tardando, Alfonso Sánchez de Carvajal, que era el más despierto de los capitanes de aquellos navíos, sospechó la rebelión y discordia, y comenzó a tratar la paz con Roldán, creyendo reducirlo a la obediencia del Adelantado. Pero la conversación y la familiaridad que todos ellos habían tomado en los navíos, motivaron el que las persuasiones de Carvajal no diesen el efecto que deseaba, pues Roldán había, secretamente, recibido promesa de muchos de aquellos que nuevamente habían ido de Castilla, de que se quedaran en su compañía, y con esta ventaja procuraba hacerse más fuerte. Por

lo que, Carvajal, no viendo el negocio tan bien dispuesto que pudiese llevar en breve a conclusión lo que pedía, resolvió, con el parecer de los otros dos capitanes, ser bien que la gente que llevaban a sueldo para trabajar en las minas, o para otros menesteres y servicios, fuese por tierra a Santo Domingo, porque siendo el mar, los vientos, y las corrientes muy contrarias a esta navegación, podía acontecer que en dos o tres meses no acabasen el viaje, de lo que nacería, no solamente el consumir las vituallas, mas también que enfermase la gente, y se habría perdido el tiempo sin emplearlo en el servicio para el que habían ido. Tomada esta resolución, tocó a Juan Antonio Colombo el viaje y el cargo de los trabajadores, que eran cuarenta; a Pedro de Arana, volver con los navíos; y a Carvajal, quedar allí para ver si se hallaba algún acuerdo. Luego que Juan Antonio ordenó su partida, el segundo día de bajar a tierra, aquellos trabajadores, o para hablar con más propiedad, vagabundos, que habían ido para ocuparse en lo que hemos dicho, se pasaron

a los rebeldes, dejando a su capitán con seis o siete hombres que perseveraron con él. Vista una traición tan manifiesta, sin miedo de peligro alguno, fué este capitán a ver a Roldán, y le dijo que pues demostraba estimar y procurar el servicio de los Reyes Católicos, no era razonable consentir que aquella gente, que había ido para poblar y cultivar la tierra, y para atender a sus oficios, con sueldo ya recibido, se quedase allí perdiendo el tiempo, sin hacer cosa alguna de las que eran obligados; que, si los despidiese, daría indicio de que sus obras eran conformes con sus palabras; que dejarlos allí era por la rebeldía y odio al Adelantado, más aún que por la voluntad que tenía de impedir el bien público y el servicio de los Reyes. Pero, como Roldán y sus secuaces sabían lo que había pasado, para salir con su intento, como el delito cometido por muchos se perdona con mayor facilidad, se excusó en lo que demandaba aquél, diciendo que él no los podía obligar, y que era monasterio de observancia donde a ninguno se podía negar el hábito. De modo que,

viendo Juan Antonio que no era prudente, sin esperanza de remedio, ponerse al peligro que corría por instar con importunidad, acordó volver a los navíos con los pocos que le siguieron; luego, para que no sucediese lo mismo con la gente que había quedado, ambos capitanes salieron pronto con sus navíos a Santo Domingo, con tiempo tan contrario a su viaje como lo habían temido, porque tardaron muchos días, perdieron los bastimentos, y el navío de Carvajal recibió mucho daño en algunos bajos, donde perdió el timón y se abrió la quilla, por la que entraba mucha agua, de modo que con trabajo lo pudieron llevar.





---

## CAPITULO LXXIX

### *Cómo estos capitanes hallaron al Almirante en Santo Domingo.*

Llegados a Santo Domingo los capitanes y las naves que volvían de Xaraguá, hallaron al Almirante, que había regresado de Tierra Firme. El cual, con plena información del estado de los rebeldes, habiendo visto los procesos que el Adelantado instruyó contra aquéllos, aunque le constaba que era cierto el delito y digno de severo castigo, le pareció tomar nueva información y formar otro proceso, para avisar a los Reyes Católicos de lo que acontecía. Acordó también usar en aquello la templanza que pudiese, de manera que con habilidad fuesen reducidos a la obediencia. Por

lo cual, y para que ni ellos, ni otros, pudieran quejarse de él, ni decir que los tenía allí a la fuerza, mandó, a 22 de Septiembre, que se echase un bando en nombre de los Reyes Católicos, prometiéndoles pasaje y vituallas; además, noticioso de que Roldán, con parte de su gente, iba a Santo Domingo, mandó a Miguel Ballester, castellano de la Concepción, que guardase bien aquel pueblo, y la fortaleza; que si iba Roldán por allí, le dijese, en su nombre, que él había recibido gran pena de sus trabajos y de todas las cosas pasadas, y no quería que se hablase más de ello, por lo que daba perdón general, y le rogaba que fuese luego donde estaba el Almirante, sin miedo alguno, para que, con su parecer, se proveyese en lo tocante al servicio de los Reyes Católicos; y si le parecía que necesitaba algún salvoconducto, se lo mandaría como le fuese pedido. A esto respondió Ballester, a 24 de Febrero (1) que tenía nuevas

---

(1) Fecha equivocada; corresponde más bien al mes de Septiembre.

ciertas de que el día antes había llegado Riquelme a la villa del Bonaio, y que Adrián (1) y Roldán, que eran los principales, se juntarían siete u ocho días después, en cuyo tiempo y lugar los podía apresar, como lo hizo (2). Porque habiendo hablado con ellos conforme a la comisión que se le dió, los halló muy endurecidos y desvergonzados, diciendo Roldán que no habían ido para concertar un acuerdo, porque no querían, ni habían necesidad, de paz, pues tenían al Almirante, y a su estado, en la mano, para sustentarlo o destruirlo, como quisiesen; que no hablase de pactos o de acuerdo hasta tanto que les enviasen todos los indios apresados, en el asedio de la Concepción, pues el reunirse había sido por servir al Rey, y favorecerle, estando todos seguros bajo la

---

(1) Adrián de Mújica, condenado, más adelante, a muerte, por Cristóbal Colón.

(2) Ulloa, *si come ancor fece*. Esto es un error, probablemente de Ulloa, pues nunca prendió Ballester a Mújica y a Roldán.

palabra del Adelantado. Dijo también otras cosas en demostración de no querer concierto alguno si no fuese con gran provecho suyo. Para firmarlo, y para tratar de ello, pedía que el Almirante enviase a Carvajal, pues no quería tratar con los demás, y sí con éste, por ser hombre que se ponía en razón, y muy prudente, como lo había demostrado cuando llegaron a Xaraguá los tres navíos que hemos dicho. Esta respuesta motivó que el Almirante concibiese alguna sospecha de Carvajal, y no sin graves causas. La primera, porque antes que Carvajal llegase a Xaraguá, donde estaban entonces los rebeldes, había escrito muchas veces, y enviado mensajeros, a los amigos que estaban con el Adelantado, diciéndoles que llegado el Almirante, fueran a ponerse en manos de éste, rogándoles que fuesen buenos mediadores para aplacarlo. La segunda razón fué, porque, si hicieron esto luego que supieron haber llegado dos naves en socorro del Adelantado, con más razón lo habrían hecho cuando supieron la venida del Almirante, si no lo impidiese la mu-

cha conversación que Carvajal había tenido con ellos. La tercera, porque si hubiese hecho lo que debía, pudo detener, en su carabela, presos, a Roldán y a los principales de su compañía, que estuvieron dos días con Carvajal, sin seguro alguno. La cuarta, porque sabiendo, como lo sabía bien, que eran rebeldes, no les debió consentir que comprasen en los navíos cincuenta y cuatro espadas y cuarenta ballestas que habían adquirido. La quinta, porque habiendo indicios de que la gente que con Juan Antonio había salido a tierra para ir a Santo Domingo, tenía propósito de unirse a los rebeldes, no debió dejarles bajar, y cuando ya supo que se habían pasado a ellos, debió estar más solícito en recuperarlos. La sexta, porque iba divulgando que había ido a las Indias como compañero del Almirante, y que sin él no se hiciese cosa alguna, por temor que había en Castilla de que el Almirante cometiese alguna falta. La séptima, porque Roldán había escrito al Almirante por medio de Carvajal, que por consejo de éste había ido con su gente a Santo Domingo,

para estar más cerca, al tratar de un acuerdo, cuando el Almirante hubiese llegado a la Española; y no conformándose, luego que se juntaron, los hechos, con su carta, parecía más bien que le había indicado ir allí para que si el Almirante tardase, o no llegara, pudiese, como compañero del Almirante, y Roldán como alcalde, gobernar la isla a despecho del Adelantado. La octava, porque después que los otros dos capitanes fueron por mar con las tres caravelas, y él por tierra, a Santo Domingo, los rebeldes mandaron en su guardia y compañía uno de los principales, llamado Gámez, que estuvo dos días y dos noches con él en su navío, y le acompañó hasta seis leguas de Santo Domingo. La nona, porque escribía a los rebeldes cuando fueron al Bonaó, y les enviaba muchos presentes y refrescos. La décima y última, porque a más de que los rebeldes no quisieron tratar un acuerdo con nadie más que con él, todos decían a una voz que si hubiera hecho falta, le habrían elegido por su capitán. Pero, considerando el Almirante, de otro lado, que Carvajal

era prudente, sabio y noble, y que cada una de las sospechas mencionadas podía tener explicación, y no ser verdadero lo que le habían dicho, reputándolo persona que no haría cosa indebida, deseoso de apagar aquel fuego, resolvió consultar con todos los principales que estaban con él, la respuesta que convenía dar a Roldán, para resolver lo que acerca de esto debía hacerse; estando todos de acuerdo, mandó a Carvajal, junto con el castellano Ballester, para que negociasen el ajuste. Pero no sacaron más de Roldán sino que, pues no llevaban los indios que él demandó, no hablasen en modo alguno de acuerdos. A cuyas palabras satisfizo, con su prudencia, Carvajal, e hizo a todos tan buen razonamiento que movió a Roldán y tres o cuatro de los principales, a ir a ver al Almirante y firmar con él un convenio. Pero como esto desagradara mucho a los otros rebeldes, mientras que Roldán y los otros montaban a caballo para ir con Carvajal a estar con el Almirante, los acometieron, diciendo que en modo alguno querían que fuesen donde iban, y que si al-

gún acuerdo se ajustaba, fuese por escrito, para que todos tuviesen parte en lo que se negociase. Así que, después de pasar algunos días, Roldán escribió al Almirante, a 15 de Octubre, de conformidad con todos los suyos, una carta en que achacaba al Adelantado la causa y culpa de la discordia, diciendo al Almirante que, pues no les había dado seguro, por escrito, para ir a darle cuenta de lo sucedido, habían resuelto notificarle, por escrito, las condiciones del ajuste que pedían, que eran el premio de las obras que llevaban hechas, como se verá más adelante; pero, aunque lo que pedían era exorbitante y desvergonzado, el día siguiente, escribió Ballester al Almirante, alabando mucho la eficacia del razonamiento de Carvajal, y, que, pues éste no había podido apartar aquella gente de sus malvados propósitos, nada bastaría que no fuese concederles lo que pedían, porque los veía tan animosos que estaban ciertos de que se pasarían a ellos la mayor parte de los que estaban con Su Señoría ilustrísima, y aunque tuviese confianza en sus criados y la



gente de honra que estaba con él, no eran bastantes contra tantos, que cada día crecían en número con otros que se les agregaban (1).

Ya el Almirante había conocido esto por experiencia, cuando Roldán estaba cerca de Santo Domingo, pues hizo muestra de la gente que pelearía, si fuese necesario, y notó que, fingiéndose unos cojos, y otros enfermos, no se hallaron más de setenta hombres, entre los cuales apenas había cuarenta de quienes fiarse; por esto, al día siguiente, que fué a 18 de Octubre del mismo año de 1498, Roldán y los principales que fueron con él a ver al Almirante, le enviaron una

---

(1) El P. Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CLIII, copia la carta de Ballester al Almirante, firmada en el Bonaio, a 16 de Octubre, en la que aconseja un prudente arreglo: "Yo, Señor, por lo que debe criado a Su Señoría, suplico a Vuestra Señoría concierte con ellos en todo caso, especialmente para que se vayan a Castilla, como ellos piden... porque me parece que lo que dicen es verdad, que se han de pasar los más a ellos."

carta firmada de ellos, diciendo que por asegurar la vida se habían separado del Adelantado, que andaba buscando modos y caminos de matarlos, y que siendo servidores de Su Señoría ilustrísima, cuya venida esperaban como de sujeto de que recibirían en servicio lo que habían hecho por su deber, pues impidieron a la gente hacer daño y perjudicar en las cosas de Su Señoría, como pudieran, sin dificultad; pero después que había llegado, lejos de agradecerlo, seguía en procurarse la venganza y causarles daños; así que, por hacer con honra lo que habían determinado, y tener libertad de cumplirlo, se quitaban de su compañía y su servicio. Antes que esta carta se entregase al Almirante, había ya respondido a Roldán por medio de Carvajal, enviado para ello, refiriendo la confianza que siempre puso en aquél, y la buena relación que de su persona hizo a los Reyes Católicos; añadía que el no haberle escrito, era por temor de algún inconveniente si viesen su carta los del vulgo, y esto le causase algún daño; por ello, en lugar de firma y escritura, le había

enviado aquel sujeto de quien él sabía cuánto se fiaba, a quien podía estimar como si fuera su sello, que era el castellano Ballester; de modo que viese lo que era más razonable de ejecutar, porque a todo le hallaría muy dispuesto. Luego mandó, a 18 de Octubre, que partiesen a Castilla cinco navíos, en los que enviaba decir a los Reyes Católicos, con mucha particularidad, todo lo que pasaba y lo que había detenido aquellos navíos, pues creía que Roldán y los suyos se embarcarían en ellos, como habían publicado antes; y que los otros tres que tenía consigo, era menester arreglarlos para que fuese con ellos el Adelantado a seguir el descubrimiento de la Tierra Firme de Paria, y ordenar la pesca y el rescate de las perlas, de las que enviaba muestra con Carvajal.



---

## CAPITULO LXXX

*Cómo Roldán fué a ver al Almirante, y no llegó a ningún acuerdo con éste.*

Recibida por Roldán la carta que le envió el Almirante, respondió al tercer día, manifestando que deseaba hacer lo que se le mandaba; mas porque su gente no le consentía que fuese a verle sin bastante seguro, le rogaba se lo enviase conforme a una minuta que remitía, firmada por los principales que le acompañaban. Muy pronto le envió el seguro el Almirante, a 26 de Octubre, y luego fué Roldán, más con intención de atraerse a algunos de aquél, que de acordar algo, como se conoció por las cosas injustas que pedía, por lo cual volvió sin tomar acuerdo alguno, diciendo que partici-

paría todo a los suyos, y según lo que determinasen, le escribiría; y para que hubiese alguno que por parte del Almirante tratase y asegurara lo que fuese acordado, le acompañó un mayordomo del Almirante, llamado Diego de Salamanca.

Después de muchas razones, envió Roldán una escritura de concordia, para que el Almirante la firmase, y escribió, a 6 de Noviembre, que lo contenido en aquélla era lo que había podido recabar de su gente, y que si Su Señoría ilustrísima la aprobaba, volviese a enviarla a la Concepción, porque la falta de bastimentos le obligaba a salir del Bonaio, y esperaría la respuesta hasta el lunes siguiente. Habiendo visto el Almirante esta contestación, y considerando los indecorosos capítulos que pedían, de ninguna manera quiso concederlos, para que no fuese menospreciada la justicia si cedía con deshonra suya y de sus hermanos; pero, a fin de que no tuviesen motivo de quejarse, y dijese que procedía en este caso con rigor, mandó a 11 de Noviembre publicar un seguro que había de estar puesto trein-

ta días, como lo estuvo, a las puertas de la fortaleza, cuyo tenor era: que por cuanto mientras él estaba en Castilla, habían ocurrido algunas diferencias entre el Adelantado y el Alcalde mayor Roldán y otros que habían huído con éste, sin embargo de ello, todos en general, y cada uno de por sí, pudiesen ir a servir a los Reyes Católicos, como si nunca hubiera sucedido nada, y que a quien quisiera volver a Castilla, se le daría navío en que ir, y orden para que le pagasen el sueldo, como se había acostumbrado con los demás, lo cual se ejecutaría si, dentro de treinta días, comparecían ante el Almirante, para gozar de esta seguridad; protestando que si no se presentaban en el dicho término, se procedería en justicia contra ellos. Luego envió a Roldán este seguro, firmado, por medio de Carvajal, dándole por escrito las razones por que no se podía, ni debía, firmar los capítulos que habían enviado, y les recordaba lo que era justo que hiciesen si querían cumplir con lo que pedía el servicio de los Reyes. Con esto fué Carvajal a la Concepción, a ver los rebel-

des, que estaban muy altivos y soberbios, riéndose del seguro y diciendo que pronto se lo pediría el Almirante a ellos. Todo esto pasó en tres semanas, en cuyo tiempo, so color de prender un hombre que Roldán quería ajusticiar, tuvieron sitiado al castellano Ballester en la fortaleza, y le quitaron el agua, creyendo que por falta de ella se rendiría; pero, con la llegada de Carvajal, levantaron el asedio, y después de muchos altercados que hubo entre ambas partes, se juntaron e hicieron el seguro siguiente:



---

## CAPITULO LXXXI

*El convenio que se hizo entre el Almirante,  
Roldán y los rebeldes.*

“Lo que se acuerda y capitula con el Alcalde mayor Francisco Roldán y su compañía, para su despacho y viaje a Castilla, es lo que sigue:

Primèramente, que el señor Almirante le haga dar dos buenos navíos, bien aderezados, a juicio de marineros, puestos en el puerto de Xaraguá, por estar allí la mayor parte de la gente de su compañía, y porque no hay otro puerto más cómodo para disponer y allegar bastimentos y lo demás que sea necesario; en los cuales se embarcará el dicho Alcalde mayor con los de su com-

pañía, y, placiendo a Dios, seguirá su viaje a Castilla.

Asimismo, que dará Su Señoría orden para que sea pagado el sueldo que hasta el día de la fecha se debiese, a todos, y cartas a los Reyes Católicos, de lo bien que han servido, para que se lo gratifiquen.

Asimismo hará que se les den los esclavos de la merced que se hizo a la gente, por los trabajos que ha padecido esta isla, y por el servicio que han hecho, con nota de la concesión de ellos; y porque algunos de la compañía tienen mujeres preñadas, o paridas, si éstas quisieren irse con ellos, sean en lugar de los esclavos que habían de llevar, y los hijos sean libres y los lleven consigo.

Item, que Su Señoría les mandará poner en dichos navíos todos los bastimentos que necesitaren para el viaje, de igual modo que se dan a otros, y porque no podrán abastecerse de pan, se da licencia al Alcalde mayor y a su compañía, para que se provean en aquella tierra, y les sean dados treinta quintales de bizcocho, y si no lo ha-

llaren, treinta costales de trigo, para que, si se pudriese el cazabí, lo que podría suceder fácilmente, puedan socorrerse con pan de trigo.

Demás de esto, dará Su Señoría seguro a las personas que se vayan, y despachos para el sueldo.

Item, que por cuanto a varios de los que están con el Alcalde mayor les han quitado y embargado algunos bienes, mandará Su Señoría que todo se les satisfaga.

Item, que Su Señoría dará una carta para los Reyes Católicos, haciéndoles saber que los puercos del Alcalde mayor quedan en la isla para provisión de la gente que está en ella, en número de ciento veinte grandes, y doscientos treinta pequeños, y suplique a Sus Altezas se los manden pagar en el precio que los pudo haber vendido en la dicha isla, los cuales fuéronle quitados en Febrero pasado del año 1498.

Item, que Su Señoría dará al dicho Alcalde mayor una patente con la que pueda vender algunas cosas suyas que necesitará enajenar para irse; hacer de ellas lo que le

pareciere, o dejarlas por suyas en la isla, a quien le parezca que las administrará mejor.

Que Su Señoría mandará a los alcaldes que sentencien pronto el caso del caballo.

Que Su Señoría, si conociere ser justas las cosas de Diego de Salamanca (1), escribirá a dicho juez que se las haga pagar.

Item, que se tratará con Su Señoría en punto a los esclavos de los capitanes.

Otrosí, que por cuanto el dicho Alcalde mayor y su compañía temen que Su Señoría les haga mala obra con los demás navíos que quedan en la isla, les dará un salvo conducto, prometiendo en nombre de los Reyes Católicos, y bajo su fe y palabra de hidalgo, según costumbre de España, que ni Su Señoría, ni otra persona, les hará daño, ni estorbará su viaje.

Visto por mí este convenio hecho por Alonso Sánchez de Carvajal y Diego de Salamanca, con Francisco Roldán y su com-

---

(1) Ulloa, *le cose de' nostri di Salamanca.*

pañía, el 21 de Noviembre del año 1498, me place guardarlo en la forma que en él se contiene, a condición de que dicho Roldán, o cualquiera de su compañía, en cuyo nombre firmó y aprobó la capitulación que dió a los mencionados Alonso Sánchez de Carvajal y Diego de Salamanca, y todos los demás cristianos de la isla, de cualquier grado y condición, no recibirán a otros en su compañía. Y yo Francisco Roldán, Alcalde mayor, en mi nombre y en el de todas las personas que están en mi compañía, prometo y doy mi fe y palabra, de que serán observadas y cumplidas las cosas arriba escritas, sin que intervenga cautela, sino la lealtad de la verdad, conforme se contiene aquí, guardando Su Señoría todo lo que entre el señor Alonso Sánchez de Carvajal, Diego de Salamanca y yo se ha tratado y convenido, como consta por escrito.

Lo primero, que desde el día de la data de esta, hasta que venga contestación a lo referido, que será en el término de diez días, no recibiré persona alguna de las que están con el señor Almirante.

Item, que desde el día que se mé lleve y entregue la dicha respuesta, en la Concepción, con el despacho de lo que hayan convenido, firmado por Su Señoría, que será en término de diez días, de los cincuenta primeros siguientes, nos daremos a la vela, en buena hora, para Castilla.

Item, que ninguno de los esclavos de la merced que se nos ha concedido será llevado por fuerza.

Item, que de no estar el señor Almirante en el puerto donde vamos a embarcarnos, la persona o personas que envíe sean honradas, y respetadas como ministros de los Reyes Católicos y de Su Señoría, a los que se dará cuenta y razón de lo que se embarque en dichas carabelas, para que tomen cuenta y ejecuten lo que pareciere a Su Señoría, y para consignar las cosas que estuviesen en nuestro poder y pertenezcan al Rey. Todo lo cual se entiende que debe ser firmado y ejecutado en la forma que lo llevan por escrito el dicho señor Alonso Sánchez de Carvajal y Diego de Salamanca, cuya respuesta espero en la Concepción,

dentro de los ocho primeros días; y si no viniese, no quedaré obligado a cosa alguna de cuanto se ha dicho.

En fe de lo cual, y para mantener y guardar, por mí y por todos los de mi compañía, lo que he dicho, firmé esta escritura de mi mano.

Fecha en la Concepción, hoy sábado, 16 de Noviembre de 1498.”





---

## CAPITULO LXXXII

*Cómo después del ajuste fueron los rebeldes a Xaraguá, diciendo que iban a embarcarse en las dos naves que enviase el Almirante.*

Después de convenidas las cosas que se han dicho, volvieron Carvajal y Salamanca, a Santo Domingo, y por su mediación firmó el Almirante los capítulos que le llevaron, a 21 de Noviembre, y concedió, de nuevo, seguro y licencia a los que no quisieran ir a Castilla, con Roldán, prometéndoles sueldo o vecindad, lo que más quisiesen, y que los otros pudiesen arreglar sus negocios libremente, como les agradara; cuyo despacho entregó Ballester el 24 de Noviembre a Roldán y los de su compañía,

en la Concepción, y con esto emprendieron su camino hacia Xaraguá, para disponer las cosas de su ida, como se supo después, y aunque el Almirante, en cierto modo, reconocía tal malignidad y sentía el dolor de ver impedido el servicio del Adelantado en la continuación del descubrimiento de la tierra firme de Paria, y en ordenar la pesca y el rescate de las perlas, con darles aquellos navíos, no por esto no quiso dar motivo a que le culpasen los rebeldes de que les negaba el pasaje ofrecido, por lo cual empezó luego a disponer los navíos según estaba concertado, aunque su despacho se demoraba por la penuria de las cosas necesarias; para suplirlas y no perder más tiempo, mandó a Carvajal que fuese por tierra a Xaraguá, para que, mientras llegaban los navíos, tuviese dispuesta prontamente su partida (1), y el despacho de la

---

(1) Las Casas, lib. I, cap. CLVIII: "Mandó que Carvajal se fuese a Xaraguá por tierra [y] que entretanto que los navíos llegaban, entendiese con el Francisco Roldán, en su despacho y aparejo para su partida."

gente, conforme a la amplia comisión que se le había dado. Luego resolvió ir sin tardanza a la Isabela, para visitar y asegurar la tierra, dejando a D. Diego su hermano en Santo Domingo, a fin de que proveyese lo que fuera necesario; y así, después de su partida, salieron a fin de Enero las dos carabelas, proveídas de todo lo necesario, para recoger a los rebeldes; pero habiendo sobrevenido una gran tormenta, se vieron obligadas a permanecer en otro puerto hasta fin de Marzo; como la carabela Niña, que era una de ellas, estaba muy mal, y requería eficaz remedio, envió el Almirante a Pedro de Arana y a Francisco de Garay, con la otra llamada Santa Cruz, a Xaraguá, en la cual, y no por tierra, fué después Carvajal; en este viaje tardó once días, y halló la otra carabela, llamada Santa Cruz, que esperaba allí.



---

## CAPITULO LXXXIII

*Cómo los rebeldes mudaron de propósito en el ir a Castilla, e hicieron nuevo convenio con el Almirante.*

En tanto, como tardaban las carabelas, y no quería embarcarse la mayor parte de la gente de Roldán, tomaron por motivo para quedarse allí, la tardanza, echando la culpa al Almirante porque no les había despachado con la brevedad que pudo. Sabiendo esto el Almirante, escribió a Roldán y a Adrián de Mújica, exhortándoles con buenas razones a cumplir lo capitulado y apartarse de la inobediencia; a más de esto, Carvajal, que estaba con ellos en Xaraguá, hizo una protesta ante un notario llamado Francisco de Garay, que después fué gober-

nador de Jamaica y Pánuco, a los rebeldes, diciéndoles que aceptasen los navíos que enviaba el Almirante provistos de todo, y se embarcasen, según lo capitulado. Pero ellos no quisieron aceptarlos, por lo que, a 25 de Abril, mandó que se volviesen a Santo Domingo, pues los deshacía la broma (1), y la gente que traían padecía falta de vituallas. No hicieron caso de esto los rebeldes, antes se alegraron y ensoberbecieron bastante, viendo que se hacía tanto caso de ellos, de suerte que no sólo no agradecieron la moderación del Almirante, sino que escribieron tener éste la culpa de que se quedasen, porque deseaba vengarse de ellos, y por esto había mandado tarde las carabelas y en tan mal estado que era imposible que pudiesen llegar a Castilla, y que aunque fuesen buenas y bien proveídas, habían ya consumido las vituallas, sin que pudie-

---

(1) Broma o bruma, llamaban entonces al molusco *Teredo*, que surca de galerías la madera de los buques. Ulloa, traduce, absurdamente, *biscie*, culebras.

sen bastar las que quedaban, para tan largo tiempo; y siendo esto cierto, habían resuelto esperar el remedio de los Reyes Católicos. Con cuya respuesta se volvió Carvajal a Santo Domingo, por tierra, y al tiempo de su partida le dijo Roldán que si el Almirante le enviaba otro seguro, iría a verle, por si podía hallarse algún medio de arreglo que fuese a gusto de ambos, como se lo escribió Carvajal al Almirante, desde Santo Domingo, a 15 de Mayo, y a 21 le respondió éste agradeciendo los trabajos que padecía en aquel negocio, y le envió el seguro que pedía (1), con una carta para Roldán, breve, pero abundante en eficaces sentencias, exhortándole a la paz, la obediencia y el servicio de los Reyes Católicos; y habiéndole respondido, el Almirante

---

(1) El P. Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CLIX, copia el seguro que Sánchez de Carvajal y otros dieron a Roldán, hecho en Santo Domingo, a 3 de Agosto de 1499, preliminar de la entrevista con el Almirante en el puerto de Azúa, donde se firmó un nuevo convenio con los rebeldes.

volvió a escribirle más ampliamente a 29 de Junio.

A 3 de Agosto, seis o siete de los principales que estaban con el Almirante, le enviaron a Roldán otro seguro para que pudiese ir a tratar con Su Señoría; pero, como la distancia era mucha, y conveniente que el Almirante visitase la tierra, acordó ir con dos carabelas al puerto de Azúa, en la isla Española, al poniente de Santo Domingo, para acercarse a la provincia donde estaban los rebeldes, de los cuales fueron muchos a dicho puerto. Llegado el Almirante con sus navíos, casi a fin de Agosto, empezó a tratar con los principales, exhortándoles a que desistiesen de su mal intento, prometiéndoles grandes mercedes y favores, y ofrecieron cumplirlo si el Almirante les concedía cuatro cosas. La primera, que en los primeros navíos que viniesen, mandaría quince de ellos a Castilla. La segunda, que a los que se quedasen en la isla, les daría casas y tierras, en pago de sueldo. La tercera, que publicase en un bando que todo lo sucedido provino de falsos



testigos y por culpa de algunos malvados. La cuarta, que nombrase otra vez Alcalde mayor perpetuo a Roldán. Convenido esto entre ellos, volvióse Roldán a tierra, desde la carabela del Almirante, y envió los capítulos a su gente, tan a su gusto que, al fin de ellos decía, que si el Almirante faltaba a alguna cosa de esto, sería bien hácerse los guardar a la fuerza, o por la vía que mejor les pareciese.

El Almirante, deseoso de ver el fin de tantas dificultades, y considerando que en esto habían pasado ya dos años; que sus enemigos eran cada vez más, y perseveraban en su contumacia, y viendo que algunos de los que estaban con él se atrevían a juntar en cuadrillas, y a conjurarse para irse a otras tierras de la isla, del mismo modo que Roldán lo había hecho, resolvió firmarlos (1), de cualquier modo que fue-

---

(1) Cristóbal Colón, en Mayo de 1499, escribió una carta a los Reyes Católicos, refutando las acusaciones de Roldán y los partidarios de éste, que habían ido a la Española pensando ha-

sen, y expidió dos patentes: una, a Roldán, de Alcalde perpetuo, y otra que contenía las cosas dichas; demás de esto, lo que antes se había convenido, cuya copia hemos ya puesto. Luego, el martes, a 5 de Noviembre, empezó Roldán a ejercer su autoridad, y en virtud de ella, nombró juez del Bonaio a Pedro de Riquelme (2), con facul-

---

cerse ricos en breve tiempo: “no venían salvo con creencia que el oro que se decía que se hallaba, y especierías, que era a coger con pala, e las especias, que eran dellas los líos hechos liados, y todo a la ribera de la mar, que no había más, salvo echarlo en las naos”.

El P. Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CLX, compendia la carta de Cristóbal Colón a los Reyes, donde expone las razones que había para declarar la nulidad del convenio hecho con Roldán en Azúa, una de ellas tan peregrina, como era el haberse firmado en la carabela, “y así, en la mar, donde no se usa el oficio de Virrey, sino de Almirante”.

(2) Colón, que casi pretendía ser un rey absoluto, interpretando a su modo las capitulaciones de Santa Fe, se agravió por el nombramiento de Riquelme por Francisco Roldán; así lo es-

tad de castigar los reos criminales, excepto los de pena de muerte, que había de enviarlos a la fortaleza de la Concepción, para que Roldán los sentenciase; y porque el discípulo no abrigaba intención menos depravada que el maestro, intentó luego fabricar una casa fuerte en el Bonaó; pero se lo estorbó Pedro de Arana, pues conoció claramente que era contra el servicio debido al Almirante.

---

cribe el P. Las Casas, lib. I, cap. CLXI: "Mucho sintió esto el Almirante, porque le usurpaba la superioridad de Visorrey y Gobernador."



---

## CAPITULO LXXXIV

*Cómo vuelto Hojeda de su descubrimiento,  
causó nuevos alborotos en la Española.*

Volviendo al hilo de nuestra historia, digo, que compuestas ya las cosas de Roldán, nombró el Almirante un capitán, con soldados, para que corriese la isla, pacificando y reduciendo los indios al tributo, con orden de que estuviese sobre aviso para que, tan luego como sintiese alguna rebelión, como tumulto de cristianos, o indicio de levantamiento de indios, fuese prontamente a castigarlo y lo dominase. Hizo esto con intención de venirse a Castilla y traer consigo al Adelantado, porque difícilmente se olvidarían las cosas pasadas si éste quedaba en el gobierno.

Cuando disponía su partida llegó a la isla Alonso de Hojeda, que venía de descubrir, con cuatro naves, y porque estos hombres navegaban a la ventura, entró, a 5 de Septiembre de 1499, en el puerto que los cristianos llaman del Brasil, y los indios Yaquimo, con intención de cargar en él palo del Brasil, e indios (1); en tanto que esperaban lograr tales cosas, entregóse a causar daños, y para mostrar que era paniaguado del obispo Fonseca, ya mencionado, procuraba levantar otro nuevo tumulto, publicando que la Reina doña Isabel estaba cerca de morir; que faltando ésta, no habría quien

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CLXVIII: “de la provincia de Cuquibacoa, que ahora se nombra Venezuela, y del cabo de la Vela, vino a tomar esta isla Española, y fué a surgir a 5 del mes de Septiembre... al Brasil, que es a la provincia de Yaquimo, y aun creo que más abajo, cerca de la que ahora se llama la Sabana, tierra y reino de un rey y señor que se llamaba Haniguayabá... luego el Almirante... envió a Francisco Roldán con gente para que le prohibiese cortar brasil”.

favoreciese al Almirante, y que él en perjuicio de éste, haría cuanto quisiese, por ser verdadero y fiel servidor de dicho obispo, su enemigo. Con esta fama engañosa empezó a escribir a algunos de las alteraciones pasadas, que todavía no se habían sosegado, y a tener inteligencia con ellos; pero sabiendo Roldán su obra y mal propósito, fué contra él, con veintiséis hombres, de orden del Almirante, a impedir el daño que maquinaba, y a 29 de Septiembre, estando a legua y media de Hojeda, supo que éste se hallaba con quince hombres en el pueblo de un cacique llamado Hanguayabá, haciendo pan y bizcocho, con cuyo aviso caminó aquella noche para cogerle de sorpresa; pero sabiendo Hojeda que Roldán le seguía, hizo de ladrón fiel, pues viendo que no podía resistirle, fué a su encuentro y dijo que la gran necesidad que tenía de bastimentos le había llevado allí, para proveerse de ellos, como en tierra de los Reyes sus señores, sin intención de hacer mal a nadie; y dándole cuenta de su viaje, refirió que venía de descubrir por la

costa de Paria, al Poniente, seiscientas leguas, donde había encontrado gente que peleaba con los cristianos con iguales fuerzas, y que le habían herido veinte hombres, por lo que no pudo aprovecharse de las riquezas de la tierra, en la que había hallado ciervos, conejos, pieles, uñas de tigre, y guanines (1), que mostró a Roldán en las carabelas, asegurándole que quería luego ir a Santo Domingo para dar cuenta de todo al Almirante, que estaba a la sazón con gran cuidado, por haberle escrito Pedro de Arana, que Riquelme, alcalde del Bonaio, en nombre de Roldán, so color de hacer una casa para sus ganados, había elegido un montecillo fuerte, para desde él hacer con poca gente todo el mal que pudiese, y que él se lo había estorbado, sobre lo cual, Riquelme había hecho proceso, con testigos, y

---

(1) Las Casas, lib. I, cap. CLXVIII: "trujeron cuernos de venado, y dijeron que los vieron, y conejos, y un cuero de onza, que debía de ser de tigre, y un collar hecho de uñas de animales".



lo había enviado al Almirante, quejándose de la fuerza que Arana le hacía, y suplicándole la remediase, para que no hubiese alguna contienda entre ellos; y, aunque el Almirante conocía que no era esto el único designio, le pareció que bastaba mantener la sospecha, no descuidándose de estar sobre aviso, pues creía que bastaba con remediar el manifiesto yerro de Hojeda, sin fomentar lo que con la disimulación debía tolerarse.

Persistiendo Hojeda en su mal designio, en el mes de Febrero del año 1500, previa licencia de Roldán, se fué con sus naves a Xaraguá, donde vivían muchos de los que se habían rebelado con éste. Por ser juntamente la avaricia y el interés el camino más cierto para provocar a todo mal, empezó a divulgar entre aquella gente que los Reyes Católicos le habían nombrado consejero del Almirante, a una con Carvajal, para que no le dejasen hacer algo que no les pareciese del real servicio, y una de las que le habían mandado era que luego pagase en dinero, de contado, a todos los que

estaban en la isla, al servicio de Sus Altezas, y que, pues el Almirante no era tan discreto que se moviese a hacer esto, él ofrecía ir con ellos a Santo Domingo, y obligarle a que les pagase, y si les pareciese, después echarle de la isla, vivo o muerto, porque no debían fiarse del ajuste, ni de la palabra que les había dado, pues no la mantendría sino en cuanto la necesidad le obligara.

Con tal oferta determinaron muchos seguirle, y con su favor y ayuda dió una noche en los que no quisieron admitirla; hubo muertos y heridos de ambas partes; y porque tenían por cierto que estando reducido Roldán al servicio del Almirante, no entraría en la nueva conjuración, determinaron acometerle de improviso y apresarle; mas sabiéndolo Roldán, fué con bastante gente adonde estaba Hojeda, para remediar sus desórdenes, o castigarle, según le pareciese convenía; mas Hojeda no le esperó, antes, de miedo, se retiró a sus navíos, y Roldán desde tierra, y el otro desde el mar, trataban del sitio donde habían de abocar-

se, temiendo cada uno ponerse en manos del otro.

Viendo Roldán que Hojeda no se fiaba para salir a tierra, ofreció ir a hablarle a sus navíos; para ello le envió a pedir la barca; Hojeda la envió con buena guardia, y habiendo entrado en ella Roldán con seis o siete de los suyos, cuando se creían más seguros los de Hojeda, cargaron sobre ellos Roldán y los suyos, con las espadas desnudas, y matando a algunos e hiriendo a otros, se apoderaron de la barca y se volvieron con ella a tierra, no dejándole a Hojeda sino un batel para servicio de los navíos (1), en el

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CLXIX: "Envió, pues, Hojeda, un muy buen batel, que otro tal no tenía, con ocho hombres muy valientes de la mar. Entrados en este batel Roldán con algunos de los suyos, en además de paz, echaron mano a las espadas y dan tan de golpe en ellos, que, acuchillados y muertos, a lo que se dijo, algunos, hácenlos saltar al agua, y tórnanlos presos a todos, y a un indio flechero que traía de las islas robado, escapándoseles otro nadando, y llévanlos a tierra".

cual, muy tranquilo, acordó ir a verse con Roldán, y excusándose de sus excesos, restituyó algunos hombres que había tomado por fuerza, para que le restituyesen la barca con su gente, diciendo que si no la restituían, parecerían todos, y los navíos, por no tener otra con que gobernarlos. Roldán se la volvió, porque no tuviera motivo de quejarse, ni dijese que por su causa se perdía; mas antes le tomó seguridad y promesa de que, dentro de cierto tiempo, saldría, con los suyos, de la Española, y así se vió precisado a hacerlo, por la buena guardia que Roldán había puesto en tierra.

Pero, como es dificultoso desarraigar la cizaña de modo que no vuelva a nacer, así, la gente mal acostumbrada, no puede menos de recaer en sus faltas, lo que sucedió a una parte de los rebeldes, pocos días después que Hojeda había salido, pues hallándose D. Hernando de Guevara, como sedicioso, en desgracia del Almirante, juntóse con Hojeda en sus delitos, con gran aborrecimiento a Roldán, porque éste le había impedido casarse con una hija de Anacao-

na, que era la principal reina de Xaraguá; empezó a congregar muchos conjurados, para prenderle y continuar en hacer mal, e incitó especialmente a Adrián de Mújica, uno de los principales, con otros dos hombres de mala vida, los cuales, a mediados de Junio del año de 1500, dispusieron la prisión, o la muerte de Roldán; pero, hallándose éste muy advertido, porque supo lo tramado, fué tan hábil que prendió a don Hernando, a Mújica y a los principales de su cuadrilla, y mandó aviso, al Almirante, de lo que pasaba, pidiéndole su parecer en lo que había de hacerse; el cual respondió, que pues sin motivo habían intentado alterar la tierra, y si no se les daba castigo, serían causa de que todo fuera destruído, debía procederse en justicia y castigar sus delitos conforme a las leyes. Luego lo puso el alcalde en ejecución, y hecha la causa contra ellos, mandó ahorcar a Adrián como autor y principal cabeza de la conjuración; desterró a otros según sus culpas, y dejó en la prisión a D. Hernando, hasta que a

13 de Junio le entregó con otros presos a Gonzalo Blanco, para que los llevase a la Vega, donde estaba el Almirante.

Con este castigo sosegóse la tierra; los indios volvieron a la obediencia y servicio de los cristianos, y se descubrieron tantas minas de oro que los castellanos dejaban el sueldo del Rey, y se iban a vivir por su cuenta, aplicándose a sacar oro, industriosamente, a su costa, dando al Rey la tercera parte de lo que hallaban.

Tanto creció esta laboriosidad que hubo persona que recogió en un día cinco marcos, de granos de oro, bastante gruesos, entre los cuales hubo uno que pesó ciento noventa y seis ducados. Los indios estaban obedientes con gran temor al Almirante; tan deseosos de contentarle, que, pensando que le hacían algún servicio, voluntariamente se hacían cristianos; y si algún indio principal tenía que parecer ante él, procuraba venir vestido; por lo cual, y para mayor quietud, determinó el Almirante visitar la isla, en persona; el miércoles, 20

de Febrero de 1499 (1), partió con el Adelantado, de Santo Domingo, y llegaron a la Isabela a 19 de Marzo, de donde salieron a 5 de Abril, y llegaron a la Concepción el martes siguiente, desde donde partió el Adelantado a Xaraguá el viernes, 7 de Junio (2).

---

(1) Fecha equivocada, pues los sucesos de don Hernando de Guevara, y de Mújica, fueron del año siguiente, o sea, del 1500.

(2) La paz con Roldán no fué para el Almirante más que una tregua disimulada, en la que iría clandestinamente preparando la ruina de su adversario. Para ello escribió a los Reyes una carta, en la cual defendía la nulidad del pacto hecho con Roldán, alegando, entre otros argumentos especiosos, que lo había firmado en una carabela, donde no podía ejercer el oficio de Virrey, mas tan sólo el Almirante, y acababa pidiendo que Roldán se le sometiera sin condiciones. Roldán, que debía pecar de confiado, lejos de precaverse, cometió la torpeza de enemistarse con los suyos por un hecho al que dió más importancia de la que debiera. Fué el caso que don Hernando de Guevara, hidalgo de noble linaje y de apuesta figura, huyendo del Almirante, que le

El día después de Navidad de 1499, había escrito el Almirante: “habiéndome dejado

---

odiaba, se estableció en Xaraguá, donde había hecho su asiento Roldán. Allí conoció a Higueymota, hija de Anacaona, mujer que fué de Caonabó, el rey más poderoso de la isla, y hermana de Behechío, rey de Xaraguá, tachada por el cronista Oviedo de suma *libidine* con los españoles. Prendóse Guevara de Higueymota, y su madre se la concedió en matrimonio, o a lo menos en concubinato, para lo cual recibió antes aquella las aguas regeneradoras del Bautismo. Roldán, que había tenido amores con Higueymota, se enfureció cuando supo los entusiasmos de Guevara; constituyéndose en defensor de las buenas costumbres, le mandó que se marchara del país, y como no le obedeciera, le prendió, alegando que tramaba una conjuración, y lo envió al Almirante, que le formó proceso, dispuesto a castigarle con dureza. Como la persecución era injusta, un primo de Guevara, Adrián de Mújica, se alió con varios amigos para sacarlo de la cárcel, aunque fuera con daño de Roldán y del Almirante, quien sorprendió a los conjurados, y mató a Mújica en condiciones tales que aquello fué un verdadero asesinato: “mandó luego al Adrián ahorcar, y diciendo él que le dejasen confesar, dijo el Almirante que le confesase un



todos, fuí embestido con guerra por los indios y por los malos cristianos, y llegué a tanto extremo que, por huir la muerte, dejándolo todo, me entré en el mar en una carabela pequeña; entonces me socorrió Nuestro Señor, diciéndome: ¡Oh hombre de poca fe!, no tengas miedo; yo soy; y así dispersó mis enemigos, y me mostró cómo

---

clérigo que allí estaba, y cuando el clérigo se ponía a confesarle, se detenía y no quería confesar, y esto hizo algunas veces. Viendo el Almirante que lo hacía por dilatar su muerte, mandó que lo echasen de una almena abajo, y así lo hicieron; daba voces que le dejasen confesar, porque, por temor de la muerte, no se acordaba de sus pecados, y que dejaba condenados a muchos que no tenían culpa; pero no le aprovechó nada".—Las Casas, *Historia*, lib. I, cap. CLXX.

El Adelantado comenzó también a saciar su venganza; ahorcó los que pudo apresar de los que habían sido partidarios de Roldán; fué luego a la provincia de Xaraguá en pos de otros que se habían refugiado allí; y echando mano a diez y seis, los metió en un pozo, a falta de cárcel, con ánimo de ahorcarlos a todos. También D. Diego hacía el oficio de verdugo. En tanto que los tres hermanos devastaban la isla con sus

podía cumplir mis ofertas: ¡Oh infeliz pecador, yo que lo hacía pender todo de la esperanza del mundo!” (1).

A 3 de Febrero de 1500 pensaba el Almirante ir a Santo Domingo, con ánimo de apercibirse para volver a Castilla, y dar cuenta de todo a los Reyes Católicos.

---

furores, navegaba ya cerca de Santo Domingo el Comendador Bobadilla, que pondría fin a tan bárbaros delitos, mal cubiertos con apariencias legales y propios de tiranos.

(1) Lo que acerca de estas aflicciones escribió Colón en su carta al ama del Príncipe D. Juan, es lo que sigue: “Las nuevas del oro que yo dije que daría son que día de Navidad, estando yo muy afligido, guerreado de los malos cristianos y de indios, en términos de dejar todo, y escapar, si pudiese, la vida, me consoló nuestro Señor milagrosamente, y dijo: *esfuerza, no desmayes, ni temas; yo proveeré en todo; los siete años del término del oro, no son pasados, y en ello y en lo otro, te daré remedio.* Ese día supe que había ochenta leguas de tierra, y en todo cabo dellas, minas”.

Lo de meterse Colón en una carabela pequeña, huyendo de cristianos y de indios, parece imaginación de D. Hernando.

---

## CAPITULO LXXXV

*Cómo por informaciones falsas, y fingidas quejas de algunos, enviaron los Reyes Católicos un juez a las Indias, para saber lo que pasaba.*

En tanto que sucedían las referidas turbaciones, muchos de los rebeldes, con cartas desde la Española, y otros que se habían ido a Castilla, no dejaban de dar informaciones falsas a los Reyes Católicos y a los de su Consejo, contra el Almirante y sus hermanos, diciendo que eran crueles, incapaces de aquel gobierno, tanto por ser extranjeros y ultramontanos, como porque en ningún tiempo se habían visto en estado que por experiencia hubiesen aprendido el modo de gobernar gente honrada; afirmaban que si Sus Altezas no ponían remedio, vendría la total ruina de aque-

llos países, y que si éstos no eran destruídos con tan perversa administración, el mismo Almirante se rebelaría y haría liga con algún Príncipe que le ayudase, pretendiendo que todo era suyo por haberlo descubierto con su industria y trabajo. Para salir con este intento, ocultaba las riquezas del país, y no permitía que los indios sirviesen a los cristianos, ni se convirtiesen a la fe, pues halagándolos, esperaba tenerlos de su parte para hacer todo cuanto fuese contra el servicio de Sus Altezas. Prosiguiendo en estas calumnias y otras semejantes, importunaban mucho a los Reyes Católicos, hablando mal del Almirante, y lamentándose de que había muchos años que a los españoles no se les pagaba el sueldo, con lo que daban que decir y murmurar a todos los que estaban en la Corte. De tal manera, que, estando yo en Granada, cuando murió el Serenísimo Príncipe D. Miguel, más de cincuenta de ellos, como hombres sin vergüenza, compraron una gran cantidad de uvas, sentáronse en el patio de la Alhambra y decían a grandes vo-

ces que Sus Altezas y el Almirante les hacían pasar la vida de aquella forma, por la mala paga, y otras mil desvergüenzas que repetían. Tanto era su descaro que, cuando el Rey Católico salía, le rodeaban todos y le cogían en medio, gritando: *¡Paga, paga!*; y si acaso, yo y mi hermano, que éramos pajes de la Serenísimá Reina, pasábamos por donde estaban, levantaban el grito hasta los cielos, diciendo: *Mirad los hijos del Almirante, los mosquitos de aquél*, que ha descubierto tierras de vanidad y engaño, para sepulcro y miseria de los hidalgos castellanos; y añadían otras muchas injurias, por lo cual nos excusábamos de pasar por delante de ellos.

Siendo tantas sus quejas, y las importunaciones que hacían a los privados del Rey, éste determinó enviar un juez pesquisidor a la Española, para que se informase de todas las cosas referidas, mandándole que si hallase culpado al Almirante, según las quejas expresadas, le enviase a Castilla, y él quedase en el gobierno. El pesquisidor que para este efecto enviaron los Reyes Ca-

tólicos fué Francisco de Bobadilla, pobre Comendador de la Orden de Calatrava, para lo que se le dió bastante y copiosa comisión, en Madrid, a 21 de Mayo del año de 1499; también llevó muchas cédulas, con la firma del Rey en blanco, para las personas de la isla Española que le pareciese, mandando en ellas que le diesen todo favor y auxilio. Con estos despachos llegó a Santo Domingo a fin de Agosto del año de 1500, cuando el Almirante estaba poniendo orden en las cosas de aquella provincia, en la que el Adelantado había sido embestido por los rebeldes, y estaba el mayor número de indios, y de mejor calidad y razón que en lo demás de la isla; de manera que, no hallando Bobadilla, cuando llegó, persona a quien tener respeto, lo primero que hizo fué alojarse en el Palacio del Almirante, y servirse y apoderarse de todo lo que había en él, como si le hubiera tocado por legítima sucesión y herencia (1), recogiendo y favo-

---

(1) A 23 de Agosto de 1500 arribó el Comendador Bobadilla a Santo Domingo, en ocasión

reciendo después a todos los que halló de los rebeldes, y a otros muchos que aborre-

---

que por ausencia de sus hermanos gobernaba don Diego Colón, quien envió emisarios a la carabela *Gorda* para saber quién iba en ella; Bobadilla supo por éstos que el Almirante se hallaba en la Vega, y el Adelantado en Xaraguá, persiguiendo a sus enemigos y ahorcándolos; menos mal que llevaba un clérigo para que antes del suplicio los confesara; D. Diego hacía otro tanto en Santo Domingo; la semana anterior había ahorcado siete españoles, y tenía presos otros cinco para darles igual muerte. Pocas horas después entró en el puerto Bobadilla, y vió en cada orilla del Ozama una horca, ambas con sendos cadáveres pendientes; duro espectáculo para que Bobadilla rectificase la opinión, general en España, de que el Almirante y sus hermanos trataban a los españoles con suma crueldad y despotismo incomparable. El día siguiente, Bobadilla intimó a D. Diego una Real cédula, por la que Sus Majestades le nombraban juez pesquisidor de los procesos contra Roldán y sus partidarios; D. Diego se negó a cumplirla, con varias excusas equivalentes a franca rebeldía, cual fué decir “que el Almirante tenía de Sus Altezas otras cartas, y poderes mayores y más fuertes, que po-

cían al Almirante, se declaró al punto por Gobernador, y para ganarse la voluntad del

---

dían mostrar". Para vencer esta resistencia exhibió Bobadilla el día 25 dos Cédulas que le conferían el oficio de Gobernador de las islas y Tierra Firme, la tenencia de fortalezas, casas y navíos, la custodia de los presos y el recabar los autos judiciales contra ellos; D. Diego se negó también a cumplirlas, de modo que Bobadilla tuvo que emplear la violencia para entrar en la fortaleza, quebrando las cerraduras, y halló varios presos, con grillos, en cierta cámara, uno de ellos D. Hernando de Guevara, condenado a horca por el único delito efectivo de haberse enamorado, más de lo que Roldán quisiera, de la princesa Higueymota.

El Almirante, que estaba al tanto de lo que ocurría, por mensajeros que le mandaba su hermano Diego, no anduvo menos remiso en obedecer las órdenes de los Monarcas; únicamente cuando vió que no tenía más remedio, siguió los consejos que le dieron Fr. Juan de Trasierra y el Tesorero Velázquez, y fué a Santo Domingo, donde estaban enojadísimos los españoles contra él porque no les pagaba sus salarios, haciéndoles vivir en la miseria, no obstante que había dinero de sobra, pues el mismo Colón así



pueblo, echó bando, haciendo a todos libres de tributo por veinte años, e intimó al Almirante que sin dilación alguna viniese adonde él estaba, pues convenía al servicio del Rey; en confirmación de esto le envió, con Fray Juan de Trasierra (2), el 7 de Septiembre, una Real cédula del tenor siguiente:

---

lo escribió en su carta al ama del príncipe don Juan: "con seiscientos mil maravedises pagara a todos, sin robar a nadie, y había más de cuatro cuentos de diezmos y alguacilazgo, sin tocar en el oro". Por tal motivo, los españoles, a quienes había prometido Bobadilla pagar sus sueldos, le ayudaron a combatir la desobediencia de los hermanos Colón, y apresóles con entera justicia como a rebeldes y autores de muertes inicuas.

Las Casas, *Historia*, lib. I, caps. CLXXVIII a CLXXXI; en el CLXXX reseña las acusaciones lanzadas contra el Almirante en el proceso que le formó Bobadilla.

(2) Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CLXXX: "Desde a pocos días llegaron un religioso de San Francisco, que se llamaba Fray Juan de Trasierra, y Juan Velázquez, Tesorero de los Reyes, con quien el Comendador [Bobadilla] le envió una carta de los Reyes que decía lo siguiente."

‘Don Cristóbal Colón, nuestro Almirante del Mar Océano, Nos habemos mandado al Comendador Francisco de Bobadilla, llevador de ésta, que vos hable de nuestra parte algunas cosas que él dirá; rogamos os que le déis fe y creencia, y aquello pongáis en obra. De Madrid, a 26 de Mayo del año de 1499. *Yo el Rey. Yo la Reina.* Y por su mandado, *Miguel Pérez de Almazán* (1).

---

(1) Copiamos el texto de Las Casas, *Hist.*, lib. I, cap. CLXXX.

---

## CAPITULO LXXXVI

*Cómo el Almirante fué preso y enviado a Castilla con grillos, juntamente con sus hermanos.*

Luego que vió el Almirante la carta de los Reyes, fué prontamente a Santo Domingo, donde ya estaba dicho juez, y éste, deseoso de mantenerse en el gobierno, sin tardanza alguna, ni información jurídica, al comienzo de Octubre del año de 1500, le envió prisionero a un navío, con su hermano D. Diego, poniéndole grillos y buena guardia, mandando, bajo gravísimas penas, que ninguno hablase nada de lo que a éstos atañía. Después, como se dice de la justicia de Pedro Grullo, empezó a formar proceso contra ellos, recibiendo por testigos a

los enemigos rebeldes, favoreciendo e incitando públicamente a cuantos iban a decir mal de los presos, y deponían tantas maldades y delitos, que sería más que ciego quien no conociese que esto lo dictaba la pasión, sin alguna verdad, por lo que, los Reyes Católicos no los quisieron recibir, y lo absolvieron, arrepintiéndose mucho de haber enviado aquel hombre con semejante cargo, y no sin justa razón, porque Bobadilla destruyó la isla, y gastó las rentas y tributos Reales, para que todos le ayudasen, publicando que los Reyes Católicos no querían otra cosa que el nombre del dominio, y que el provecho fuese para sus vasallos; pero no por eso perdía Bobadilla nada de su parte, antes bien, asociándose con los más ricos y poderosos, les daba sus indios para su servicio, con pacto de partir con él cuanto ganasen con dichos indios, y vendía en pública almoneda las posesiones y heredades que el Almirante había ganado para los Reyes Católicos, diciendo que los Reyes no eran labradores, ni mercaderes, ni querían aquellas tierras para su utilidad, sino para

socorro y alivio de sus vasallos. Con este pretexto vendía todo, procurando también que lo comprasen algunos de sus compañeros, por dos tercios menos de lo que valían; y haciendo estas cosas, no enderezaba a otro fin las de justicia, ni a otra mira que a hacerse rico y ganar el afecto del pueblo, porque aún tenía miedo de que el Adelantado, que todavía no había vuelto de Xaraguá, se le opusiera, y procurase con armas librar al Almirante, como si en esto, sus hermanos, no hubiesen tenido harta prudencia; por lo cual, el Almirante envió luego a decir, que por el servicio de los Reyes Católicos, y para no alborotar la tierra, fuesen a él pacíficamente, pues idos a Castilla, alcanzarían más fácilmente el castigo de tan raro sujeto, y el remedio de los agravios que les hacía; pero no por esto dejó Bobadilla de prenderle con sus hermanos, consintiendo que los malvados y populares dijese mil injurias contra él, por las plazas, y que tocasen cuernos junto al puerto donde estaban embarcados, demás de muchos libelos infamatorios que estaban pues-

tos en las esquinas, de modo que, aunque supo que Diego Ortiz, hospitalero, había hecho y leído un libelo en la plaza, no sólo no le castigó, pero mostró grande alegría de ello, por lo que cada uno se ingeniaba en darse a conocer por atrevido en tales cosas. Al tiempo de la partida del Almirante, temiendo que se volviese a tierra, nadando, no dejó de decir al piloto llamado Andrés Martín, que entregase el preso al Obispo D. Juan de Fonseca, para dar a entender que con favor y consejo de éste, hacía todo aquello; bien que después, estando en el mar, conocida por el patrón la perversidad de Bobadilla, quiso quitar los grillos al Almirante; pero éste jamás lo consintió, diciendo que, pues los Reyes Católicos mandábanle por su carta que ejecutase lo que en su nombre mandase Bobadilla, y, éste, por su autoridad y comisión, le había puesto los grillos, no quería que otras personas, que las de Sus Altezas, hicieran sobre ello lo que les pareciese, pues tenía determinado guardar los grillos para reliquia y memoria del premio de sus muchos ser-

vicios, y así lo hizo, porque yo los vi siempre en su cámara, y quiso que fuesen enterrados con sus huesos.

El día 20 de Noviembre del año de 1500, escribió a los Reyes que había llegado a Cádiz; sabido por éstos cómo venía, luego dieron orden para que se le pusiese en libertad, y le escribieron cartas llenas de benignidad, manifestando mucho desagrado en sus trabajos y en la descortesía que había usado con él Bobadilla, diciéndole que fuese a la Corte, donde serían atendidos sus negocios y se daría orden para que fuese despachado con mucha brevedad y honra.

En todas estas cosas, no debo culpar a los Reyes Católicos más que de haber elegido para aquel cargo a un hombre malo y de tan poco saber, porque si fuese hombre que supiera usar bien de su oficio, el Almirante se hubiese alegrado de su ida; pues había suplicado en sus cartas, que envasen a alguno para que tuviese verdadera información de la maldad de aquella gente, y de los desmanes que cometía, y fuesen castigados por otra mano; no queriendo él, pues

habían comenzado los alborotos contra su hermano, proceder con el rigor, que hubiera usado en un caso sin sospecha; y aunque pueda decirse, que sin embargo de estar mal informados los Reyes Católicos contra el Almirante, no debían enviar a Bobadilla con tantas cartas y favor, sin limitarle la comisión que le daban, puede responderse que no fué maravilla que lo hiciesen así, porque eran muchas las quejas dadas contra el Almirante, según antes hemos referido.



---

## CAPITULO LXXXVII

*Cómo el Almirante fué a la Corte, a dar cuenta de sí a los Reyes Católicos.*

Tan luego como los Reyes Católicos supieron la prisión y venida del Almirante, dieron orden, a 17 de Diciembre, de que fuera puesto en libertad, y le escribieron que fuese a Granada, donde fué recibido por Sus Altezas con semblante alegre y dulces palabras, diciéndole que su prisión no había sido hecha con su mandato, ni su voluntad, antes les había desagradado mucho, y juzgarían esto de modo que fuesen castigados los culpables, y él enteramente satisfecho. Con estos y otros favores mandaron entonces que se atendiese a sus negocios, y, en suma, fué su resolución enviar

a la Española un Gobernador que desagraviase al Almirante y a sus hermanos; que Bobadilla fuese obligado a devolverle todo lo que le había tomado, y que se diese al Almirante cuanto le correspondía por sus capitulaciones; que se hiciera proceso acerca de las culpas de los rebeldes, y fuesen castigados sus delitos conforme las culpas que hubiesen cometido. Dióse el gobierno a Nicolás de Ovando, comendador de Lares, hombre de buen juicio y prudencia, bien que, como después se vió, apasionado mucho en perjuicio de tercero, pues guiaba sus pasiones con astucias cautelosas, y daba crédito a los sospechosos y malignos, ejecutándolo todo con crueldad y ánimo vengativo, de que da testimonio la muerte de 80 caciques [en el reino de Xaraguá] (1). Pero, volviendo al Almirante, digo que cuando en Granada acordaron los Reyes Católicos man-

---

(1) Trata de este suceso Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. VIII. Ovando creyó, con razón o sin ella, que dichos caciques armaban una traición a los españoles.

dar al Comendador Ovando a la Española, les pareció conveniente que fuese el Almirante a otro viaje de que se le siguiese algún provecho y estuviese ocupado hasta que el Comendador sosegase las cosas y tumultos de la Española, porque les parecía muy mal tenerle tanto tiempo fuera de su justa posesión, sin causa; pues de la información remitida por Bobadilla, resultaba la malicia y la falsedad de que estaba llena, y no de cosas porque debiese perder su Estado; pero porque en la ejecución de esto había alguna dilación, corría ya el mes de Octubre del año de 1501, y los maliciosos lo dilataban también, hasta ver la nueva información, determinó el Almirante hablar al Rey y pedirle promesa de defenderle y ampararle en sus riesgos, lo que después hizo también por cartas, y así, cuando estaba para partir al viaje se lo prometieron los Reyes por una carta que contiene las siguientes palabras:

“Cuanto a lo otro contenido en vuestros memoriales y letras, tocante a vos, y a vues-

tros hijos y hermanos, porque como vedes, a causa que Nos estamos en camino, y vos de partida, no se puede entender en ello fasta que paremos de asiento en alguna parte, é si esto hobiédes de esperar, se perdería el viaje a que agora vais, por esto es mejor, que, pues de todo lo necesario para vuestro viaje estais despachado, vos partais luego sin detenimiento, y quede a vuestro hijo el cargo de solicitar lo contenido en los dichos memoriales. Y tened por cierto, que de vuestra prisión nos pesó mucho, y bien lo vistes vos y lo cognoscieron todos claramente, pues que luego que lo supimos, lo mandamos remediar; y sabeis el favor con que vos habemos mandado tratar siempre, y agora estamos mucho más en vos honrar y tratar muy bien, y las mercedes que vos tenemos fechas, vos serán guardadas enteramente, según forma y tenor de nuestros privilegios, que dellas tenéis, sin ir en cosa contra ellas. Y vos y vuestros hijos gozareis dellas, como es razón, y, si necesario fuere confirmarlas de nuevo, las confirmaremos, y a vuestro hijo

mandaremos poner en la posesión de todo ello, y en más, que esto tenemos voluntad de vos honrar y facer mercedes; y de vuestros hijos y hermanos Nos ternemos el cuidado que es razón. Y todo esto se podrá facer yéndovos en buena hora, y quedando el cargo a vuestro hijo, como está dicho, y así vos rogamos que en vuestra partida no haya dilación. De Valencia de la Torre a 14 días de Marzo de 502 años. *Yo el Rey. Yo la Reina.*" (1).

Estas ofertas y palabras le escribieron los Reyes porque el Almirante estaba resuelto a no empeñarse más que en las cosas de Indias, y descargarse con su hermano; en lo que pensaba con acierto, porque decía que si los servicios que llevaba hechos no bastaban para castigar la maldad de aquella gente, menos los que hiciese en ade-

---

(1) Copiamos este documento de Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. CLXXXIII, quien lo tomó del libro de D. Hernando.

lante, pues lo principal que había ofrecido antes que descubriese las Indias, lo había ya cumplido, que era mostrar que allí había islas, y tierra firme, a la parte occidental; que el camino era fácil y navegable, la utilidad manifiesta, y las gentes muy domésticas y desarmadas; de modo que, habiendo probado él mismo todo lo referido, ya no le faltaba más, sino que Sus Altezas siguiesen la empresa, enviando gente que buscase y procurase entender los secretos de aquellos países, pues estando ya abierta la puerta, cualquiera podría seguir la costa, como hacían algunos que impropriamente se llamaban descubridores, sin considerar que no descubrieron alguna nueva región, sino seguir la conocida, después del tiempo en que el Almirante les mostró dichas islas y la provincia de Paria, que fué la primera tierra firme que se halló. Mas habiendo tenido siempre el Almirante grande inclinación a servir a los Reyes Católicos, y especialmente a la Serenísima Reina, le agradó volver a sus naves, y hacer el viaje que adelante diremos, pues tenía por cierto que cada día

se descubrirían cosas de gran riqueza, como había escrito a Sus Altezas el año de 99, hablando así de descubrimientos: “no debe dejarse de continuarlo, porque, a decir la verdad, si, no a una hora, se hallará en otra, alguna cosa importante”. Como ya se ha mostrado con Nueva España y el Perú, bien que entonces, como suele suceder a la mayor parte de los hombres, ninguno creyese lo que decía; pero es cierto que nada dijo que no saliese verdadero, como escriben los Reyes Católicos en una carta que le dirigieron desde Barcelona, el 5 de Septiembre del 93.





---

## CAPITULO LXXXVIII

*Cómo el Almirante salió de Granada para ir a Sevilla y hacer la armada necesaria para su descubrimiento.*

Ya bien despachado el Almirante por los Reyes Católicos, salió de la ciudad de Granada, para la de Sevilla, el año de 1502, y luego que llegó dispuso con tanta diligencia la armada, que en breve tiempo se aprestaron, con armas y vituallas, cuatro navíos de gavia, de 70 toneladas de porte el mayor, y el menor de 50, con 140 hombres, entre grandes y pequeños, de los que yo era uno; a 6 de Mayo de 1502, nos hicimos a la vela en el puerto de Cádiz, y fuimos a Santa Catalina, desde donde partimos el miércoles, 11, y al segundo día, fuimos a

Arcila, para socorrer a los portugueses que se decía estar muy apretados; pero, cuando llegamos, ya los moros habían levantado el sitio, por lo que, el Almirante envió al Adelantado D. Bartolomé Colón, su hermano, y a mí, con los capitanes de los navíos, a tierra, para visitar al capitán de Arcila, que habían herido los moros en un asalto, el cual dió muchas gracias al Almirante, por esta visita y por las ofertas que le hacía; a cuyo efecto, le envió ciertos caballeros que tenía consigo, algunos de los cuales eran parientes de doña Felipa Moñiz, mujer que fué, como ya dijimos, del Almirante, en Portugal.

El mismo día nos hicimos a la vela, y llegados a la Gran Canaria a 20 de Mayo, surgimos en las isletas; a 24 pasamos a Maspalomas, que está en la misma isla, para tomar el agua y la leña que eran necesarias en el viaje; de aquí partimos, la noche siguiente, hacia la India, con próspero viaje, como plugo a Dios, de modo que sin calar las velas, llegamos a la isla de Martinino, a 15 de Junio, por la mañana, con bastante

alteración del mar y del viento. Allí, según la necesidad y costumbre de los que van desde España, quiso el Almirante que refrescase la gente, se proveyese de agua y de leña y lavase su ropa, hasta el sábado, que pasamos al occidente de ella, y fuimos a la isla Dominica, que dista de aquélla diez leguas. Desde allí, pasando por las islas de los Caribes, fuimos a Santa Cruz; a 24 del mismo mes pasamos a la parte del Mediodía de la isla de San Juan, y tomamos el camino de Santo Domingo, porque el Almirante tenía ánimo de cambiar uno de los cuatro navíos que llevaba, que era poco velero, navegaba mal, y no podía sostener las velas si no se metía el bordo hasta cerca del agua, de que resultó algún daño en aquel viaje, pues la intención del Almirante cuando iba por el Océano era ir a reconocer la tierra de Paria, y continuar por la costa, hasta dar con el estrecho, que tenía por cierto haber hacia Veragua y el nombre de Dios; pero, visto el defecto del navío, tuvo que ir a Santo Domingo para trocarle por otro bueno. Como el Comendador de Lares,

que gobernaba la isla, enviado por los Reyes para tomar cuenta de su administración a Bobadilla, no se alteró nada con nuestra improvisa llegada, el miércoles, a 29 de Junio, habiendo ya entrado en el puerto, envió el Almirante a Pedro de Terremos, capitán de uno de los navíos, para hacerle saber la necesidad que tenía de mudar aquel navío, y que así por esto, como porque él esperaba que viniese una gran tormenta, deseaba entrar en aquel puerto, para salvarse; advirtióle que en ocho días no dejase salir la armada del puerto, porque correría mucho riesgo; pero, el Comendador, no consintió que el Almirante entrase en el puerto, y mucho menos impidió salir la armada que partía para Castilla, la cual era de veintiocho navíos, y debía llevar al Comendador Bobadilla, que había preso al Almirante y a sus hermanos, a Francisco Roldán y a todos los otros que se habían sublevado contra él, de quienes habían recibido tanto mal; a todos los cuales quiso Dios cegarles los ojos y el entendimiento para que no admitiesen el buen consejo

que les daba el Almirante. Yo tengo por cierto que esto fué providencia divina, porque, si arribaran éstos a Castilla, jamás serían castigados según merecían sus delitos; antes bien, porque eran protegidos del Obispo, hubiesen recibido muchos favores y gracias, y por esta causa facilitó su salida de aquel puerto, hacia Castilla; porque, llegados a la punta oriental de la Española, una gran tormenta les embistió de tal manera, que sumergió la nave Capitana, en la cual iba Bobadilla con la mayor parte de los rebeldes, e hizo tanto daño en los otros navíos, que no se salvaron si no es tres o cuatro, de todos los veintiocho. En aquel tiempo, que fué jueves último de Junio, habiendo el Almirante previsto semejante borrasca, luego que se le negó entrar en el puerto, para estar seguro, se retiró lo mejor que pudo hacia tierra, resguardándose con ésta, no sin mucho dolor y disgusto de la gente de su armada, a la que, por ir en su compañía, le faltaba el acogimiento que debe hacerse aun a los extraños, cuanto más a ellos, que eran de una misma nación, por

lo que temían no les sucediese en adelante lo mismo y les viniese algún infortunio. Aunque el Almirante sintiese interiormente el mismo dolor, se lo aumentaba más la injuria y la ingratitud usada con él en la tierra que había dado para honra y exaltación de España, donde se le negaba el refugio y el reparo de su vida; pero con su prudencia y con su buen juicio, se mantuvo con su armada hasta el día siguiente, y creciendo el temporal, y sobreviniendo la noche con grandísima obscuridad, se apartaron tres navíos de su compañía, cada uno por su rumbo, y aunque los marineros de éstos corrieron todos igual riesgo, y cada uno pensaba que los otros hubiesen naufragado; los que, sin embargo, padecieron verdaderamente, fueron los del navío Santo, el cual, por conservar el batel en que había ido a tierra el capitán Terreros, lo llevó atado a la popa con los cables, hasta que fué precisado a dejarlo y perderlo, por no perderse a sí mismo; pero mucho mayor fué el peligro de la carabela Bermuda, la cual, habiéndose hecho al mar, entró en el

agua hasta la cubierta; de donde bien se dejó conocer que con razón procuraba el Adelantado trocarla, y todos tuvieron por cierto que el Adelantado, su hermano, después de Dios, la había salvado con su saber y valor, porque, según hemos dicho, no se hallaba entonces hombre más práctico que él en las cosas del mar; de manera que habiendo padecido todos los navíos gran trabajo, excepto el del Almirante, quiso Dios volverlos a juntar el domingo siguiente, en el puerto de Azua, al Mediodía de la Española, donde, contando cada uno sus desgracias, se halló que el Adelantado había padecido tan gran riesgo, por huir de tierra, como marinero tan práctico, y el Almirante no había corrido peligro por haberse acercado a ella, como sabio astrólogo que conocía el paraje de donde podía venirle daño; por cuyo motivo, bien podían culparle los que le aborrecían, de que había producido aquella tormenta por arte mágica, para vengarse de Bobadilla y de los demás enemigos suyos que iban en su compañía, viendo que no habían peligrado algu-

no de los cuatro de su armada, y que de veintiocho que habían partido con Bobadilla, uno sólo, llamado la Guquia, que era de los peores, siguió su viaje a Castilla y llegó salvo con 4.000 pesos de oro que el factor del Almirante le enviaba de sus rentas; a Santo Domingo volvieron otros tres, que se salvaron de la tormenta, maltratados y deshechos.



---

## CAPITULO LXXXIX

*Cómo el Almirante salió de la Española, siguiendo su viaje, y descubrió las islas Guanajas.*

En tanto, el Almirante dió a su gente, en el puerto de Azúa, lugar para que pudiese respirar de los trabajos padecidos en la tempestad, y siendo uno de los deleites que da el mar, cuando no hay otra cosa que hacer, el pescar, entre las muchas especies de peces que sacaron, me acuerdo de dos, uno de gusto, y otro de admiración; el primero fué un pez llamado esclavina, tan grande como medio tonel (1), al cual hirieron con una

---

(1) Ulloa, *come un mezzo letto.*

fisga, los de la nave Vizcaína, cuando iba durmiendo en el agua, y lo aferraron de modo que no pudo librarse; después, atado con una gruesa y larga maroma al banco del batel, tiraba de éste tan velozmente por aquel puerto, de aquí para allí, que parecía una saeta, de suerte que la gente de los navíos que no conocía el secreto, estaba espantada, viendo ir, sin remos, el batel, a uno y otro lado, hasta que se anegó el pez y lo llevaron a bordo de los navíos, adonde lo subieron con los ingenios que alzan las cosas pesadas. El segundo pez fué tomado con otro ingenio; llámanle los indios Manati, y no le hay en la Europa; es tan grande como una ternera, y su carne semejante, en el sabor y color, acaso algo mejor y más grasa; de donde, los que afirmaban que hay en el mar todas las especies de animales terrestres, dicen que estos peces son verdaderamente becerros, pues no tienen forma de pez, ni se mantienen de otra cosa que la hierba que encuentran en las orillas.

Volviendo ahora a nuestra historia, digo que después que el Almirante vió que su

gente había descansado algo, y los navíos estaban aderezados, salió del puerto de Azua, y fué al del Brasil, que los indios llaman Yaquimo, para librarse de otra tempestad que vendría. Por ello salió después, a 14 de Julio, de este puerto, con tanta bonanza, que no pudiendo seguir el camino que quería, lo echaron las corrientes a ciertas islas muy pequeñas y arenosas, cerca de Jamaica, a las cuales llamólas Pozas, porque no hallando agua en ellas, hicieron muchos pozos en la arena, de los que se abastecieron para servicio de los navíos. Luego, navegando hacia Tierra Firme, por la ruta de Mediodía, llegaron a otras islas, aunque no tomaron tierra, sino es en la mayor, que se llamaba Guanaja, nombre que los que después hicieron cartas de marear, dieron a todas las islas Guanajas, que están 12 leguas de Tierra Firme, cerca de la provincia que ahora se llama Cabo de Honduras, aunque el Almirante la llamó punta de Caxinas; pero como algunos hacen estas cartas sin andar por el mundo, incurren en grandísimos errores, los cuales ahora, que

me ocurre decirlo, quiero referir, aunque rompa el hilo de mi historia; y es así.

Estas mismas islas y la Tierra Firme la ponen dos veces en sus cartas de marear, como si en efecto fuesen tierras distintas, y siendo el Cabo de Gracias a Dios, el mismo que llaman Cabo de Honduras, hacen dos. La causa de esto fué porque Juan Díaz de Solís, de cuyo apellido se llama el río de la Plata (1) río de Solís, por haberle muerto allí los indios, y Vicente Yáñez, que fué capitán de un navío en el primer viaje del Almirante, cuando descubrió las Indias, y después halló la Tierra Firme, fueron juntos a descubrir, el año de 1508, con intención de seguir la tierra que había descubierta el Almirante, en el viaje de Veragua, hacia Occidente; siguiendo éstos casi el mismo camino, llegaron a la costa de Cariay, y pasaron cerca del Cabo de Gracias a Dios, hasta la punta de Caxinas, que ellos lla-

---

(1) Ulloa, añade: "che vuol dir fiume dell' argento".

maron de Honduras, y a las dichas islas, las Guanajas; dando, como hemos dicho, el nombre de la principal, a todas. De aquí pasaron más adelante, y no quisieron confesar que el Almirante hubiese estado en ninguna de dichas partes, para atribuirse aquel descubrimiento y mostrar que habían hallado un gran país, sin embargo de que un piloto suyo, llamado Pedro de Ledesma, que había ido antes con el Almirante en el viaje de Veragua, les dijese que él conocía aquellas regiones, y que eran de las que había ayudado a descubrir con el Almirante; así me lo refirió él mismo. La razón y el diseño de las cartas, lo demuestran claramente; pero decían que estaba más allá de lo que el Almirante había descubierto; por lo que, una misma tierra está puesta dos veces en la carta, como, si Dios quiere, lo mostrará en adelante el tiempo, cuando se navegue más aquella costa, pues hallarán, sólo una vez, tierra de aquella forma, según he dicho.

Pero, volviendo a nuestro descubrimiento, digo que habiendo llegado a la isla de

Guanaja, mandó el Almirante al Adelantado D. Bartolomé Colón, su hermano, que fuese a tierra con dos barcas, en la que hallaron gente semejante a la de las otras islas, aunque no con la frente tan ancha; vieron también muchos pinos, y pedazos de tierra, llamada Cálcide, con la que se funde el cobre; algunos marineros, pensando que era oro, la tuvieron mucho tiempo escondida. Hallándose el Adelantado en aquella isla, con deseo de saber sus secretos, quiso su buena suerte que llegase una canoa tan larga como una galera, y ocho pies de ancha, toda de un solo tronco, y de la misma hechura que las demás, la cual venía cargada de mercaderías, de las partes occidentales, hacia Nueva España; en medio de ella había un toldo de hojas de palma, no diferente del que traen las góndolas en Venecia (1), que defendía lo que estaba debajo, de manera que ni la lluvia, ni el oleaje po-

---

(1) Ulloa, añade: "e da' Viniziani son detti felzi".

dían dañar a nada de lo que iba dentro. Debajo de aquel toldo estaban los niños, las mujeres, los muebles y las mercaderías. Los hombres que guiaban la canoa, aunque eran 25, no tuvieron ánimo para defenderse contra las barcas que les seguían: tomada por los nuestros la canoa, sin lucha, fué llevada a los navíos, donde el Almirante dió muchas gracias a Dios, viendo cuán pronto era servido de darle de muestra de todas las cosas de aquella tierra, sin trabajo, ni peligro de los suyos. Luego mandó sacar de la canoa lo que le pareció ser más rico y vistoso, como algunas mantas y camisetas de algodón, sin mangas, labradas y pintadas con diferentes colores y labores, y algunos pañetes con que cubrían sus vergüenzas, de la misma labor y paños con que se cubrían las indias de la canoa, como suelen hacer las moras de Granada; espadás de madera larga, con una canal a cada parte, y en éstas, hileras de pedernales sujetos con pez y cuerdas, que entre gente desnuda cortan como si fuesen de acero: las hachuelas para cortar leña eran semejantes a las de piedra

que tienen los demás indios, salvo que eran de buen cobre, del que traían cascabeles, y crisoles para fundirle. Llevaban de bastimentos raíces, y granos, iguales a los que se comen en la Española; cierto vino hecho de maíz, semejante a la cerveza de Inglaterra, y muchas almendras, que usan por moneda en la Nueva España (1), las que pareció que estimaban mucho, porque cuando fueron puestas en la nave las cosas que traían, noté que, cayéndose algunas de estas almendras, procuraban todos cogerlas como si se les hubiera caído un ojo; al mismo tiempo se veía que, aunque no pensaban en sí mismos viéndose sacar presos, de su canoa, a nave de gente tan extraña y feroz como somos nosotros, respecto de ellos, como la avaricia de los hombres es tanta, no debemos maravillarnos de que los indios la antepusieran al miedo y al peligro en que estaban; asimismo, digo que también debemos apreciar mucho su honesti-

---

(1) El cacao, usado como moneda.



dad y vergüenza, porque si al entrar en las naves, le quitaban a un indio los pañizuelos con que cubren sus partes vergonzosas, muy luego, para ocultarlas, poníase delante las manos, y las mujeres se tapaban el cuerpo y la cara, según hemos dicho que hacen las moras de Granada. Esto movió al Almirante a tratarlos bien, restituirles la canoa, y darles algunas cosas en trueque de aquellas que los nuestros les habían tomado para muestra, y no detuvo consigo sino a un viejo, llamado Yumbe, al parecer de mayor autoridad y prudencia, para informarse de las cosas de la tierra, y para que animase a los indios a platicar con los cristianos, lo que hizo pronta y fielmente, todo el tiempo que anduvimos por donde se entendía su lengua. Por lo que en premio y recompensa de esto, cuando llegamos adonde no podía ser entendido, el Almirante le dió algunas cosas, y le envió a su tierra muy contento; esto sucedió antes de llegar al Cabo de Gracias a Dios, en la costa de la Oreja, de que ya se ha hecho mención.



---

## CAPITULO XC

*Cómo el Almirante no quiso ir a Nueva España (1), sino continuar hacia Oriente, en busca de Veragua y el estrecho de Tierra Firme.*

Aunque el Almirante, vista dicha canoa, se dió cuenta de las grandes riquezas, policía e industria que había en los pueblos de las partes occidentales de la Nueva España, no quiso ir a ellos; sin embargo, pareciéndole que por estar aquellos países a sotavento,

---

(1) Ulloa, *alla Spagnuola*. D. Hernando sostenía, con el episodio mencionado en el capítulo anterior, que su padre fué descubridor de la Nueva España.

podía navegar a ellos desde Cuba, cuando le fuese conveniente, siguió su intento de descubrir el estrecho de Tierra Firme, para abrir la navegación del mar de Mediodía, de lo que tenía necesidad para descubrir las tierras de la especiería. Por ello, determinó seguir el camino de Oriente, hacia Veragua y el Nombre de Dios, donde imaginaba y creía estuviese el estrecho referido, como en efecto estaba; pero se engañó al imaginarlo, porque no sabía que fuese estrecho de tierra, como son otros, sino de mar, que pasase como canal de un mar a otro, de cuyo error podía ser causa la equivocación del nombre, porque al decir que el estrecho de Tierra Firme estaba en Veragua y el Nombre de Dios, podía entenderse de agua o de tierra; él creía ser del elemento más dilatado, y porque lo deseaba más; bien que aquel istmo de tierra ha sido y es la puerta por donde se dominan tantos mares, y por donde han sido descubiertas y traídas a España tantas riquezas, porque no quiso Dios que una cosa tan grande y de tanta importancia se consiguiese de otro modo, pues tú-

vose conocimiento de la Nueva España, por los indios de aquella canoa. Para buscar el mencionado estrecho, no habiendo en aquellas islas de Guanajas cosa estimable, sin tardanza alguna navegó a Tierra Firme, a una punta que llamó de Caxinas, porque había en ella muchos árboles que producían unas manzanillas algo arrugadas, con hueso esponjoso, buenas para comer, y especialmente cocidas, a las cuales llamaban Caxinas los indios de la Española. Como no se veía en aquella tierra cosa digna de mención, el Almirante no quiso perder tiempo entrando en un gran golfo que allí se hace, sino seguir su camino hacia Leste, a lo largo de la costa que va al mismo rumbo en el Cabo de Gracias a Dios, la cual es muy baja y de playa muy limpia; los indios más cercanos a Caxinas se cubrían con las referidas camisetas pintadas, y pañetes delante de sus partes vergonzosas; hacen petos de algodón, colchados, que bastan para defensa de sus azagayas, y aun pueden resistir algunos golpes de nuestras armas; pero, los que están más arriba, hacia Orien-

te, hasta el Cabo de Gracias a Dios, son casi negros, y de aspecto brutal; van completamente desnudos; en todo son muy rústicos, y, según decía el indio Jumbe que fué tomado, comen carne humana y peces crudos, tales como los matan; traen las orejas horadadas con tan anchos agujeros, que cómodamente podía pasarse por ellos un huevo de gallina, por lo que el Almirante llamó aquel país, costa de Oreja.

En aquella costa salió a tierra el Adelantado, la mañana del domingo, 14 de Agosto del año 1502, con las banderas y los capitanes, y otros muchos de la armada, a oír misa; y el miércoles siguiente, yendo las barcas a tierra para tomar posesión de aquel país en nombre de los Reyes Católicos, nuestros señores, concurrieron a la playa más de cien indios cargados de bastimentos, esperando a los nuestros; tan luego como éstos llegaron, presentaron al Adelantado cuanto llevaban, y luego se apartaron sin decir palabra. El Adelantado mandó que les diesen cascabeles, avemarías y otras cosillas, y les preguntó, sobre las

cosas de aquella región, por señas y por el intérprete referido, aunque éste, por hacer poco tiempo que andaba con nosotros, no entendía bien a los cristianos, por la distancia, aunque pequeña, de su tierra a la isla Española, donde muchos de los navíos habían aprendido el habla de los indios, y tampoco los entendían; pero, quedando satisfechos éstos de lo que se les había dado, volvieron al mismo lugar, al día siguiente, más de otros doscientos, cargados de varias suertes de bastimentos, a saber: gallinas de la tierra, que son mejores que las nuestras; ánades, peces tostados, habas coloradas y blancas, semejantes a los fréjoles, y otras cosas nada diferentes de las que hay en la Española; la tierra era muy verde y hermosa, aunque baja; había en ella muchos pinos y encinas; palmas de siete especies; mirobalanos, que llaman *hobos* en la Española, y casi todas las otras frutas que se hallan en esta isla. Asimismo había muchos leopardos, ciervos, corzos, y también ciertos peces que abundan mucho en la isla Española y no se conocen en Castilla.

La gente de este país es casi de igual disposición que en las otras islas, pero no tienen las frentes anchas, como aquéllos, ni muestran tener religión alguna; hay entre ellos lenguas diferentes, y generalmente van desnudos, aunque traen cubiertas sus partes vergonzosas; algunos usan ciertas camisetas largas, como las nuestras, hasta el ombligo, y sin mangas; traen labrados los brazos y el cuerpo, de labores moriscas, hechas con fuego, que les dan parecer extraño; algunos llevan leones pintados, ciervos, castillos con torres y otras figuras diversas (1); en lugar de bonetes, traen los más ciertos pañetes de algodón, blancos y colorados; otros llevan colgando, sobre la frente, algunos mechones del pelo; pero cuando se componen para alguna fiesta,

---

(1) Las Casas, lib. II, cap. XXI: "Tenían labrados los cuerpos con fuego, de unas labores como moriscas, unos figurando leones, otros ciervos, y otros de otras figuras."

Lo de castillos con torres parece fantasía de D. Hernando.



se tiñen la cara, unos de negro y otros de colorado; algunos se hacen rayas de varios colores en la cara; otros se tiñen el pico de la nariz (2); otros dan de negro a los ojos, y así se adornan para parecer hermosos, aunque, verdaderamente, parecen diablos.

---

(2) Las Casas, lib. II, cap. XXI: "Cuando se ataviaban para sus fiestas, teñíanse algunos los rostros de negro, otros de colorado, otros hacíanse rayas por la cara, de diversos colores, y otros teñían el pico de la nariz."

Ulloa traduce lo último por *hanno il becco di struzzo*.



---

## CAPITULO XCI

*Cómo el Almirante fué por la costa de Oreja hacia el Cabo de Gracias a Dios, llegó a Cariay, y lo que vió e hizo allí.*

Navegó el Almirante por la mencionada costa de Oreja, a Poniente, hasta el Cabo de Gracias a Dios, que fué llamado así porque, no habiendo desde la punta de Caxinas más de sesenta leguas, se padeció mucho, por la contrariedad de los vientos y por las corrientes, en setenta días de caminar a la bolina, saliendo de una borda hacia el mar, y volviendo de otra a tierra, ganando muchas veces con el viento, y perdiendo con frecuencia, según era abundante o escaso en los rumbos que se hacían; es indudable que si no hubiera sido la costa

de tan buenos surgideros, como era, hubiésemos tardado más en pasarla; pero como era limpia, y media legua de ella, tenía el mar dos brazas de fondo, y entrando en el mar, a cada legua de distancia crecía el agua otras dos, teníamos gran comodidad para dar fondo de noche, o cuando era muy poco el viento, por causa del buen fondo; de modo que, si bien con dificultad, se pudo navegar aquel camino.

Después, cuando a 14 de Septiembre llegamos a dicho Cabo, viendo que la tierra iba hacia Mediodía, y que con los vientos levantes que allí reinaban y nos habían sido tan contrarios, podíamos continuar cómodamente nuestro viaje, dimos todos muchas gracias a Dios. En memoria de esto, le llamó el Almirante, Cabo de Gracias a Dios. Poco más allá pasamos por algunos bancos peligrosos, que salían al mar, cuanto alcanzaba la vista. Como teníamos necesidad de tomar agua y leña, el sábado a 16 de Septiembre, envió el Almirante las barcas a un río que parecía profundo y de buena entrada; pero no fué tal a la salida, porque

habiéndose enfurecido los vientos, e hinchiéndose mucho el mar, rompiéndose contra la corriente de la boca, embistió a las barcas con tanta violencia, que se anegó una y pereció toda la gente que iba en ella, por lo que le llamó el Almirante Río de la Desgracia. En este río y su contorno había cañas tan gruesas como el muslo de un hombre.

El domingo, a 25 de Septiembre, siguiendo hacia el Mediodía, surgimos en una isleta llamada Quiribiri, y un pueblo de Tierra Firme llamado Cariay, que era de la mejor gente, país y sitio que hasta allí habíamos hallado, así porque era alta la tierra, de muchos ríos y copiosa de árboles elevadísimos, como porque dicha isleta era espesa como el basilicón (1), llena de muchos boscajes de árboles derechos, así de palmitos y mirobalanos, como de otras muchas especies, por lo que llamóla el Almirante, la Huerta. Dista

---

(1) Ulloa: "folta come un basilicó". El basilicón es un unguento. Comparación algo extraña.

una legua pequeña del pueblo llamado Carriay por los indios, que tiene cerca un río grande; allí concurrió infinita gente de aquel contorno, muchos con arcos y flechas y otros con varas de palma, negras como la pez y duras como hueso, cuya punta estaba armada con huesos y espinas agudas de peces; otros, con macanas o recios bastones, y habían ido allí con ánimo de defender la tierra. Llevaban los hombres trenzados los cabellos, y revueltos a la cabeza; las mujeres, cortados como nosotros. Viendo que éramos gente de paz, mostraban gran deseo de nuestras cosas a cambio de las suyas, que son armas, mantas de algodón, camisetas de las dichas, y aguilillas de guanines, que es oro muy bajo, que traían colgado al cuello, como nosotros llevamos el Agnus Dei, u otra reliquia. Todas estas cosas llevaban, nadando, a las barcas porque, los cristianos, ni aquel día, ni el siguiente, salieron a tierra, ni el Almirante permitió que se les tomase cosa alguna, para que no los tuviesen por hombres que deseaban lo que ellos tenían, antes les hizo dar muchas de nuestras

cosas. Los indios, cuanto más veían que hacíamos poco caso de rescatar, lo deseaban más, haciendo muchas señas desde tierra y extendiendo las mantas como banderas, convidándonos a ir a tierra; finalmente, viendo que ninguno iba a ellos, cogieron todas las cosas que les habíamos dado, sin dejar alguna, y, muy bien atadas, las pusieron en el mismo sitio donde habían ido las barcas a recibirlos; allí las hallaron los nuestros el miércoles, que salieron a tierra. Como los indios vecinos a este lugar creían que los cristianos no se fiaban de ellos, enviaron a las naves un indio viejo, de venerable presencia, con una bandera puesta en un palo, y dos muchachas, una de ocho años y otra de catorce, las cuales entradas en la barca, hizo señal de que los cristianos podían desembarcar seguramente. Atendiendo a este ruego, salieron a tomar agua; los indios tuvieron mucho cuidado de no hacer algún ademán ni otra cosa de que se asustasen los cristianos, y cuando después los vieron volver a los navíos, les hacían muchos gestos de que llevasen consigo las mo-

zas, con los guanines que traían al cuello, y a instancias del viejo que las llevaba, nos agradó traerlas; en lo cual, no sólo mostraban más ingenio de el que hasta entonces se había visto en otros, pero en las muchachas se observó una gran fortaleza, porque siendo los cristianos de tan extraña vista, trata y generación, no dieron muestra de sentimiento, ni de tristeza, manteniéndose siempre con semblante alegre y honesto (1), por lo que fueron muy bien tratadas por el Almirante, que mandó darlas de vestir y comer; luego encargó que fuesen llevadas a tierra, donde estaban 50 indios, y las volvió a recibir el viejo que las había traído, alegrándose mucho con ellas. Volviendo aquel mismo día las barcas a la costa, hallaron los mismos indios, con las

---

(1) Colón, en su Relación del cuarto viaje, no pondera, ni mucho menos, la inocencia de estas indias: "luego me enviaron dos muchachas muy ataviadas; la más vieja no sería de once años, y la otra de siete; ambas con tanta desenvoltura, que no serían más unas putas".



muchachas, las cuales restituyeron a los cristianos todo lo que les habían dado, sin quedarse con cosa alguna. El día siguiente, habiendo salido el Adelantado a tierra para informarse de estas gentes, llegaron dos de los más honrados, a la barca donde estaba; tomándole por los brazos en medio de ellos, le hicieron sentar en la hierba de la playa, y preguntándoles éste algunas cosas, mandó al escribano de la nave que anotase lo que respondían; pero viendo el papel y la pluma, se alborotaron de forma que la mayor parte de los indios echó a huir, por miedo, según pareció, de ser hechizados con palabras o hechos, aunque verdaderamente ellos nos parecían grandes hechiceros, y con razón, pues cuando se acercaban a los cristianos echaban por el aire cierto polvo hacia éstos, y con sahumeros hechos del mismo polvo, procuraban que el humo fuese hacia los nuestros; demás que el no querer recibir ninguna cosa de las nuestras, y sí restituirlas, daba sospecha, pues, como suele decirse, *piensa el ladrón que todos son de su condición.*

Habiéndonos detenido aquí más de lo que requería la presteza del viaje, prevenidos y aprestados los navíos de todo lo que necesitaban, el domingo, 2 de Octubre, mandó el Almirante que saliese el Adelantado, salir a tierra con alguna gente, a reconocer los pueblos de los indios, sus costumbres y su naturaleza, con la calidad del país. Lo más notable que vieron fué que, dentro de un palacio grande de madera, cubierto de cañas, tenían sepulturas; en una de ellas había un cuerpo muerto, seco y embalsamado; en otra, dos sin mal olor, envueltos en paños de algodón (1); sobre las sepulturas había una tabla, en que estaban algunos animales esculpidos; en otras, la figura del que estaba sepultado, adornado de muchas joyas, de guanines, de cuentecillas y

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXI: "dentro de sus casas, que eran de madera, cubiertas de cañas, tenían sepulturas en que estaban cuerpos muertos, secos y mirrados, sin algún mal olor, envueltos en unas mantas o sábanas de algodón".

otras cosas que mucho estimaban. Por ser estos indios de más entendimiento que los otros vistos en aquella región, mandó el Almirante que se tomase alguno para saber los secretos de la tierra; de siete que se cogieron, eligió dos principales, y despachó a los otros cinco, con algunas dádivas, habiéndolos tratado muy bien para que no se alborotase la tierra; dijo a los otros que los llevaría por guías en aquella costa, y después les daría libertad. Pero, creyendo los indios haber sido presos, por avaricia y ganancia nuestra, para cambiarlos por joyas y mercancías, al día siguiente llegó, de improviso, mucha gente a la playa; enviaron cuatro mensajeros a la Capitana, para tratar del rescate, por el que ofrecieron algunas cosas, y llevaron de regalo dos porquezuelos de la tierra, que aunque pequeños, son muy bravos. El Almirante, viendo la prudencia de esta gente, entró en mayor deseo de tratar con ellos, y no quiso partir de allí sin tomar lengua de éstos; no dando crédito a sus ofertas, mandó que a los mensajeros se les donasen algunas cosillas,

para que volviesen más satisfechos, y que les fuesen pagados los puercos. Con éstos hubo una cacería, y es la siguiente:

Entre otros animales de aquella tierra hay algunos gatos de color gris, del tamaño de un pequeño lebre, con la cola más larga, y tan fuerte, que cogiendo alguna cosa con ella, parecía que estaba atada con una soga; andan éstos por los árboles, como ardillas, saltando de uno en otro, y cuando dan el salto, no sólo se agarran a las ramas con las manos, más también con la cola, de la cual muchas veces se quedan colgando, como por juguete y descanso (1); cierto ba-

---

(1) Fernández de Oviedo, *Hist.*, lib. XII, capítulo XXVI, trata de estos monos de cola prensil, a los que llama gatos monillos: "En especial hay muchos que, assi como ven partir una almendra o un piñón con una piedra, lo hacen de la misma manera... Assimismo hay otros que tiran una piedra pequeña del tamaño e peso que su fuerça basta, como la tiraría un hombre... un gato destes arrojó una, que le avie seydo tirada, e dió una pedrada en la boca a un Francisco de Villacastín, criado del Gobernador Pedrarias Dávila, que le derribó quatro o cinco dientes."

llestero trajo de un bosque uno de estos gatos, echándole de un árbol abajo con un virote, y porque estando ya en tierra se puso tan feroz que no se atrevió a acercarse a él, le cortó un brazo de una cuchillada; trayéndole así herido, se espantó, en cuanto le vió, un buen perro que teníamos; pero mayor miedo dió a uno de los puercos que nos habían traído, que apenas vió al gato, echó a huir mostrando grande miedo. Esto nos causó grande admiración, porque antes que sucediese, el puerco embestía a todos, y no dejaba al perro quieto, en la cubierta; por lo cual, mandó el Almirante que le arri-masen al gato, el cual viéndole cerca, le echó la cola y le rodeó el hocico, y con el brazo que le había quedado sano, le agarró el co-pete para morderle; el puerco gruñía de miedo, fuertemente (1), de lo que conoci-

---

(1) Cristóbal Colón, en su Relación del cuarto viaje, escribe acerca de este episodio, del mono de cola prensil: "Un ballestero había herido una animalía que se parece a gato paúl, salvo que es mucho más grande, y el rostro de

mos que semejantes gatos deben de cazar, como los lobos y los lebreles de España.

---

hombre; tenía-le atravesado con una saeta desde los pechos a la cola, y porque era feroz le hubo de cortar un brazo y una pierna; el puerco, en viéndole, se le encrespó y se fué huyendo; yo, cuando esto vi mandé echarle begare, que así se llama, adonde estaba; en llegando a él, así estando a la muerte y la saeta siempre en el cuerpo, le echó la cola por el hocico y se la amarró muy fuerte, y con la mano que le quedaba le arrebató por el copete como a enemigo.”

---

## CAPITULO XCII

*Cómo el Almirante partió de Cariay, fué a Cerabaró (1) y Veragua, y navegó hasta que llegó a Portobelo, cuyo viaje fué por costa muy provechosa.*

Luego, el miércoles, a 5 de Octubre, se hizo el Almirante a la vela, y arribó al puerto de Cerabaró, que tiene seis leguas de lar-

---

(1) Colón, en su Relación del cuarto viaje, escribe *Carambaru*: "Dos indios me llevaron a Carambaru, adonde la gente anda desnuda."

"De allí, de Cariay, tomaron un hombre principal por guía, que se dezía Cucaro, que los llevó a la provincia de *Caráburo*, e allí entraron en unos puertos buenos que allí ay, e salieron ochenta canoas con mucho oro." Declaración de Pe-

go y más de tres de ancho, en el cual hay muchas isletas, y tres o cuatro bocas muy a propósito para entrar y salir con todos vientos. Van las naves por estas islas, entre una y otra, como por calles, tocando las cuerdas de los navíos a las ramas de los árboles. Luego que surgimos en este puerto, fueron las barcas a una isla donde había en tierra veinte canoas, y los indios en la costa, desnudos, como nacieron; sólo traían un espejo de oro al cuello, y algunos traían una águila de guanin. Estos, sin mostrar miedo, por mediación de los dos indios de Cariay, trocaron al instante un espejo que

---

dro de Ledesma, a 11 de Abril de 1513. (*Pleitos de Colón*, t. I, pág. 264.)

Juan Moreno declaró, a 18 de Febrero de 1515, que "fué con el dicho Almirante cuando descubrió a Beragua, e a *Cerabaro*, e a Cariay, e vido aquella tierra de luengo más de ochocientas leguas". (Op. cit., t. II, pág. 74.) Diego Rodríguez Ximón, llama a dicho pueblo *Zarabaro*. (Op. cit., pág. 90.)

El P. Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXII, le da el nombre de Carabaró.



pesó diez ducados, por tres cascabeles; dijeron haber gran abundancia de aquel oro, y que se cogía en la Tierra Firme, muy cerca de ellos. Al día siguiente, 7 de Octubre, fueron a Tierra Firme las barcas, donde se encontraron con diez canoas llenas de indios (1), y porque no quisieron rescatar sus espejos con los nuestros, fueron presos dos de los más principales, para que el Almirante se informase de ellos, por medio de los dos intérpretes; el espejo que traía uno, pesó catorce ducados, y el águila del otro, veintidós; decían estos indios que

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXII: "Dice cerca desto un testigo llamado Pedro de Ledesma, que yo cognoscí, que salieron a los navíos ochenta canoas, con mucho oro, y que no quiso el Almirante rescibir alguna cosa. Su hijo del Almirante, D. Hernando Colón, que allí andaba, puesto que niño de trece años, no hace mención de ochenta canoas... y es de creer que mejor cuenta ternía desto el piloto dicho, que era de cuarenta y cinco y más años, que no el niño de trece."

a una o dos jornadas, tierra adentro, se cogía mucho oro en algunos lugares que nombraban; que en aquel puerto había muchísimos peces, y en tierra muchos animales de los que decimos haber en Canarias, y gran cantidad de alimentos usados por los indios, como raíces de plantas, granos y frutas. Los indios iban pintados de varios colores, blanco, negro y colorado, tanto en la cara, como en el cuerpo, y desnudos, con un pañete corto de algodón en las partes deshonestas.

De este puerto de Cerabaró pasamos a otro que confina con él, y se le parece en todo, llamado Aburema (1); después, a 17 del mes, salimos al mar grande para seguir nuestro viaje, y llegando a Guaiga, que es un río, distante doce leguas de Aburema, el Almirante envió las barcas a tierra, las cuales vieron más de cien indios en la playa; éstos les acometieron furiosamente, entrando

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXII, *Aburena*.

en el agua hasta la cintura, esgrimiendo sus varas, tocando cuernos y un tambor, en ademán de guerra, para defender la región; echaban agua salada hacia los cristianos, mascaban hierbas y las escupían hacia los nuestros, que no se movieron, procurando aquietarlos, como se logró; al fin, se acercaron a rescatar los espejos que traían al cuello, cada uno por dos o tres cascabeles; se ganaron diez y seis espejos de oro fino, que valían 150 ducados. El siguiente día, viernes, 29 de Octubre (1), volvieron a tierra, las barcas, para rescatar, y antes que saliesen de ellas, llamaron a ciertos indios que estaban bajo unas ramadas que aquella noche habían hecho en la costa, para guardar la tierra, temiendo que los cristianos desembarcasen para darles algún disgusto. Por más que los llamaron muchas veces, ningún indio quiso venir a las barcas, ni los cristianos salir sin

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXII, da la verdadera fecha, el día 21 de dicho mes.

saber primero el ánimo en que estaban, pues como se supo después, los esperaban con ánimo de embestirlos cuando bajasen de las barcas; viendo no los nuestros no salían, empezaron a tocar los cuernos y el tambor; con mucha grita saltaron al agua, como el día antes, y llegaron hasta cerca de las barcas, haciendo demostración de lanzar sus varas, si los nuestros no se volvían a los navíos; de cuya actitud, mal satisfechos los cristianos, para que los indios no tuviesen tanto atrevimiento, ni los despreciasen, hirieron a uno en un brazo con una flecha, y dispararon una lombarda, de que cobraron tal miedo, que todos se volvieron huyendo confusamente a tierra; entonces desembarcaron cuatro cristianos, y habiéndoles llamado, dejando sus armas, vinieron hacia nosotros con mucha seguridad, y trocaron tres espejos, diciendo que no traían más, porque venían dispuestos sólo a pelear, y no a permutar.

El Almirante no cuidaba en este viaje más que de adquirir muestras. Por esta razón, sin detenerse, abreviando el camino,

pasó a Cateba, y echó las anclas a la entrada de un gran río. Veíase que los indios se convocaban con cuernos y tambores, para juntarse, y después enviaron a las naves una canoa con dos hombres, los cuales, habiendo hablado con el indio que se había tomado en Cariay, entraron al instante en la Capitana, muy seguros; por consejo de dicho indio, dieron al Almirante dos espejos de oro que traían al cuello, y el Almirante les dió algunas cosillas de las nuestras. Luego que éstos volvieron a tierra, vino a los navíos otra canoa con tres indios, con sus espejos al cuello, los cuales hicieron lo mismo que los primeros. Trabada amistad, bajaron los nuestros a tierra, donde hallaron muchos indios con su rey, que no se diferenciaba de los demás sino en estar cubierto con una hoja de árbol, porque llovía mucho; para dar ejemplo a sus vasallos, cambió un espejo, y les dijo que trocasen los suyos, que, en todos, fueron diez y nueve, de oro fino. Aquí fué la primera vez que se vió en las Indias muestra de edificio, y fué un gran pedazo de estuco que

parecía estar labrado de piedra y cal, de que mandó el Almirante tomar un pedazo en memoria de aquella antigüedad.

Desde allí pasó hacia Oriente y llegó a Cobrava, cuyos pueblos están situados junto a los ríos de aquella costa; como no salía gente a la playa, y el viento era muy bueno, pasó a cinco pueblos de mucho rescate, de los cuales era uno Veragua, donde decían los indios que se cogía el oro, y se hacían los espejos. El día siguiente llegó a un pueblo que se llama Cubiga, donde, según decía el indio de Cariay, se acababa la tierra de rescate, que tenía principio en Cerabaró y continuaba hasta Cubiga, en que hay cincuenta leguas de costa; sin detenerse el Almirante, navegó hasta que entró en Portobelo, al que puso este nombre porque es muy grande, muy hermoso y poblado, y tiene alrededor mucha tierra cultivada; entró en él a 2 de Noviembre, por entre dos isletas; dentro de él pueden las naves acercarse a tierra, y si quieren, salir volteando. La tierra que circunda este puerto es alta, y no muy áspera, bien labra-

da y llena de casas distantes unas de otras un tiro de piedra o de ballesta; parece una cosa pintada, la más hermosa que se ha visto.

En siete días que estuvimos aquí detenidos por las lluvias y malos tiempos, venían a los navíos canoas de todo el contorno a cambiar alimentos de los que ellos comen, y ovillos de algodón hilado, muy lindo, que daban por algunas cosillas de latón, como alfileres (1) y agujetas.

---

(1) Barcia tradujo las palabras *aghi da pomo*, alfileres, por *vino de manzanas*.





---

## CAPITULO XCIII

*Cómo el Almirante llegó a Puerto de Bastimentos y al de Nombre de Dios, y navegó hasta que entró en el del Retrete.*

Miércoles, 9 de Noviembre, salimos de Portobelo, y navegamos hacia Levante ocho leguas; pero, el día siguiente volvimos atrás cuatro, forzados del mal tiempo, y entramos en las isletas, cerca de Tierra Firme, donde está Nombre de Dios, y porque todos aquellos contornos e isletas estaban llenas de maizales, se les puso de nombre, puerto de Bastimentos (1); allí queriendo un batel nuestro, bien armado, tomar len-

---

(1) Ulloa, añade: *cio è delle vettouaglie.*

gua de una canoa, creyendo los indios que pensaba hacerles algún daño, viendo el batel a menos de un tiro de piedra, se echaron todos al agua, para huir nadando, y de tal modo lo hicieron que por más que el batel bogó mucho, no pudo tomar alguno en media legua que los persiguió, porque cuando los alcanzaba, se sumergían como hacen las aves de agua, y de allí a un rato volvían a salir en otro sitio distante un tiro o dos de ballesta; persecución divertida, por ver cómo el batel se fatigaba en vano, y, al fin, tuvo que volver vacío. Estuvimos allí hasta 23 de Noviembre, componiendo los navíos y la vasija, y partimos dicho día hacia Oriente, hasta una tierra que llaman Guiga, del mismo nombre que otra situada entre Veragua y Ciguare. Llegadas las barcas a tierra, hallaron en la playa más de trescientos indios, con deseo de trocar comestibles de los suyos, y algunas muestras de oro que traían colgando de las orejas y de la nariz.

Sin detenernos, el sábado, a 26 de Noviembre, entramos en un puertecillo al que

se dió nombre de El Retrete (1), porque no cabían en él más de cinco o seis navíos; su entrada era por una boca de quince o veinte pasos de ancho; a los dos lados había rocas que salían del agua, como puntas de diamantes, y era tan profundo el canal por el medio, que acercándose a la orilla un poco, se podía saltar desde el navío en tierra, lo que fué la causa principal de que peligrasen (2) los navíos en la angostura de aquel puerto, de lo que tuvieron culpa los que fueron a sondarle antes de entrar allí las naves, los cuales mintieron por desembarcar, deseosos de rescates; pues, si los indios hubiesen querido, [nos habrían asaltado] viendo que los navíos se habían acercado a la orilla. Estuvimos en este puerto nueve días (3) con tiempo revuel-

---

(1) Ulloa, añade: *cio è luogo raccolto*.

(2) Ulloa, *i navigli non perissero*. Traducción errónea; el sentido es que los indios podían fácilmente asaltar los navíos.

(3) Cristóbal Colón, en su Relación del cuarto viaje, dice que estuvo allí "quince días, que así lo quiso el mal tiempo".

to; en los primeros, venían los indios muy pacíficamente a rescatar sus cosillas; pero, viendo después salir a los cristianos secretamente de los navíos, se retiraron a sus casas, porque los marineros, como gente sin freno y avara, les hacían muchos ultrajes, lo que motivó el que los indios se airasen de tal forma, que se rompió la paz, hubo algunas escaramuzas entre ambas partes, y creciendo los indios cada día más en número, se atrevieron a llegar a los navíos, que, como hemos dicho, estaban con el bordo en tierra, creyendo poderles hacer daño, cuyo intento no les hubiera salido en vano si el Almirante no hubiese procurado siempre apaciguarlos con paciencia y cortesía; pero, viendo después su soberbia y arrogancia, para meterles miedo, hizo disparar una lombarda, a cuyo estruendo correspondían con gritos, dando palos a las ramas de los árboles, haciendo grandes amenazas, para mostrar que no tenían miedo de aquel gran ruido, porque creían verdaderamente que aquellos truenos sólo servían de causar espanto; por esto, y también porque no tu-

viesen tanta soberbia, ni despreciasen a los cristianos, mandó el Almirante disparar contra una cuadrilla de indios que estaban en un cerrillo, y dando la pelota en medio de ellos, les hizo conocer que aquella burla tenía de rayo tanto como de trueno; por lo que, después, no se atrevían a presentar ni siquiera en lo alto de los montes. Era la gente de esta tierra la más bien dispuesta que hasta entonces se había visto entre los indios, porque eran altos, enjutos, nada de hinchados los vientres, y hermosos de rostro. La tierra estaba toda llena de hierbecilla, con pocos árboles, y en el puerto había grandísimos lagartos o cocodrilos, los cuales salen a estar y dormir en tierra, y esparcen un olor tan suave, que parece del mejor almizcle del mundo; pero, son tan carniceros y tan crueles, que si encuentran algún hombre durmiendo en tierra, le cogen y lo arrastran al agua para comérselo; fuera de esto, son tímidos, y huyen cuando se les acomete. Hay de estos lagartos en otras muchas partes de las Indias, y afirman algunos ser estos lo mismo que los cocodrilos del Nilo.



---

## CAPITULO XCIV

*Cómo por la fuerza de los temporales volvió el Almirante hacia Poniente, para saber de las minas, e informarse de Veragua.*

Lunes, a 5 de Diciembre, viendo el Almirante que la violencia de los vientos levantes y nordestes no cesaba, y que no podía rescatar con aquellos pueblos, determinó volver a certificarse de lo que decían los indios acerca de las minas de Veragua; y así, aquel día fué a dormir a Portobelo, diez leguas a Occidente; siguiendo otro día su camino, fué embestido de un viento oeste, contrario a su nuevo intento, pero bien próspero comparado con el que había tenido por espacio de tres meses antes, y porque no creyó que durase este viento, no quiso cam-

biar de rumbo, sino luchar algunos días, porque eran los vientos inseguros; ya que vino un poco de buen viento a propósito para ir a Veragua, le sucedió otro contrario, que le hizo volver hacia Portobelo, y cuando tenía más esperanza de entrar en el puerto, volvía el viento a mudarse, contrario al que necesitábamos, a veces con tantos truenos y relámpagos que no se atrevía la gente a abrir los ojos; parecía que los navíos se hundían y que el cielo se venía abajo; algunas veces se continuaban tanto los truenos, que se tenía por cierto que alguna nave de la compañía disparaba la artillería pidiendo socorro; otras veces se resolvía el tiempo en tanta lluvia, que en dos o tres días no dejaba de llover copiosamente, de modo que parecía un nuevo diluvio. Por ello, ninguno de los navíos dejaba de padecer gran trabajo, y de estar medio desesperado, viendo que no podían reposar media hora, bañados continuamente de agua, y caminando, ya a una parte, ya a otra, luchando con todos los elementos y temiendo de todos; pues en temporales tan



espantosos, temían al fuego, por los rayos y los relámpagos; al aire, por su furia; al agua, por las olas; y a la tierra, por los bajos y escollos de costas no conocidas, que suelen hallar los hombres cerca del puerto donde esperaban encontrar descanso, y por no tener noticia, o no conocer bien la entrada, se tiene por mejor luchar con otros elementos de los que se reciba menos daño (1). A más de estos temores tan diversos, sobrevino otro de no menor peligro y admiración, que fué una manga de agua que pasó el martes, 13 de Diciembre, por entre los navíos, que si no la hubiesen cortado diciendo el Evangelio de San Juan, no hay duda que anegara cuanto cogiera

---

(1) Esta es la famosa tempestad que describió Colón con suma grandilocuencia en su Relación del cuarto viaje: "ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma... El cielo jamás fué visto tan espantoso; un día con la noche, ardió como forno, y así echaba la llama con los rayos, que cada vez miraba yo si me había llevado los mástiles e velas".

debajo; porque, como hemos dicho, sube el agua hasta las nubes en forma de columna más gruesa que un tonel, retorciéndola como torbellino. Aquella misma noche perdimos de vista la nave Vizcaína, y con buena suerte, volvimos a verle después de tres días obscurísimos, aunque perdido el batel, por haber corrido enorme peligro, pues habiendo surgido cerca de tierra con el auxilio de una áncora, que al fin perdió, se vió precisado a cortar la gúmena. En aquella ocasión se notó que las corrientes de la costa eran conformes a los temporales, pues entonces iban con el viento hacia Levante, y se volvían al contrario cuando reinaban levantes, que corrían hacia Poniente, porque parece que las aguas siguen aquí el curso de los vientos que soplan más.

Con tales contrariedades de mar y de viento, perseguida la armada con tanta fuerza que la tenían medio deshecha, sin poder ninguno hacer más, por los trabajos padecidos, se logró algún descanso en un día o dos de calma, en que vinieron a los navíos tantos tiburones, que casi ponían

miedo, especialmente a los que observan agüeros, pues que, como se dice de los buitres, que barruntan donde hay cuerpo muerto, y perciben el olor a muchas leguas de distancia, esto mismo piensan algunos que sucede a los tiburones, los cuales cogen el brazo o la pierna de una persona, con los dientes, y la cortan como con una navaja, porque tienen dos filas de dientes a modo de sierra; fué tanta la matanza que hicimos de ellos, con el anzuelo de cadena, que por no poder matar más, los dejamos correr por el agua; es tanta la voracidad suya, que no sólo comen toda carroña, sino que son cogidos con el trazo colorado en que se envuelve al anzuelo; yo vi sacar del vientre de uno de estos tiburones, una tortuga, que vivió después en el navío; de otro, la cabeza de un tiburón, que habíamos cortado y echado al mar, por no ser de comer, aunque lo demás es carne apetitosa; se la había engullido el tiburón, y nos pareció cosa fuera de razón que un animal se tragase una cabeza de la grandeza de la suya; pero no es de maravillar, porque tienen la boca ras-

gada casi hasta el vientre: Aunque algunos lo tuviesen por mal agüero, y otros por mal pescado, a todos les hicimos el honor de comerlos, por la penuria que teníamos de vituallas, pues habían pasado más de ocho meses que corríamos por el mar, en los que se había consumido toda la carne y el pescado que llevamos de España, y con los calores y la humedad del mar, hasta el bizcocho se había llenado tanto de gusanos que, ¡así Dios me ayude!, vi muchos que esperaban a la noche para comer la mazamorra, por no ver los gusanos que tenía; otros estaban ya tan acostumbrados a comerlos, que no los quitaban, aunque los viesan, porque si se detenían en esto, perderían la cena.

El sábado, a 17 del mes, entró el Almirante en un puerto, tres leguas al Oriente del peñón que los indios llamaban Huiva, y era como un gran puerto, donde descansamos tres días; saltando en tierra, vimos a los moradores habitar en las copas de los árboles, como pájaros, atravesados algunos palos de un ramo a otro, y fabricadas allí sus cabañas, que así pueden llamarse,

mejor que casas; aunque no sabíamos el motivo de esta novedad, juzgamos que procediese de miedo a los grifos que hay en aquel país, o a los enemigos, porque en toda aquella costa, de una legua a otra, hay grandes enemistades. A 20 del mismo mes, partimos de este puerto con bonanza poco segura, porque apenas salimos al mar, volvieron a molestarnos los vientos y las tempestades, de manera que nos vimos obligados a entrar en otro puerto, del que salimos al tercer día con muestra de mejor tiempo; pero, como quièn espera al enemigo en alguna esquina para matarle, luego nos embistió un mal tiempo, que nos llevó casi al Peñón, y cuando ya teníamos esperanza de entrar en el puerto donde nos habíamos refugiado primero, como si jugase con nosotros, nos embistió a la boca del puerto tan contrario viento, que nos forzó a volver hacia Veragua. Estando parados en la ribera del mismo río, se volvió el tiempo tan violento que sólo fué de provecho en dejarnos tomar aquel puerto de cuya boca nos habíamos retirado antes, el jueves, a 12 del



mes de Diciembre; aquí estuvimos desde el día segundo de Navidad, hasta 3 de Enero del año siguiente de 1503. Compuesta allí la nave Gallega, y hecha la provisión de maíz, agua y leña, volvimos al camino de Veragua con malos y contrarios vientos que se hacían peores conforme el Almirante cambiaba el rumbo de su camino; esto fué cosa tan extraña y jamás vista, que yo no habría anotado tantos cambios si, a más de estar presente, no lo hubiese visto escrito por Diego Méndez, el que navegó con las canoas desde Jamaica, de que adelante se hará mención, el cual también escribió este viaje, y en la carta que el Almirante envió con él a los Reyes Católicos, cuya relación puede conocer el lector, pues está impresa (1), cuánto padecimos, y cuánto

---

(1) Consta que tuvo un ejemplar D. Hernando Colón, que lo registró en su *Abecedarium* con el número 12.650. Traducida al italiano se publicó en Venecia, el año 1505. Es la famosa Relación del cuarto viaje.

persigue la fortuna a los que debía dar prosperidades.

Pero, volviendo a las mudanzas y contrariedades de los vientos y del viaje que tanta fatiga nos dieron, entre Veragua y Portobelo, por lo cual se llamó aquella costa después, la Costa de los Contrastes, digo que el jueves de la Epifania dimos fondo junto a un río que los indios llaman Yebra, y el Almirante le llamó Belén, porque llegamos a dicho lugar el día de los Tres Magos. Al punto hizo sondar la boca de aquel río, y de otro que estaba más a Occidente, que los indios llamaban Veragua; halló su entrada muy baja, y la de Belén con cuatro brazas de agua en plena mar. Entraron con las barcas en el río Belén, y subieron hasta el pueblo donde tenían noticia que estaban las minas de oro de Veragua, aunque, al principio, no sólo rehusaban los indios hablar, sino que se juntaban armados para impedir que desembarcasen los cristianos. Al día siguiente, yendo nuestras barcas al río de Veragua, los indios de aquel pueblo hicieron lo mismo que los anteriores; tanto

en tierra, como en el mar, se prepararon a la defensa con sus canoas; mas por haber ido con los cristianos un indio de aquella costa, que les entendía un poco, y les dijo ser nosotros buenas personas, que no queríamos cosa alguna sin pagarla, se aquietaron algo; trocaron veinte espejos de oro, algunos canutillos y granos de oro sin fundir; para darles más valor, decían que se cogían lejos de allí; que cuando esto hacían, no comían, ni llevaban mujeres consigo; que es lo mismo que decían también los de la Española, cuando fué descubierta.



---

## CAPITULO XCV

*Cómo el Almirante entró con sus navíos en el río de Belén, y determinó edificar allí un pueblo, y dejar en él al Adelantado su hermano.*

Entramos en el río de Belén, con la nave Capitana y la Vizcaína, el lunes, 9 de Enero, y al instante vinieron los indios a cambiar las cosas que tenían, especialmente pescado, que a ciertos tiempos entra en aquel río, del mar, lo que parece increíble a quien no lo vea; allí trocaron algún poco de oro, por alfileres; lo que valía más, lo daban por unas cuentas, o por cascabeles. El día siguiente entraron los otros dos navíos que no habían entrado antes, pues por haber poca agua en la boca, les fué preciso espe-

rar la creciente, aunque no sube allí el mar, en la mayor marea, sino media braza. Como Veragua tenía mucha fama de minas y grandes riquezas, al tercer día de nuestro arribo, el Adelantado fué con las barcas al mar, para entrar por el río e ir hasta el pueblo del Quibio, que así llaman los indios a sus reyes. Este, sabida la venida del Adelantado, fué con sus canoas por el río abajo, a recibirle; se trataron ambos con mucha cortesía y amistad, dando el uno al otro las cosas que más estimaban, y habiendo estado un gran rato en conversación, se retiró cada uno a los suyos, con gran quietud y paz; el día siguiente fué el Quibio a los navíos, a visitar al Almirante, y habiendo estado más de una hora en conversación (1), el Almirante le dió algunas cosas, los suyos rescataron algún oro por cascabeles, y se volvió sin ceremonia alguna, por el camino que había ido.

---

(1) Estos ratos de conversación parecen fábula, pues ninguno conocía el idioma del otro; a no ser que se entendieran por señas.

Estando nosotros muy contentos y seguros, el martes, a 24 de Enero, de repente creció el río de Belén, tanto, que sin poder evitarlo, ni echar las gúmenas en tierra, dió la violencia del agua a la Capitana con tanta fuerza, que rompió una de sus dos anclas, y la echó con tanto ímpetu sobre la nave Gallega, que estaba a su popa, que del golpe le rompió la contramesana; luego, abordándose la una con la otra, corrían con tanta furia, que estuvieron a peligro de perecer con toda la armada. Pensaron algunos que la causa de esta marejada fuesen las grandes y continuas lluvias que hubo el invierno en aquella tierra, sin que cesasen ni un día; pero, si esto fuera así, habría la creciente engrosado poco a poco, y no vendría de repente con tanta vehemencia, por lo cual se sospechaba que fuese algún gran turbión que descargó sobre los montes de Veragua que llamó de San Cristóbal, el Almirante, porque la cumbre del más alto entraba en la región del aire donde se engendran los cambios, por lo que, en su altura, no se ven nubes, sino que están más

bajas; quien lo viere dirá que es una ermita, y está, por lo menos, a veinte leguas de tierra adentro, en medio de montañas cubiertas de árboles; allí creímos haberse originado esta creciente, la cual hizo tanto daño, que el menor peligro fué, que si bien podíamos con la creciente salir al ancho mar, que estaba media milla distante, era tan cruel la tormenta que andaba en él, que pronto nos hubiera hecho pedazos al salir por la desembocadura. Esta tormenta duró tantos días que no pudimos asegurar y amarrar bien los navíos; se rompían las olas con tanta furia contra la boca del río, que no podían las barcas salir de él a correr la costa, reconocer la tierra para saber dónde estaban las minas, y elegir el mejor sitio para edificar un pueblo, porque tenía determinado el Almirante dejar aquí al Adelantado, con la mayor parte de la gente, para que poblasen y sujetasen aquella tierra, hasta que él fuese a Castilla, para enviarles socorro de gente y bastimentos. Con este designio, habiendo abonanzado el tiempo, lunes, a 6 de Febrero, envió al Adelan-

tado, por mar, con 68 hombres, a la boca del río Veragua, que distaba de Belén una legua al Occidente, y navegaron por el río arriba, otra legua y media, hasta el pueblo del Cacique, donde estuvieron un día, informándose del camino de las minas. El miércoles siguiente anduvieron cuatro leguas y media, y fueron a dormir cerca de un río que pasaron cuarenta y tres veces; el día siguiente caminaron legua y media hacia las minas, que les enseñaron los indios que había dado por guías el Rey Quibio (1); a cabo de dos horas, después que llegaron, cada uno cogió oro, entre las raíces de los árboles, que son altísimos en aquel país y llegan al cielo; estimóse mucho esta muestra porque ninguno de los que iban llevaba ingenios para sacar el oro, ni vez alguna

---

(1) Colón, en su Relación del cuarto viaje, le llama Quibian: "Asenté pueblo, y di muchas dádivas al Quibian, que así llaman al señor de la tierra."

Quibian, Quibia, o Quibio, era título que daban aquellos indios al cacique principal.

lo habían cogido. Como su viaje no era más que para informarse de las minas, se volvieron muy alegres aquel día, a dormir a Veragua, y el siguiente, a los navíos. Es verdad, como se supo después, que estas minas no eran las de Veragua, que están más cercanas, sino de Urirá, que es un pueblo de enemigos, y porque tenían guerra con los de Veragua, para darles enojo, mandó el Quibio que fuesen guiados allí los cristianos, y también para que éstos codiciasen ir a las minas de Urirá y dejarasen las de Veragua.

---

## CAPITULO XCVI

*Cómo el Adelantado visitó algunos pueblos de la provincia, y las cosas y costumbres de los indios de aquella tierra.*

Jueves, a 16 de Febrero del año referido de 1503, salió el Adelantado con nueve hombres, y catorce por mar, en una barca; el día siguiente, por la mañana, llegaron al río Urirá, que dista siete leguas del de Belén, hacia Occidente; a una legua del pueblo, le fué a recibir el cacique, con veinte indios, le presentó muchas cosas de las que comen, y se trocaron algunos espejos de oro (1). Mientras estaban allí el cacique y

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXV: "Tornó el Almirante a enviar al Adelantado otra

sus principales, no cesaban de meterse en la boca una hierba seca, y de mascarla; a veces tomaban también cierto polvo, que llevaban juntamente con la hierba seca, lo cual parece mucha barbarie. Después de estar allí un rato, los indios y los cristianos fueron al pueblo, donde había mucha gente que los salió a recibir; señaláronles una casa donde se alojasen, y presentándoles muchas cosas de comer. De allí a poco vino el cacique de Dururi, que es otro pueblo vecino, con muchos indios, los cuales también traían algunos espejos para trocarlos, y de éstos y de aquéllos entendieron que en la tierra adentro había muchos caciques que tenían gran abundancia de oro, y de gente armada como nosotros. Al día siguiente mandó el

---

vez a que entrase por la tierra, y la costa abajo, hacia el Poniente, a especular lo que por la tierra había; y así salió el Adelantado, a 16 de Febrero del dicho año de 503, con 59 hombres, y una barca por la mar con catorce... Sabido que iban, por el señor de aquella tierra, salió a recibillos una legua, con hasta veinte personas.”



Adelantado que la mayor parte de la gente se volviese por tierra a los navíos, y siguió su viaje, con treinta hombres, hacia Zobrabá (1), donde había más de seis leguas de maizales, que son como los campos de trigo; desde aquí fué a Cateba, que es otro pueblo; en ambos tuvo buena acogida, y le dieron bastimentos, rescatando aún algunos espejos de oro, los que, según hemos dicho, son como patenas de cáliz, unos mayores y otros menores, de doce ducados de peso, unos más y otros menos; traénlos al cuello, colgados de una cuerdecilla, como nosotros el Agnus Dei u otra reliquia. Como entonces el Adelantado se había alejado mucho de los navíos, sin haber hallado por toda aquella costa puertō alguno, ni río más grande que el de Belén, para establecer su residencia, se volvió por el mismo camino, a 24 de Febrero, para edificar

---

(1) El P. Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXV, llama a este pueblo, *Cobraba*.

una población, con más de ... (1) ducados de oro, ganados en rescates. Tan luego como llegó, comenzó con diligencia a disponer su mansión, y, para esto, en cuadrillas de diez, o de menos, como lo acordaban quienes habían de quedar, que eran en total ochenta, comenzaron a edificar casas, a distancia de un tiro de lombarda de la boca del río, pasada una cala que está a mano derecha, entrando por el río, en cuya boca se levanta un montecillo. A más de las casas, que eran de madera, cubiertas de hojas de palmas, que nacen en la playa, se hizo también otra casa grande que sirviese de tienda y alhóndiga, en la que se puso mucha pólvora, artillería, bastimentos y otras cosas para el sustento de los pobladores, las más necesarias, como vino, bizcocho, aceite, vinagre, quesos, y muchas legumbres, porque no había allí otra cosa que comer. Estas cosas dejaban aquí como en parte más segura que en la nave Gallega, que la reservaba el Ade-

---

(1) Falta la cantidad en el texto de Ulloa.

lantado para valerse de ella en mar y tierra, con todos los aparejos de redes y anzuelos y otras cosas útiles a la pesca, porque, según hemos dicho, hay en aquella región muchos peces en todos los ríos, a los cuales, y a la orilla del mar, van en ciertos tiempos del año, como de paso, ciertas especies de aquéllos, de los que toda la gente del país se alimenta más que de carne, pues aunque hay allí algunas especies de animales, no bastan al ordinario sustento de los indios. Las costumbres de estos indios son, generalmente, parecidas a los de la Española e islas vecinas; pero, los de Veragua y del contorno, cuando hablan uno con otro, se ponen de espaldas, y cuando comen, mastican siempre cierta hierba, lo que juzgamos debe ser causa de tener los dientes gastados y podridos. Su comida es pescado, que pescan con redes y con anzuelos de hueso, que los hacen de las conchas de las tortugas, cortándolas con hilo [de cabuya]; lo mismo hacen en las otras islas. Tenían otro modo para pescar algunos peces tan pequeños como los que más, llamados Titi

en la Española; éstos acuden a ciertos tiempos, con las lluvias, a las orillas, donde son tan perseguidos de los peces mayores, que se ven obligados a subir a la superficie del agua, en la que los pescan los indios con esterillas y con redes muy chicas; así cogen cuantos quieren, y los envuelven en hojas de árboles, del mismo modo que conservan los drogueros sus confecciones; tostados luego, en el horno, se conservan por largo tiempo. También acostumbran pescar sardinas, de modo análogo al que hemos dicho en otras pescas, pues la sardina huye, en ocasiones, de los peces grandes, con tanta velocidad y miedo, que saltan a la playa seca dos o tres pasos; de modo que el único trabajo es tomarlas, como a los otros peces. Pescan también de otro modo las sardinas; en las canoas, desde la popa a la proa, ponen un seto de hojas de palma, de tres brazas de alto; navegando por el río, hacen mucho ruido y dan con los remos en el bordo, porque las sardinas, para salvarse del pez que las persigue, saltan por la canoa, dan en el seto y caen dentro; y

así toman cuantas quieren. Los jureles, los sábalos y aun las lizas van también allí a su tiempo, como también otros géneros de peces, y es cosa maravillosa ver, cómo al tiempo que éstos pasan por aquellos ríos, toman tan gran cantidad, que conservan mucho tiempo tostada. Tienen también para su alimento mucho maíz, que es cierto grano que nace como el mijo, con una espiga o panocha, de que hacen vino tinto, y blanco, como la cerveza de Inglaterra; allí echan lo que les parece, según lo que más les agrada, y sale de buen sabor, semejante al vino raspante. Hacen otro vino de unos árboles que parecen palmas, y yo creo que son especie de éstas, aunque son lisos como los otros árboles y tienen en el tronco muchas espinas tan largas como las del puerco espín. De la medula de estas palmas, que son como palmitos, apretándola y exprimiéndola, sacan el zúmo de que hacen el vino, y cociéndolo con agua y con sus especias, lo tienen por muy bueno y preciado. También hacen otro vino del mismo fruto que hemos dicho que se

halló en la isla de Guadalupe, que es semejante a una piña gruesa, y la planta se siembra en campos anchos, con un gran pimpollo que sale encima de la misma piña, como sucede en los tallos de la lechuga; esta planta dura tres o cuatro años, dando siempre fruto. Hacen también vino de varias suertes de frutas, especialmente de una que nace en árboles altísimos, tan grandes como cedros; cada una tiene dos, tres y cuatro huesos, a modo de nueces, aunque no redondos, sino como el ajo, o la castaña; la corteza de este fruto es como la de la granada, y se parece a ella cuando está quitado del árbol, aunque no tiene coronilla; su sabor es como de durazno, o pera muy buena; de éstas unas son mejores que otras, como sucede en las demás frutas; también las hay en las islas Antillas, y los indios las llaman Mameyes.

---

## CAPITULO XCVII

*Cómo para seguridad del pueblo de los cristianos, fué preso el Quibio, con muchos indios principales, y cómo huyó por negligencia de los que le guardaban.*

Ya estaban en orden todas las cosas de la población, en la que había diez o doce casas cubiertas de paja, y el Almirante dispuesto para ir a Castilla, cuando el río, que antes, por la soberbia de las aguas, nos había puesto en gran peligro, ahora nos puso en mayor, por la falta de ellas, pues habiendo cesado ya las lluvias de Enero, con el buen tiempo, se cerró la boca del río con arena, de modo que cuando entramos en él, tenía cuatro brazas de agua, que era muy poca para la que se necesitaba; cuan-

do quisimos salir, tenía media braza (1); con esto, quedamos encerrados y sin remedio alguno, porque era imposible sacar los navíos por la arena, y aun cuando hubiéramos tenido máquinas para hacerlo, no estaba el mar tan tranquilo que con la menor ola que llegase a la orilla, no hiciese pedazos los navíos, especialmente los nuestros, que ya parecían un panal, agujereados todos por la broma. Entonces, nos encomendamos a Dios, pidiéndole nos diese lluvia, como antes le habíamos pedido tiempo sereno, porque sabíamos que lloviendo, llevaría más agua el río y se abriría la boca, como suele suceder en aquellos ríos. Súpose, al mismo tiempo, por medio del intérprete, que “Quibia, rey de Veragua, tenía deliberado de venir secretamente a poner fuego a las casas, y matar los cristianos,

---

(1) Casas, lib. II, cap. XXVI: “habiendo cuando entraron, catorce palmos de hondo, la cual hondura era tasada para que los navíos nadasen, cuando querían salir hallaron no más de diez, y así se hallaron cercados y aislados”.



porque a todos los indios pesaba mucho que poblasen en aquel río, y pareció que para castigo suyo, y escarmiento y temor de los comarcanos, era bien prendello con todos sus principales, y traellos a Castilla, y que su pueblo quedase en servicio de los cristianos” (1). Para hacerlo así, fué el Adelantado con setenta y cuatro hombres al pueblo de Veragua, el día 30 de Marzo, y aunque llamóle pueblo, es de advertir que en aquella tierra no hay casas juntas, pues viven, como los de Vizcaya, separados los unos de los otros.

Cuando el Quibio supo que se acercaba el Adelantado, le mandó a decir que no fuese a su casa, que estaba en una colina sobre el río Veragua; para que no se huiese, de miedo, acordó el Adelantado ir a ella con solos cinco hombres, dejando orden a los demás, que fuesen a la zaga, de

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXVII, donde añade: “Estas son palabras formales de don Hernando.”

dos, en dos, separados unos de otros, y que en oyendo disparar un arcabuz, rodeasen la casa de manera que nadie se escapase.

Habiéndose acercado el Adelantado a la casa, le envió otro recado el Quibio, diciéndole que no entrase en ella, que él saldría a hablarle, aunque estaba herido de una flecha; esto lo hacen así para que no vean sus mujeres, porque son celosísimos; por ello salió hasta la puerta, y se sentó allí, diciendo que llegase sólo el Adelantado, el cual lo hizo así, dando orden a los demás de que tan luego que él le agarrase de un brazo, embistiesen al Quibio.

Habiendo llegado el Adelantado al cacique, le preguntó por su enfermedad y otras cosas de la tierra, por medio de un indio que llevaba, que habíamos cogido más de tres meses antes, cerca de allí, y andaba con nosotros familiar y voluntariamente, el cual tenía entonces gran miedo, por el amor que nos profesaba, sabiendo que el Quibio deseaba mucho matar a los cristianos, y como no conocía aún nuestras fuerzas, creía se podría salir con ello fácilmente, por la

multitud de gente que había en la provincia. Pero el Adelantado se cuidaba poco de este miedo, y fingiendo querer ver dónde tenía el cacique la herida, le cogió de un brazo, y como ambos eran de gran fuerza, el Adelantado hizo tan buena presa, que le sujetó, hasta que llegaron los cuatro; hecho esto, mandó disparar el arcabuz y corrieron todos los cristianos de la emboscada, en torno a la casa, donde había cincuenta personas grandes y pequeñas, de que se prendió la mayor parte, sin haber herido a ninguno, porque viendo a su rey preso, no quisieron ponerse en defensa. Había entre éstos algunos hijos y mujeres del Quibio, y otros indios principales, que prometían grandes riquezas, diciendo que en un bosque cercano había un gran tesoro, y que todo lo darían por su rescate; pero no satisfecho el Adelantado con aquella promesa, determinó que, antes que se juntasen los del contorno, el Quibio fuese enviado, preso, a la nave, juntamente con su mujer e hijos y los indios principales; él quedóse con la mayor parte de la gente, para

ir contra los vasallos y parientes que habían huído. Después, tratando con los capitanes y la gente honrada, acerca de a quién se debía encomendar aquella gente para que la llevase hasta la boca del río, se la entregó a Juan Sánchez de Cádiz, piloto y hombre muy estimado, porque se ofreció a conducirle, llevando al cacique atado de pies y manos; advirtiéronle que tuviese cuidado de que no se escapase; respondió que le pelasen las barbas si se le huía. Tomóle a su cuidado y partió con él, río abajo de Veragua; estando a media legua de la boca, empezó el Quibio a lamentarse mucho de llevar atadas tan fuertemente las manos, de manera que movió a piedad a Juan Sánchez, y le desató del banco de la barca donde iba sujeto, teniéndole sujeto con la cuerda. De allí a poco, viéndole el Quibio algo distraído, se echó al agua, y Juan Sánchez, no pudiendo hacer fuerza con la cuerda, la dejó, por no caer también al río; llegada la noche, con el ruido de los que andaban en la barca, no pudieron ver ni oír dónde había tomado tierra; de modo

que no supieron más noticia de él, como si fuese un peñón que había caído en el agua. Para que no sucediese lo mismo con los otros cautivos, siguieron su camino las naves, con bastante vergüenza de su descuido e inadvertencia. El día siguiente, que fué primero de Marzo, viendo el Adelantado que la tierra era montuosa, llena de árboles, y que allí no había pueblo ordenado, sino una casa en un collado y otra en otro, y que sería muy dificultoso ir de una parte a otra, acordó volverse a los navíos con su gente, sin que ninguno de ellos fuese muerto o herido, y presentó al Almirante los despojos habidos en la casa del Quibio, que valdrían 300 ducados, en espejos, aguilillas y canutillos de oro que se ponen, engarzados, en los brazos y alrededor de las piernas, y tiras de oro con que, a modo de corona, se rodean la cabeza; todo lo cual, sacado el quinto para los Reyes Católicos, se dividió y repartió entre los que habían ido a la empresa; al Adelantado, en señal de su victoria, se le dió una corona de las ya mencionadas.



---

## CAPITULO XCVIII

*Cómo habiendo salido el Almirante para Castilla, asaltó Quibio el pueblo de los cristianos, en cuyo combate hubo muchos muertos y heridos.*

Estando a la sazón proveídas las cosas pertenecientes al mantenimiento del pueblo, y hechas las constituciones y estatutos que para su gobierno había dispuesto el Almirante, quiso Dios mandar tanta lluvia que creció mucho el río, de modo que volvió a abrirse la boca, por lo que resolvió el Almirante partir luego a España, con tres navíos, para enviar socorro con la mayor diligencia. Así, esperando bonanza y calma, porque el mar no rompiese ni batiese la boca del río, salimos con los dichos navíos, yen-

do las barcas delante, de remolque; pero, ninguno salió tan limpio, que no arrastrase la quilla por el fondo, que si no fuese de arena movable, hasta en la bonanza hubiesen peligrado. Hecho esto, muy luego, todos llevamos, con gran presteza, dentro de las naos, lo que habíamos sacado para aligerarlas al tiempo de la salida, y esperando de este modo, ya salidos a la dilatada costa, a una legua de la boca del río, el tiempo de navegar, quiso Dios milagrosamente que hubiese motivo para enviar la barca de la Capitana a tierra, tanto por agua, como por otras cosas necesarias, para que con la pérdida de éstas se salvaran los que estaban en tierra y en el mar (1). Fué el caso que los indios y el Quibio, viendo que por estar los navíos fuera no podían dar soco-

---

(1) Cristóbal Colón, en su Relación del cuarto viaje, escribe: "En Abril los navíos estaban todos comidos de broma, y no los podía sostener sobre agua. En este tiempo hizo el río un canal, por donde saqué tres dellos vacíos, con gran pena. Las barcas volvieron adentro por la sal y agua."



rro a los que quedaban en la fortaleza, al punto mismo que llegó la barca a tierra, asaltaron el pueblo de los cristianos, no habiendo sido descubiertos por lo espeso del bosque; tan luego como estuvieron a diez pasos de la casa, les asaltaron, dando fuertes gritos, tirando lanzas a cuantos veían, y a las casas, que por ser cubiertas con hojas de palmas, las pasaban fácilmente de un lado al otro, y alguna vez herían a los que estaban dentro; de modo que habiendo cogido de improviso a los nuestros, y muy ajenos de esta sorpresa, hirieron a cuatro o cinco, antes de ponerse en orden para resistir. El Adelantado, que era hombre de gran corazón, se opuso a los enemigos con una lanza, animando a los suyos, y embistió animosamente a los indios, con siete u ocho que le seguían, de modo que les hicieron retirarse hasta el bosque, que como hemos dicho, estaba cercano a las casas. Desde allí hicieron de nuevo algunas escaramuzas los indios, tirando sus azagayas, y retirándose después, como en el juego de cañas hacen los españoles, hasta que acudiendo muchos

cristianos, fueron los indios castigados con el corte de las espadas, y por un perro que los perseguía fieramente, con lo que se pusieron en fuga, dejando muerto un cristiano y siete heridos, entre ellos, al Adelantado con una lanzada en el pecho. De este peligro se resguardaron bien dos cristianos, cuyo caso, por contar el ingenio de uno, que era italiano, lombardo, y la gravedad del otro, que era castellano, se debe contar, y fué así: El lombardo, llamado Sebastián, huyendo furiosamente a esconderse en una casa, le dijo Diego Méndez, de quien se hará mención más adelante: "*Vuelve, vuelve atrás, Sebastián; ¿dónde vas*"; a quien respondió: "*Déjame ir, diablo, que voy a poner en salvo mi persona.*" El español era el capitán Diego Tristán, a quien el Almirante había enviado con la barca a tierra, el cual no salió fuera con su gente, aunque estaba en el río, cerca de donde era la contienda; habiéndole preguntado algunos, y reprendido otros, por qué no salía en ayuda de los cristianos, respondió que lo hacía para evitar que los cristianos de tierra, llenos de

miedo, entrasen en la barca, si se acercaba con ella, y pereciesen todos; porque, perdida la barca, el Almirante correría después peligro en el mar, y por esto no quería hacer más de lo que se le había mandado, que era cargar agua y leña; a lo menos, hasta que viese que los nuestros tenían más necesidad de su socorro. Queriendo cumplir el encargo de tomar agua, para luego dar al Almirante cuenta de lo que pasaba, determinó ir por el río arriba a tomarla, hasta donde no se mezclase la dulce con la amarga, aunque algunos le intimaron que no hiciese aquel viaje, por el gran peligro que había con los indios y sus canoas; a que respondió que no temía aquel riesgo; que para esto había ido, y le había mandado el Almirante; así continuó su camino el río arriba, que es muy profundo, y muy cerrado de ambas partes, pobladas de árboles que llegan hasta el agua, y tan espesos, que apenas es posible bajar a tierra, salvo en algunos parajes donde terminan las sendas de los pescadores, y donde ellos esconden sus canoas.

Tan luego como los indios le vieron casi una legua más arriba del pueblo, salieron de lo más boscoso de ambas orillas, con sus barcas o canoas, y con grandes alaridos embistieron por todas partes, tocando cuernos, con atrevimiento y mucha ventaja, porque siendo sus canoas ligerísimas, que un solo indio basta para gobernarlas y guiarlas adonde quieren, especialmente las que son chicas y de pescadores, venían en cada una tres o cuatro indios: uno bogaba, y los otros arrojaban lanzas y dardos, contra los de la barca; llamo dardos y lanzas a sus varas, por el tamaño que fienen, si bien no llevan hierro, sino espinas o dientes de pez.

No habiendo en nuestra barca sino siete u ocho hombres que bogaban, y el capitán con solos dos o tres soldados, no podían resguardarse de las muchas lanzas que les tiraban, con lo que tuvieron que dejar los remos, y tomar las rodelas; pero era tanta la muchedumbre de indios que llovía de todas partes, que arrimándose con las canoas, y retirándose cuando les parecía, con destreza, hirieron la mayor parte de los cris-

tianos, y especialmente al capitán, al que dieron muchas heridas, y aunque estuvo siempre firme, animando a los suyos, no le sirvió de nada, porque le tenían sitiado por todas partes, sin poderse mover, ni valerse de los mosquetes, hasta que, al fin, le hirieron en un ojo con una lanza, de cuya herida cayó muerto de repente; todos los otros tuvieron el mismo fin, excepto un tonelero de Sevilla, llamado Juan de Noya, cuya buena suerte quiso que en medio de la contienda cayese al agua; nadando por debajo, salió a la orilla sin que nadie le viese, y por entre la espesura de los árboles llegó a la población a dar nuevas del suceso, de que se espantaron mucho los nuestros, quienes, viéndose tan pocos, heridos la mayor parte, algunos de los compañeros, muertos, y estar el Almirante en el mar, sin barca, a riesgo de no poder volver a sitio de donde pudiese enviar socorros, determinaron no quedarse donde se hallaban; así, al instante, sin obediencia, ni orden alguna (1), hubié-

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXVIII: "sin

ranse ido de allí, si no lo impidiese la boca del río, que con el mal tiempo se había vuelto a cerrar, de modo que no sólo no podía salir por ella el navío que les había quedado, pero ni una barca, porque el mar lo rompía todo; ni siquiera una persona que pudiese dar aviso al Almirante de lo que les había sucedido. Este no corría menos riesgo en el mar donde estaba surto, por ser playa, no tener barca y contar con tan poca gente, por la que le habían muerto; de modo que, él y todos nosotros estábamos en el mismo trabajo y confusión que los del pueblo, quienes, por el desastre del combate pasado, y por venir el río abajo los muertos, llenos de heridas, seguidos de los cuervos de aquel país, que venían sobre ellos graznando y volando, lo tomaban todo por agüero desdichado, y estaban con miedo de tener el mismo fin que los otros; mayormente, viendo que los indios estaban muy soberbios con

---

obediencia ni deliberación, ni mando del Adelantado, pusieron su ida por obra... pero no pudieron salir”.

la victoria, y no los dejaban sosegar un instante, por la mala disposición del pueblo; es cierto que todos hubiéramos quedado maltrechos si no se tomara la buena resolución de ir a una gran playa, despejada, a la parte oriental del río, donde se fabricó un baluarte con los toneles y otras cosas que tenían, plantando la artillería en lugares convenientes, y así se defendían, porque los indios no se atrevían a salir del bosque, por el daño que recibían de las pelotas.





---

## CAPITULO XCIX

*Cómo huyeron los indios que estaban presos en las naves, y el Almirante supo la derrota de los de tierra.*

Mientras sucedían en tierra estas cosas, pasaron diez días, los cuales estuvo el Almirante con gran desvelo y sospecha de lo que hubiese acaecido, esperandó de hora en hora que sosegase el tiempo para enviar la otra barca a saber el motivo de la tardanza de la primera; pero siéndonos contraria en todo la fortuna, no quiso que supiésemos los unos de los otros, y aun por aumentar el trabajo, sucedió que los hijos y parientes de Quibio, que teníamos presos en la nave Bermuda, para traerlos a Castilla, pudieron

libertarse del modo siguiente: Por la noche los metían debajo de cubierta, y por estar la escotilla tan alta que los presos no podían llegar a ella, se olvidaron los guardas de cerrarla, por la parte de arriba, con cadenas, porque allí encima dormían algunos marineros; esto motivó el que procurasen huir los indios; para ello, recogieron poco a poco todos los cantos del lastre, los pusieron debajo de la escotilla, haciendo un gran montón, y luego, todos juntos subidos en él, empujando con las espaldas, abrieron una noche, a viva fuerza, la escotilla, derribando los que dormían encima, y saliendo fuera, prontamente, algunos de los principales indios se echaron al agua; mas, por haber concurrido la gente al ruido, no pudieron hacerlo muchos otros. Habiendo luego, cerrado la escotilla, los marineros, con la cadena, hicieron mejor la guardia, por lo que, desesperados los que no se habían podido escapar con sus compañeros, amanecieron ahorcados con las cuerdas que pudieron haber; estaban colgados, con los pies y las rodillas en el suelo y en el lastre

de la nave (1), pues no había tanta altura que pudieran levantarse más; de modo que todos los presos de aquel navío huyeron o se mataron, “que aunque la falta de aquellos muertos e idos no hiciese en los navíos mucho daño, parecía que, demás de acrecentarse las desdichas, podría a los de tierra recrecerse, que porque quizá el cacique o señor Quibia, por razón de haber sus hijos, holgara de tomar paz con los cristianos, y viendo que no había prenda por quien temer, les haría más cruda guerra” (2). Hallándonos, con tantos daños y desgracias, muy atribulados y a discreción de las gúmenas con que estábamos surtos, sin saber nada de los de tierra, no faltó quien se atreviese a decir, que, pues aquellos indios, para salvar solamente la vida,

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXIX: “teniendo los más dellos los pies y las rodillas por el plan, que es por las postreras tablas del navío, y por el lastre”.

(2) Copiamos este párrafo de Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXIX.

se habían arriesgado a echarse al mar, a una legua de distancia de tierra, ellos por salvarse a sí mismos y a tanta gente, se arriesgarían a tomar tierra, nadando, si con la barca que quedaba, que era de la nave Bermuda, los llevaban hasta donde las olas no rompían. Sólo había aquella barca, porque la barca de la Vizcaína, ya hemos dicho que se perdió en el combate, y en todos los tres navíos no había más que la referida, para sus necesidades.

Viendo el Almirante el buen ánimo de estos marineros, convino en que ejecutasen su ofrecimiento, y la mencionada barca los llevó hasta un tiro de arcabuz de tierra, en parte a la que no podían arrimarse fuera de riesgo, a causa lo recio de las olas que rompían contra la playa; desde aquí se echó al agua Pedro de Ledesma, piloto de Sevilla, y con buen ánimo, ya encima, ya debajo de las olas, llegó finalmente a tierra, donde supo el estado de los nuestros, y oyó decir, a todos, unánimes, que de ningún modo querían quedar vendidos y sin remedio, como estaban, suplicando al Almirante

que no se fuera sin recogerlos, porque dejarlos era tanto como condenarlos a muerte, y más entonces que, con las sediciones entre ellos no obedecían al Adelantado, ni a los capitanes, y que todo su estudio y aplicación era ponerse en orden para, cuando abonanzase, tomar alguna canoa y embarcarse, pues con una barca sola que les había quedado no podían hacer esto cómodamente; y que si el Almirante no los acogía en la nave que le había quedado, procurarían salvar las vidas y ponerse al arbitrio de la fortuna antes que estar a la discreción de la muerte que aquellos indios, como crueles carniceros, quisiesen darles. Con esta respuesta volvió Pedro de Ledesma a la barca que le esperaba, y de allí a los navíos, donde contó al Almirante lo que sucedía.



---

## CAPITULO C

*Cómo el Almirante recogió la gente que había dejado en Belén, y después navegamos a Jamaica.*

Luego que supo el Almirante la derrota, el alboroto y la desesperación de aquella gente, resolvió esperarlos, a fin de recogerlos, aunque no sin gran peligro, porque tenía sus navíos en la playa, sin reparo alguno, ni esperanza de salvarse, si el tiempo empeoraba; pero, quiso Nuestro Señor que, al cabo de ocho días que estuvo allí, abanzó el tiempo, de modo que con su barca y con grandes canoas bien dispuestas, y atadas una con otra para que no se volcasen, comenzaron a recoger su hacienda; cada uno procuró no ser el último, y se dieron

tanta prisa, que en dos días no dejaron en tierra sino el casco del navío, que, a causa de la broma, no podía navegar. Así, con gran alegría de vernos todos juntos, nos hicimos a la vela, llevando el rumbo de Levante, la costa arriba de aquella tierra, pues, aunque a todos los pilotos parecía que tomando la vía del Norte podíamos volver a Santo Domingo, sólo el Almirante y el Adelantado, su hermano, conocían que era necesario ir un buen trecho por la costa arriba, antes de atravesar el mar que hay entre la Tierra Firme y la Española, lo que tenía muy descontenta a la gente, pareciéndoles que el Almirante quería volverse a Castilla por camino derecho, sin navíos, ni bastimentos suficientes al viaje. Pero, como él sabía mejor lo que convenía, seguimos nuestro viaje hasta llegar a Portobelo, donde nos vimos precisados a dejar la nave Vizcaína, por la mucha agua que hacía, y porque todo su plan estaba deshecho y roto por la broma. Siguiendo la costa, subimos hasta que pasamos más allá del puerto del Retrete, y de una tierra que tenía cercanas



muchas islillas, a las que llamó el Almirante las Barbas (1), bien que los indios y los pilotos llaman a todo aquel contorno, del Cacique Pocorosa. Desde aquí, pasando más

---

(1) “Fueron al río de Veragua, e allí ordenó el dicho D. Cristóbal de hacer un pueblo, e que quedase allí el Adelantado D. Bartolomé Colón con ciento e veinte hombres, y el pueblo fecho, e concertado... los indios se alteraron en ver tomar posición de su tierra, e que yendo dos barcas el río arriba del dicho Veragua, los indios se alçaron contra la gente, e no escapó sino un hombre dellos, e que de allí el Almirante se levantó con dos naos, e de allí fueron por la dicha costá fasta otro puerto que se dice del Retrete, e allí estuvieron surtos ciertos días, e se alteraron los indios e pelearon con los cristianos e mataron muchos indios; e de allí se saliendo... fallaron unas islas baxas... e puso por nombre el dicho Almirante a estas islas las Barbas... e de allí volvieron a la Española, e no pasaron adelante de las dichas Barbas.” Declaración de Pedro de Ledesma, en 1513. (*Pleitos de Colón*, t. I, págs. 264 y 265.) Relación esquemática, donde se echa de ver cómo flaquea la memoria y desvanece los hechos, aun a los testigos presentes.

adelante, al extremo que vimos de la Tierra Firme, llamó Mármol, que distaba diez leguas de las Barbas (1).

Después, el lunes, primero de Mayo del mismo año de 1503, tomamos la vía del Norte con vientos y corrientes de la banda de Levante, porque procurábamos siempre navegar con el viento que podíamos. Aunque todos los pilotos decían que ya habríamos pasado al Oriente de las islas de los Caribes, sin embargo, el Almirante temía no poder llegar a la Española, y esto se verificó; porque el miércoles, 10 del mismo mes de Mayo, dimos vista a dos islas muy pequeñas y bajas, llenas de tortugas, de las cuales estaba tan lleno todo aquel mar, que parecían escollos, por lo que se dió a estas islas el nombre de las Tortugas (2); pasan-

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXIX: "Pasaron más diez leguas adelante [de las Barbas] y aquí fué lo postrero que de Tierra Firme vieron, y aquí la dejaron."

(2) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXIX: "dos isletas, que ellas llenas, y la mar en rededor della,

do de largo la vía del Norte, el viernes siguiente, por la tarde, a treinta leguas más adelante arribamos al Jardín de la Reina, que es una muchedumbre de isletas situadas al Mediodía de la isla de Cuba. Estuvimos surtos en este paraje, diez leguas de Cuba, con bastante hambre (1) y trabajos, porque no teníamos qué comer más que bizcocho, y un poco de aceite y vinagre, fatigados de día y de noche, para sacar el agua con tres bombas, porque los navíos se iban a fondo por los muchos agujeros que les había hecho la broma. Estando allí, sobrevino de noche una gran tempestad en la que, no pudiendo la Bermuda mantenerse con sus anclas, cargó sobre nuestra nave y rompió toda la proa, aunque no quedó ella sana del todo, porque perdió casi toda la popa, hasta cerca de la limeta; con gran trabajo, por la

---

eran cuajadas de tortugas, que parecían todo unos peñascales... Estas isletas son las que hoy llaman en las cartas del marear, los Caimanes”.

(1) En el texto de Ulloa, *assai uomini*; versión equivocada.

mucha agua y viento, quiso Dios que se apartasen una de otra, y echadas al mar todas las anclas y las gúmenas que teníamos, nada bastó para afirmar la nave, sino el ánora de esperanza, cuya gúmena hallamos al amanecer tan cortada, que sólo pendía de una cuerdecilla, de suerte que si hubiese durado una hora más la noche, hubiese acabado de cortarse, mayormente siendo aquel sitio áspero y lleno de escollos, que no podíamos menos de dar en algunos que teníamos por popa; no obstante, quiso Dios librarnos, como nos había librado de otros muchos peligros. Partiendo de aquí, con bastante fatiga, fuimos a un pueblo de indios en la costa de Cuba, llamado Macaca, donde habiendo tomado algún refresco, partimos a Jamaica, porque los vientos de Levante y las grandes corrientes que van al Poniente, no nos dejaban ir a la Española, mayormente estando los navíos tan agujereados como hemos dicho, por lo que, ni de día, ni de noche dejábamos de trabajar en sacar el agua con tres bombas, de las que, si se rompía alguna, era preciso que, mien-

tras se aderezaba, supliesen las calderas el oficio de aquélla. A pesar de esto, la noche antes, víspera de San Juan, creció el agua tanto en nuestra nave, que no había medio de vencerla, porque llegaba casi hasta la cubierta; con grandísima fatiga nos mantuvimos así, hasta que, venido el día, llegamos a un puerto de Jamaica, llamado Puerto Bueno; y aunque lo es para reparar los navíos, no tenía agua para poderla coger, ni pueblo alguno alrededor. Pero, remediando esto lo mejor que pudimos, pasado el día de San Juan fuimos a otro puerto más hacia Oriente, llamado Santa Gloria, lleno de peñas, y habiendo entrado en él, no pudiendo sostenerse más los navíos, los encallamos en tierra, lo mejor que pudimos, acomodando uno junto a otro, a lo largo, bordo con bordo, y con muchos puntales a una y otra parte, los pusimos tan fijos, que no se podían mover; así, se llenaron de agua casi hasta la cubierta, sobre la cual, en los castillos de popa y de proa, se arreglaron cámaras donde pudiera la gente

alojarse, con intento de hacernos allí fuertes, si los indios quisieran causarnos algún daño, pues, en aquel tiempo, la isla no estaba aún poblada, ni sujeta a los cristianos.

---

## CAPITULO CI

*Cómo el Almirante envió en Canoas, desde Jamaica, a la Española, a dar aviso de que estaba allí perdido, con su gente.*

Estando fortalecidos los navíos de este modo, a un tiro de ballesta de la tierra de los indios, que eran buena y doméstica gente, luego llevaron éstos, en canoas, a vendernos, sus cosas y bastimentós, por el deseo que tenían de adquirir las nuestras. Para que en el mercado no hubiese disputa alguna entre los cristianos y ellos, y unos tomasen más de lo que habían menester, y a otros faltase lo necesario, nombró el Almirante dos personas que tuviesen cuenta de las compras y rescates de cuanto llevaron los indios, y que todos los días lo di-

vidiesen por suertes entre la gente del navío, porque entonces no teníamos en las naves cosa alguna con que sustentarnos, pues nos habíamos comido la mayor parte de las provisiones; el resto se había podrido, y no poco, perdido al tiempo de embarcar en el río de Belén, donde, con la prisa y la gana de salir, no se había podido recoger todo lo que se quería. Para socorrernos de vituallas, quiso nuestro Señor llevarnos a aquella isla, abundante de bastimentos, y muy poblada de indios, deseosos de rescatar con nosotros, por lo que venían de todas partes a traernos cuanto tenían. Por esto, y para que los cristianos no se desbandasen por la isla, quiso el Almirante fortificarse en el mar, y no habitar en tierra, porque siendo nosotros, por naturaleza, poco obedientes, ni el castigo, ni el precepto bastarían a tener tan quieta la gente, que no fuese a correr los lugares y casas de los indios, para quitarles lo que habían adquirido, y también ofendiesen a los hijos y las mujeres, de donde nacerían muchas contiendas y tumultos, y resultaría hacerlos enemigos;



de quitarles por fuerza los bastimentos, se padecería entre nosotros gran necesidad y trabajo. No sucedió así, porque, la gente residía en las naves, de donde nadie podía salir sin licencia y dejando su nombre anotado; esto satisfizo tanto a los indios, que por cosas de poquísimos valor nos llevaban cuanto necesitábamos, porque si traían una o dos hutias, que son animales como conejos, les dábamos en recompensa un cabo de agujeta; si traían hogazas del pan que llamaban cazabí, hecho de raíces de hierba, ralladas, se les daban dos o tres cuentas de vidrio verdes o coloradas; si traían alguna cosa de más calidad, se les daba un cascabel, y tal vez al Rey y a sus caciques, un espejillo, algún bonete colorado; o unas tijeras, para dejarlos contentos; con este orden de rescates estaba la gente muy abastecida de cuanto necesitaba, y los indios, sin enojo de nuestra compañía y vecindad.

Pero, siendo necesario buscar modo para volver a Castilla, juntó el Almirante a los capitanes y otros hombres de su mayor estimación, para tratar con ellos la manera

de salir de aquella prisión, y que a lo menos, volviésemos a la Española, porque permanecer allí con esperanza de que algún navío arribase, resultaría inútil; querer fabricar allí una nave (1), imposible, porque no tenían instrumentos, ni maestranza que bastase para cosa buena, si no era con mucho tiempo, o hacer algo que no sirviese para navegar, según los vientos y las corrientes que reinan entre aquellas islas y van al Occidente; antes se perdería el tiempo y se procuraría nuestra ruina, en lugar de impedirlo. Después de muchas consultas, determinó el Almirante enviar a la Española a decir que se había perdido en aquella isla y que le enviasen un navío con municiones y bastimentos. Para esto eligió dos sujetos de quien se fiaba mucho, y que lo ejecutarían con gran fidelidad y con grande valor; digo con gran valor, porque parecía temerario el paso de una isla a otra, e imposible hacerle en canoas, como era necesario, porque

---

(1) Ulloa, *fabbricarne quivi di nuovo.*

son barcas de un madero cavado, como queda dicho, y hechas de modo que, cuando están muy cargadas, no salen una cuarta sobre el agua; a más era obligado que, para aquel paso, fuesen medianas, pues si fueran chicas, serían muy peligrosas; y si grandes, no servirían, por su peso, a un viaje largo, ni habrían podido hacer el que se deseaba. Escogidas, en fin, dos canoas a propósito para lo que queríamos, mandó el Almirante, en Julio de 1503, que fuese en una de ellas Diego Méndez de Segura, escribano mayor de la Armada, con seis cristianos, y diez indios, que bogasen; en la otra envió a Bartolomé Fiesco, gentil hombre genovés, con otra tanta compañía, para que luego que Diego Méndez estuviese en la Española, siguiese derecho su camino a Santo Domingo, que distaba de donde estábamos casi 250 leguas; que volviese Fiesco a traer noticia de que el otro había pasado en salvo, y no estuviésemos con dudas y temores de si le habría sucedido alguna desgracia, la cual debía temerse mucho, considerada, como hemos dicho, la poca re-

sistencia de una canoa en cualquiera alteración de mar, y especialmente yendo en ella cristianos; porque de ir indios solos, no se corría peligro tan grande, pues son tan diestros, que, aunque se les anegue la canoa en medio del mar, la vuelven a tomar, nadando, y se meten en ella. Pero, como la honra y la necesidad hacen emprender los mayores peligros, tomaron los referidos su camino por la costa abajo de la dicha isla de Jamaica, navegando hacia Oriente, hasta que llegaron a la punta Oriental de la isla, que llaman los indios Aoamaquique, por un cacique de aquella provincia nombrado así, que dista treinta y tres leguas de Maima, que era el lugar donde nosotros estábamos fortificados. Como para atravesar de una isla a otra era menester navegar 250 leguas, sin haber en el camino, sino una isleta o escollo que dista ocho leguas de la Española, fué necesario, para pasar aquel mar semejantes bajeles, que esperasen una gran calma, la que plugo a Dios que viniese en breve. Habiendo metido cada indio en las canoas su calabaza de agua, algunas especias

de que usan, y cazabí, y entrados en ella los cristianos con sus rodela, espada y bastimentos que necesitaban, se echaron al mar; el Adelantado, que había ido con ellos hasta el Cabo de Jamaica, para evitar que los indios de la isla les impidiesen el viaje en algún modo, se estuvo allí hasta que, venida la tarde, los perdió de vista, y volvió poco a poco a los navíos, exhortando, de camino, a la gente del país, para que recibiese nuestra amistad y comunicación.



---

## CAPITULO CII

*Cómo los Porras, con gran parte de la gente, se rebelaron contra el Almirante, diciendo que se iban a Castilla.*

Partidas las canoas a la Española, empezó a enfermar la gente que quedaba en los navíos, así de los grandes trabajos que habían padecido en el camino, como por la mudanza de alimentos, pues entonces ya no comían nada de Castilla, ni bebían vino, ni tenían más carne que la de algunas hutias que de cuando en cuando podían rescatar, de modo que pareciendo a los que estaban sanos, áspera vida, por estar tan largo tiempo encerrados, murmuraban entre ellos diciendo que el Almirante no quería volver a España, porque los Reyes le habían deste-

rrado; que menos podía ir a la Española, donde, al venir de Castilla, se le había prohibido la entrada; que los enviados en las canoas, iban a España para tratar los negocios de aquél, y no para que trajesen navíos, ni otro socorro, y que en tanto que negociaban con los Reyes Católicos, quería él estar allí, cumpliendo su destierro; porque si fuese de otro modo, ya habría vuelto Bartolomé Fiesco, como era público que había de volver. Demás de esto, no tenían certidumbre de que Fiesco y Diego Méndez no se hubiesen ahogado en el tránsito, y si fuera así, jamás tendrían socorro, ni remedio, si ellos no se disponían a procurarlo por sí mismos, pues el Almirante no se hallaba dispuesto a ponerse en tal camino, por las referidas causas, y por la gota que padecía en todos sus miembros, que apenas podía moverse de la cama, lejos de poder meterse en el trabajo y peligro de pasar en canoas a la Española. Por esto, debían resolverse con ánimo determinado, pues se hallaban sanos, antes de caer enfermos como los demás; que el Almirante no se lo



podría impedir, y pasados a la Española, serían recibidos tanto mejor cuanto en mayor peligro le hubiesen dejado, por el odio y la enemistad que le tenía el Comendador de Lares, entonces Gobernador de la isla; que idos a Castilla, tendrían allí al Obispo D. Juan de Fonseca, que les favorecería, y aun al Tesorero Morales, quien tenía por concubina una hermana de los hermanos Porras, que eran las cabezas de la conjuración en las naves; lo que más incitaba a todos, era el tener por hecho cierto que serían muy bien acogidos de los Reyes Católicos, delante de los cuales atribuirían siempre la culpa al Almirante, como había sucedido en las revueltas de la Española con Roldán; de modo que los Reyes le prenderían para quitarle todo lo que aún tenía, lejos de obligarse a cumplir lo que habían capitulado con él. Con estas cosas y otras razones que se daban unos a otros, y con esperanza en la sedición de los hermanos Porras, uno de los cuales era Capitán de la nao Bermuda, y el otro Contador

de la Armada (1), firmaron la conjuración cuarenta y ocho, recibiendo a Porras por Capitán, y para el día y hora que habían convenido, cada uno se proveyó de lo más necesario.

Estando ya los rebeldes en orden, y armados, a 2 de Enero, por la mañana, subió a la popa del navío donde estaba el Almirante, el Capitán Francisco de Porras, y le dijo: “Señor, ¿qué significa el que no queráis ir a Castilla, y que os agrade tenernos aquí a todos perdidos?”; a que el Almirante, oyendo tan arrogantes palabras, y tan fuera de la manera con que solía hablarle, sospechó lo que podía ser, y le respondió con gran disimulación y sosiego, que no hallaba modo de poder pasar hasta que los idos en las canoas le enviasen navío en

---

(1) *Relación de la gente e navíos que llevó a descubrir el Almirante D. Christoval Colon*, en 1502. Se hace mención de Francisco de Porras, capitán, y Diego de Porras, escribano y oficial de la Armada. *Raccolta Colombiana*, parte primera, vol. II, págs. 211 a 217.

que navegar; que más que ninguno deseaba la ida, por su bien particular y el común de todos aquellos de quien debía dar cuenta; pero que si le parecía otra cosa, como en otras ocasiones habían ido los Capitanes y los hombres principales que estaban allí, a exponer lo que sentían, entonces y cuantas más veces fuese necesario, los juntaría, para que de nuevo se tratase de este negocio. A lo que replicó Porras no haber ya tiempo para tantas palabras, sino que se embarcase luego, o quedase con Dios; y con esto, volviéndole la espalda, repitió en voces altas: “*¡Yo me voy a Castilla con los que quieran seguirme!*” A cuyo tiempo, todos sus secuaces que estaban presentes, empezaron a gritar fuertemente, diciendo: “*¡Queremos ir contigo, queremos ir contigo!*”, y saltando unos por una parte, y otros por otra, ocuparon los castillos y las gavias, con las armas en la mano, sin orden, ni juicio, gritando unos, *¡muera!*; otros, *¡a Castilla, a Castilla!*, y otros, *señor Capitán, ¿qué haremos?* Aunque el Almirante estaba en la cama tan postrado de la gota, que

no podía tenerse en pie, no pudo menos de levantarse, para ir cojeando, al alboroto; pero tres o cuatro de los más honrados servidores suyos, se abrazaron a él, para que los rebeldes no le matasen, y le volvieron con gran trabajo a la cama. Después fueron al Adelantado, que se había opuesto con ánimo valeroso, con una lanza en la mano, y quitándosela por fuerza, le llevaron con su hermano, rogando al Capitán Porras que se fuese con Dios, y que no hiciese tan malas obras que tocasen a todos, pues bastaba que no hubiese impedimento, ni resistencia, para su partida; porque, si sobrevenia la muerte del Almirante, sólo podía esperarse un gran castigo, sin esperanza de sacar utilidad alguna. Sosegado un poco el tumulto, tomaron los conjurados diez canoas, que estaban atadas al bordo de los navíos, las cuales el Almirante había hecho buscar y comprar en la isla, tanto para privar de ellas a los indios, a fin de que no las utilizasen contra los cristianos, como para aprovecharlas en cosas necesarias. Embarcáronse en éstas con tanta alegría co-

mo si hubieran entrado en algún puerto de Castilla, por lo cual, otros muchos que ignoraban la traición, desesperados de ver que se quedaban, como creían, abandonados, yéndose la mayor parte, y los más sanos, con sus haciendas, entraron con ellos en las canoas, con tantas lágrimas y dolor de los pocos fieles servidores que se quedaban con el Almirante, y de muchos enfermos que había, que todos imaginaban quedar para siempre perdidos y sin alivio alguno. Es cierto que si toda la gente hubiera estado sana, no habrían quedado veinte hombres con el Almirante, el cual salió a confortar a los suyos con las mejores palabras que le dieron el tiempo y el estado de sus cosas.

Los rebeldes, con su Capitán Francisco Porras, siguieron en las canoas el camino de la punta de Levante, por donde habían atravesado Diego Méndez y Fiesco a la Española; en todas partes por donde pasaban hacían mil injurias a los indios, quitándoles por fuerza los bastimentos, y todo lo que más les agradaba, diciéndoles que fuesen al

Almirante, que se lo pagaría, y que si no lo pagase, les daban licencia para que le matasen, o hiciesen lo que les pareciese más conveniente, porque no sólo le aborrecían los cristianos, más él era la causa de todo el mal de los indios en la isla Española, y que lo mismo haría con ellos, si no lo remediaban con su muerte, pues con dicho designio se quedaba a poblar en aquella isla. Caminando de este modo hasta la punta oriental de Jamaica, al principio con buen tiempo y calma, emprendieron el paso a la Española, llevando consigo algunos indios que bogasen. Pero como los vientos eran poco seguros, y las canoas muy cargadas, navegaban poco; no estando aún a cuatro leguas de tierra, se volvió el viento contrario, lo que les causó tan gran miedo que determinaron volverse a Jamaica. Como no estaban diestros en gobernar canoas, entró un poco de agua sobre el bordo y tomaron por remedio aligerarlas, arrojando al mar cuanto llevaban, sin dejar más que las armas, y comida bastante para volver; arreiciando el viento y pareciéndoles correr al-

gún riesgo, para aligerarlas más, determinaron echar a los indios en el mar, como lo ejecutaron con algunos; a otros que, fiados en saber nadar, se habían echado al mar, por temor de la muerte, cuando ya muy cansados se llegaban al bordo de las canoas para respirar un poco, les cortaban las manos, y les hacían otras heridas; así mataron diez y ocho, no dejando vivos sino algunos que gobernasen las canoas, porque ellos no sabían hacerlo; y es bien cierto que si la necesidad que tenían de los indios no les contuviese, habrían del todo puesto en efecto la crueldad mayor que se puede pensar, no dejando ninguno de estos vivo, en premio de haberlos sacado con engaños y ruegos para servirse de ellos en tan importante viaje. Llegados a tierra, hubo diversos pareceres, porque unos decían que era mejor ir a Cuba, pues desde allí donde estaban, podían tomar los vientos levantes y las corrientes a medio lado, y pasando así, con prontitud y sin trabajo podían atravesar a la Española, de una tierra en otra, no sabiendo que estaban a distancia de diez

y siete leguas; otros decían era mejor volver a los navíos y hacer la paz con el Almirante, o quitarle por fuerza lo que le había quedado de armas y rescates; otros fueron de opinión que antes que se intentase alguna cosa de estas, se esperase allí alguna bonanza o calma, para intentar de nuevo aquel paso; lo cual tuvieron por mejor, y permanecieron en aquel pueblo de Aoamaquique, más de un mes, esperando el viento, y destruyendo la tierra. Venida la calma, volvieron a embarcarse otras dos veces, pero sin efecto, porque los vientos les eran contrarios; por lo cual, desesperados de lograr este pasaje, de pueblo en pueblo, se fueron hacia Poniente, muy disgustados, sin canoas y sin consuelo alguno, comiendo a veces lo primero que hallaban, y otras, tomándolo a discreción, según el poder y la resistencia que hacían los caciques por donde pasaban.



---

## CAPITULO CIII

*De lo que hizo el Almirante después que los rebeldes partieron a la Española, y de su ingenio para valerse de un eclipse.*

Volviendo ahora a lo que hizo el Almirante después que salieron los rebeldes, digo que procuró que a los enfermos que habían quedado con él, se les diese cuanto necesitaban para su restablecimiento, y que los indios fuesen tan bien tratados, que no dejasen de traer las vituallas que nos traían, con amistad y deseo de nuestros rescates; en lo que se puso tanta diligencia, y se atendió de tal modo, que, en breve sanaron los cristianos, y los indios continuaron algunos días proveyéndonos con abundancia. Pero, como son gente de poco trabajo para

cultivar campos grandes, y consumíamos nosotros en un día más que ellos comen en veinte, habiéndoles faltado entonces el afán de nuestros rescates, que ya estimaban en poco, siguiendo casi el parecer de los conjurados, pues veían tan gran parte de los cristianos contra nosotros, no cuidaban de traernos las vituallas que necesitábamos, por lo que nos vimos en sumo trabajo, pues si queríamos tomarlo por fuerza, era necesario que saliésemos todos a pelear, dejando al Almirante, que estaba gravemente enfermo de su gota, a gran riesgo, en los navíos; y esperar a que de voluntad nos proveyesen, era padecer más miseria, y darles diez veces más que se les daba al principio, pues sabían muy bien hacer su negocio, pareciéndoles que tenían muy segura su ventaja; por lo que no sabíamos qué partido tomar. Pero como Dios nunca olvida a quien se le encomienda, como lo hacía el Almirante, le advirtió el recurso que debía emplear para estar proveído de todo y fué éste:

Acordóse de que al tercer día, había de haber un eclipse de luna, al comienzo de la

noche (1), y mandó que un indio de la Española que estaba con nosotros, llamase a los indios principales de la provincia, diciendo quería hablar con ellos en una fiesta que había determinado hacerles. Habiendo llegado el día antes del eclipse los caciques, les dijo por el intérprete, que nosotros éramos cristianos y creíamos en Dios, que ha-

---

(1) Colón tuvo noticia del eclipse por un Almanaque. En aquel tiempo había dos muy divulgados: uno, el de Regiomontano (Juan Müller de Könisberg), rotulado *Ephemerides Astronomicae*, que se publicó hacia el año 1474, y fué reimpresso no pocas veces; otro, el de Abraham Zacut, *Almanach perpetuum*, que, con un compendio del *Ha-jibbur Ha-gadol*, fué traducido del hebreo al latín y al castellano por José Vezino o Vizinho, a quien Colón conoció en Lisboa.

Resulta casi cierto que Cristóbal Colón se valió del segundo, pues hay en la Biblioteca Colombina un ejemplar de una de las dos ediciones de 1496, que parece haberle pertenecido.—Cnf. F. Cantera Burgos, *El judío salmantino Abraham Zacut. Notas para la Historia de la Astronomía en la España medieval*. Madrid, Bermejo, impresor, S. A.

bita en el cielo y nos tiene por súbditos, el cual cuida de los buenos, y castiga a los malos, y que habiendo visto la rebelión de los cristianos, no les había dejado pasar a la Española, como pasaron Diego Méndez, y Fiesco, y habían padecido los peligros y trabajos que eran notorios en la isla; que igualmente, en lo que tocaba a los indios, viendo Dios el poco cuidado que tenían de traer bastimentos, por nuestra paga y rescate, estaba irritado contra ellos, y tenía resuelto enviarles una grandísima hambre, y peste. Como ellos quizá no le darían crédito, quería mostrarles una evidente señal de esto, en el cielo, para que más claramente conociesen el castigo que les vendría de su mano. Por tanto, que estuviesen aquella noche con gran atención al salir la luna, y la verían aparecer llena de ira, inflamada, denotando el mal que quería Dios enviarles. Acabado el razonamiento se fueron los indios, unos con miedo, y otros creyendo sería cosa vana; pero comenzando el eclipse al salir la luna, cuanto más ésta subía, aquél se aumentaba, y como tenían grande aten-

ción a ello los indios, les causó tan enorme asombro y miedo, que con fuertes alaridos y gritos iban corriendo, de todas partes, a los navíos, cargados de vituallas, suplicando al Almirante rogase a Dios con fervor para que no ejecutase su ira contra ellos, prometiendo que en adelante le traerían con suma diligencia todo cuanto necesitase. El Almirante les dijo quería hablar un poco con su Dios; se encerró en tanto que el eclipse crecía, y los indios gritaban que les ayudase. Cuando el Almirante vió acabarse la creciente del eclipse, y que pronto volvería a disminuir, salió de su cámara diciendo que ya había suplicado a su Dios, y hecho oración por ellos; que le había prometido en nombre de los indios, que serían buenos en adelante y tratarían bien a los cristianos, llevándoles bastimentos y las cosas necesarias; que Dios los perdonaba, y en señal del perdón, verían que se pasaba la ira y encendimiento de la luna. Como el efecto correspondía a sus palabras, los indios daban muchas gracias al Almirante, alababan a su Dios, y así estuvieron hasta

que pasó el eclipse. De allí en adelante tuvieron gran cuidado en proveerles de cuanto necesitaban, alabando continuamente al Dios de los cristianos; porque los eclipses que habían visto alguna otra vez, imaginaban que sucedían en gran daño suyo, y no sabiendo su causa, ni que fuese cosa que ha de suceder a ciertos tiempos, ni creyendo que nadie pudiera saber en la tierra lo que pasaba en el cielo, tenían por certísimo que el Dios de los cristianos se lo había revelado al Almirante.

---

## CAPITULO CIV

*Cómo entre los que habían quedado con el Almirante se levantó otra conjuración, la que se apaciguó con la venida de una carabela de la isla Española.*

Habiendo pasado ocho meses después que salieron Diego Méndez y Bartolomé Fiesco, sin que hubiese nuevas de ellos, estaba la gente del Almirante con mucha inquietud, y, sospechando lo peor, decían algunos que el mar los había anegado; quienes afirmaban que los indios de la Española los habrían muerto, y otros, que habrían perecido en el camino, de enfermedades y trabajos, porque desde la punta más vecina a Jamaica hasta Santo Domingo, donde tenían que ir en busca de socorro, había más de cien leguas, de

montes asperísimos, por tierra, y de mala navegación el mar, por las muchas corrientes y vientos contrarios que reinan siempre en aquella costa. Para aumentar más esta presunción, alegaban que algunos indios habían visto un navío trastornado y llevado con la furia de las corrientes por la costa de Jamaica abajo, lo que fácilmente habían divulgado los rebeldes, para quitar del todo la esperanza de alivio a los que estaban con el Almirante; así que, teniendo éstos por cierto que no podía llegar socorro alguno, un maestre llamado Bernal, boticario valenciano, y otros dos compañeros llamados Zamora y Villatoro, con la mayor parte de los que habían quedado enfermos, hicieron secretamente otra conjuración, para ejecutar lo mismo que los primeros. Pero, viendo Nuestro Señor el gran riesgo en que estaba el Almirante con esta segunda sedición, quiso remediarlo con la venida de un carabelón enviado por el Gobernador de la Española. Llegó este bajel cierto día, por la tarde, cerca de los navíos, que estaban encallados, y su Capitán, lla-



mado Diego de Escobar, fué en su barca a visitar al Almirante, diciéndole que el Comendador de Lares, Gobernador de la Española, se le encomendaba mucho, y porque no podía enviarle presto un navío que bastase para llevar toda aquella gente, le había enviado a visitar en su nombre; presentóle un barril de vino y medio puerco salado, volvióse a la carabela, y sin tomar cartas de ninguno, salió aquella noche.

Muy consolada la gente con esta venida, disimuló la trama urdida, aunque se maravillaron y sospecharon mal de la presteza y secreto con que retornó el carabelón, creyendo fácilmente que el Comendador Mayor no quería que el Almirante pasase a la Española, el cual, advirtiendo esto, les decía que él lo había dispuesto así, porque no quería partir de allí, sin llevarlos a todos juntos, para lo que no bastaba aquella carabela, ni quería que de su estada se siguiesen otras pláticas e inconvenientes, por obra de los rebeldes. Mas la verdad era que el Comendador Mayor temía y sospechaba que, vuelto el Almirante a Castilla, le res-

tituirían los Reyes Católicos su gobierno, y él tendría que dejarlo; por esto no quiso proveer oportunamente todo lo que se le pedía, para que el Almirante pasase a la Española, y había enviado aquella carabela, de espía, para saber, con disimulo, el estado del Almirante, y de qué modo se podía lograr que del todo se perdiese. Conoció esto el Almirante por lo sucedido a Diego Méndez, que envió relación de su viaje, con el carabelón, y había sido de esta manera.

---

## CAPITULO CV

*Cómo se supo lo acontecido en su viaje a  
Diego Méndez y a Fiesco.*

Salidos Diego Méndez y Fiesco, de Jamaica, en sus canoas, aquel día tuvieron buen tiempo de calma, con el que navegaron hasta la tarde, esforzando y animando a los indios a bogar con las palas de que usan en lugar de remos; por ser muy recio el calor, para refrescarse y aliviarse, de cuando en cuando se arrojaban al mar, a nadar un poco; luego volvían frescos al remo. Navegando de este modo, a ras del agua, al ponerse el sol perdieron de vista la tierra; de noche se renovaba la mitad de los indios y de los cristianos, para bogar y hacer guarda, no fuese que los indios co-

metiesen alguna traición; navegaron toda aquella noche sin parar, de modo que a la venida del día estaban todos muy cansados; pero animando cada uno de los Capitanes a los suyos, y manejando ellos mismos alguna vez los remos, tomaron alimento para recobrar las fuerzas y el vigor, después de la mala noche pasada, y volvieron a su trabajo, no viendo más que agua y cielo. Era esto bastante para afligirles mucho, y de ellos podíamos decir lo que de Tántalo, que teniendo el agua sólo un palmo distante de la boca, no podía apagar la sed, como sucedía a los nuestros, que estuvieron en grandísimo trabajo por esto, a causa del mal gobierno de los indios, que con el gran calor del día y de la noche pasada, se habían bebido todo el agua, sin mirar adelante. El trabajo y la calma del mar eran insoportables; cuanto más se levantaba el sol, en el día segundo de su partida, tanto más crecía el calor y la sed en todos: de manera que al mediodía les faltaban del todo las fuerzas, y como, en tales tiempos, el cuidado y vigilancia del Capitán deben suplir la falta de

pies y manos, hallaron dos barriles de agua, por su buena suerte los Capitanes, y socorriendo con dos gotillas a los indios, los sostuvieron hasta el fresco de la tarde, alentándolos y asegurándoles que presto llegarían a una isleta llamada Navaza, que estaba en su viaje a ocho leguas distante de la Española, porque demás de la gran fatiga de la sed, y haber bogado dos días y una noche, tenían turbado el ánimo, por imaginar que habían errado el camino, porque, según su cuenta, habían navegado entonces veinte leguas, y a su parecer debían haber visto dicha isla; pero lo cierto es que les engañaba la fatiga y flojedad que tenían, porque bogando muy bien una barca o canoa, no puede hacer en un día y una noche más viaje que diez leguas, y porque las aguas desde Jamaica a la Española, son contrarias a este viaje, que siempre parece más largo al que pasa mayores trabajos; de manera que, venida la tarde, habiendo echado al mar uno que había muerto de sed, estando otros tendidos en el suelo de la canoa, se hallaron tan atribulados de espíritu,

tan débiles y sin fuerzas, que apenas adelantaban. Así, poco a poco, tomando alguna vez agua del mar, para refrescar la boca, que podemos decir que fué remedio usado por Nuestro Señor cuando dijo: *sitio*, siguieron como podían, hasta que llegó la segunda noche, sin que hubiesen visto tierra.

Pero como eran enviados por el que Dios quería salvar, les hizo merced, en ocasión tan angustiosa, de que Diego Méndez viese que salía la luna encima de tierra, pues la cubría una isleta, a modo de eclipse; de otro modo no hubieran podido verla, porque era muy pequeña, y en atención a la hora. Confortándolos Méndez con esta alegría, y mostrándoles la tierra, les dió mucho ánimo, y habiéndoles repartido, para mitigar la sed, una poca agua del barril, bogaron de modo que a la mañana siguiente se hallaron sobre la isla que según hemos dicho, distaba ocho leguas de la Española, y era llamada Navaza. Hallaron que ésta era toda de piedra viva, de media legua de circuito. Desembarcados donde mejor pudieron, dieron muchas gracias a Dios por tal socorro, y porque no

había en ella agua dulce viva, ni árbol alguno, sino peñascos, anduvieron de peña en peña, recogiendo con calabazas el agua llovediza que hallaban, de la que Dios les dió tanta abundancia, que fué bastante para llenar los vientres y los vasos; aunque los más prudentes advirtieron a los otros que bebiesen con moderación, llevados por la sed, bebieron sin tino algunos indios, y se murieron allí; otros, enfermaron de grave dolencia.

Habiendo descansado aquel día hasta la tarde, recreándose y comiendo lo que hallaban en la orilla del mar, porque Diego Méndez había llevado consigo los utensilios de sacar lumbre, con mucha alegría de estar a la vista de la Española, para que no les viniese algún mal tiempo, dispusieron acabar el viaje; así, al caer el sol, con el fresco de la tarde, se encaminaron hacia el Cabo de San Miguel, que es el más próximo a la Española, y llegaron a la mañana del día siguiente, que era el cuarto desde que habían salido de Jamaica.

Luego que descansaron allí dos días, Bar-

tolomé Fiesco, que era caballero, aguijado por su honor, quiso volver con la canoa, como se lo había ordenado el Almirante; pero, como los marineros y los indios estaban muy fatigados, e indispuestos por el trabajo y por el agua de mar que habían bebido, que les parecía haberlos sacado Dios del vientre de una ballena, ninguno hubo que quisiera volver (1). Pero Diego Méndez, que tenía más prisa, había salido ya con su canoa, por la costa arriba de la Española, aunque padecía cuartanas por el trabajo que había sufrido en mar y en tierra. Con esta compañía, y la fatiga de ir por montes y malos caminos, llegó a Xaraguá, provincia que está en el Occidente de la Española, donde, a la sazón, estaba el Gobernador, quien mostró alegrarse de su venida,

---

(1) El testamento de Diego Méndez, hecho en Valladolid a 19 de Junio de 1536, contiene una interesante relación de su viaje desde Jamaica a la isla Española. Fué ya publicada por Fernández Navarrete en el tomo I de su *Colección de viajes*.



bien que luego se detuvo mucho en despacharle, por las causas dichas arriba. Al fin, después de mucha porfía, consiguióse que diese a Diego Méndez licencia para ir a Santo Domingo, a fin de comprar y aderezar un navío, con las rentas y el dinero que allí tenía el Almirante. Puesta en punto y aparejada esta nave, fué enviada a Jamaica, a fines de Mayo de 1504, y tomó el camino de España, según la orden que había dado el Almirante, para que diese relación a los Reyes Católicos de lo acontecido en su viaje.



---

## CAPITULO CVI

*Cómo los rebeldes volvieron contra el Almirante, y no quisieron entrar en ajuste alguno.*

Volviendo al Almirante, que, con sus compañeros, estaba consolado por la relación de Diego Méndez, y la venida del carabelón, con esperanza y certidumbre de la salvación de todos, creyó conveniente hacer saber a los rebeldes todo lo acaecido, para que, dejando sus recelos, volviesen a la obediencia. A tal fin, con dos hombres de autoridad que eran amigos de los rebeldes, sabiendo que éstos no creerían la llegada de la carabela, o la disimularían, les envió la mitad del puerco que el Capitán de ésta le había presentado. Llegados ambos adonde

estaba su Capitán Porras con aquellos de quienes más fiaba, salió éste a su encuentro a fin de que no incitasen y persuadiesen a la gente para que se arrepintiesen del delito cometido, imaginando, como era verdad, que el Almirante les enviaría un perdón general. Mas no pudo contener a los suyos tanto que no supiesen las nuevas; la venida de la carabela; también, de la salud y buen estado de los que tenía consigo el Almirante, y de las ofertas que le hacían. Por ello, después de muchas juntas que tuvieron, a las que concurrían los principales, fué su resolución que no querían fiarse del salvoconducto y perdón que el Almirante les enviaba, sino que voluntariamente se irían de la isla con quietud, si el Almirante prometiese darles un navío, en caso de llegar dos, y si no viniese más de uno, la mitad; en tanto, como habían perdido sus haciendas y rescates en el mar, que partiese con ellos lo que tenía. A esto respondieron los mensajeros, que no eran condiciones razonables; los rebeldes contestaron que pues esto no se les concedía a buenas, que ellos lo tomarían

por fuerza, a discreción suya. Con esto, despidieron a los enviados, echando a mala parte las ofertas del Almirante, diciendo a sus secuaces, que era hombre cruel y vengativo, y que si bien ellos no tenían miedo, pues el Almirante no se atrevería a causarles algún daño, por el favor que tenían en la corte, sin embargo era de temer que quisiese tomar venganza de los otros, so color y con nombre de castigo; que por esto, Roldán y sus amigos, no se habían fiado de él, ni de sus ofertas, en la Española, y les había salido bien, habiendo sido tan afortunados, que le enviaron con grillos a Castilla; y ellos no tenían menos causa y esperanza de hacerlo. Para que no hubiese alguna mudanza por la venida de la carabela con las nuevas de Diego Méndez, daban a entender a todos, que la carabela venida no era verdadera, sino fingida y fabricada por nigromancia, porque el Almirante sabía mucho de tal arte, pues era inverosímil que si realmente fuese carabela, no hubiese tratado más la gente que venía en ella, con la del Almirante, ni que desapareciese tan

presto; más bien era razonable que, si fuese carabela, se hubiesen embarcado en ella el Almirante, su hermano y su hijo. Con estas y otras semejantes palabras dirigidas al mismo propósito, volvieron a confirmarse en su rebeldía, y muy luego determinaron ir a los navíos, tomar por fuerza lo que hallasen, y hacer prisionero al Almirante.

---

## CAPITULO CVII

*Cómo llegaron los rebeldes cerca de los navíos, salió el Adelantado a darles batalla, y los venció, prendiendo a su Capitán Porras.*

Perseverando los rebeldes en su mal ánimo y propósito, llegaron hasta un cuarto de legua de los navíos, a un pueblo de indios llamado Maima, donde después edificaron los cristianos una ciudad llamada Sevilla. Sabida por el Almirante la intención con que iban, resolvió enviar contra ellos al Adelantado su hermano, para que con buenas palabras los redujese a sano juicio y arrepentimiento, pero con compañía bastante para que si quisiesen ofenderle, bastase para resistirles. Con esta determinación sacó el Adelantado cincuenta hombres,

bien armados, dispuestos a pelear en cualquier caso y con presto ánimo. Habiendo llegado éstos, por una colina, a un tiro de ballesta del pueblo donde estaban los rebeldes, enviaron a los dos que habían ido con la embajada, para que volviesen a requerirles con la paz, y el jefe de los rebeldes se abocara con ellos pacíficamente. Pero, como no eran menos los levantiscos, ni inferiores en fuerza, por ser casi todos marineros, se persuadieron de que los que venían con el Adelantado eran gente cobarde, que no se atrevería a darles batalla, por lo cual no quisieron que llegasen los mensajeros para hablarles, antes, con las espadas desnudas, y las lanzas, hechos un escuadrón, empezaron a dar gritos diciendo: “¡Mata, mata!”, y embistieron al escuadrón del Adelantado, habiendo antes jurado seis de los conjurados, tenidos por los más valientes, de no apartarse uno de otro, sino ir contra la persona del Adelantado, porque muerto éste, no había que hacer cuenta de los demás. Pero, quiso Dios que todo sucediese al contrario, porque fueron tan bien



recibidos, que al primer encuentro cayeron en tierra cinco o seis, la mayor parte de los que venían contra el Adelantado, el cual dió sobre los enemigos de tal suerte, que al poco tiempo fué muerto José Sánchez de Cádiz, al que se le huyó Quibio, y un Juan Barba, que fué el primero a quien yo vi sacar la espada en tiempo de su rebeldía; otros muchos quedaron en tierra mal heridos, y preso el Capitán Francisco de Porras. Viéndose tan maltrechos, como gente vil y rebelde, volvieron las espaldas, huyendo a más no poder; quería el Adelantado seguir el alcance, pero algunos de los principales le detuvieron, diciéndole que era bueno el castigo, pero no con tanta severidad, no fuese que por matar muchos, quizá los indios acordasen caer sobre los vencedores, pues ya se les veía todos armados, esperando el suceso del combate, sin arriarse a una, ni a otra de las partes. Tenido como bueno este consejo, recogió su gente el Adelantado, y se volvió a los navíos con el Capitán y otros presos; allí fué bien recibido del Almirante su hermano y de los

otros que habían quedado con él, dando muchas gracias a Dios de tanta victoria, procedida de su mano, en que los soberbios y los malos, aunque eran más fuertes, habían recibido su castigo y perdido el orgullo, sin que de nuestra parte hubiese herido alguno, si no es el Adelantado, en una mano, y un maestresala del Almirante, que murió de una pequeña lanzada en un costado.

Volviendo a los rebeldes, digo que Pedro de Ledesma (aquel piloto de quien dijimos que había ido con Vicente Yáñez, a Honduras, y que fué a tierra, nadando, en Belén) cayó allí por unas peñas, y estuvo escondido aquel día y el siguiente, hasta la tarde, sin saber nadie de él, ni auxiliarle, más que los indios, que maravillados e ignorando cómo cortaban nuestras espadas, le abrían con las flechas las heridas, de las cuales tenía una en la cabeza, que se le veían los sesos; otra en un hombro que lo tenía abierto y colgando todo el brazo (1); otra en un mus-

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXXV: "otra

lo, cortado, hasta el hueso de la canilla; otra en un pie, como si le hubieran cortado una soleta desde el carcañal a los dedos. Con todos estos daños, cuando le enfadaban los indios, les decía: "Dejadme, porque si me levanto, os haré", etc., y con estas amenazas huían los indios de miedo. Habiéndose sabido esto en los navíos, fué llevado a una casa de paja, cerca de ellos, donde los mosquitos y la humedad bastarían a matarle. En lugar de la trementina que era necesaria, le quemaban con aceite las heridas, que eran tantas, de más de las que hemos referido, que juraba el cirujano que en los primeros ocho días que le curó, siempre hallaba nuevas heridas; por último sanó; murió el Maestresala, de quien no se temía este fin. El día siguiente, que era lunes, 20 de Mayo, todos los que habían huído enviaron un memorial al Almi-

---

en el hombro, que, como perdiz, le tenía descoyuntado, y le colgaba del aslilla todo el brazo... yo le vide después desto en Sevilla, sano como si no hobiera padecido nada".

rante, suplicándole humildemente que usase con ellos de misericordia, porque estaban arrepentidos de lo que habían hecho, y querían volver a su obediencia. Concediólo así el Almirante y dió un perdón general, a condición de que el Capitán quedase preso como lo estaba, para que no diese causa de nuevo tumulto. Como en las naves no habrían estado cómodos y tranquilos, y no faltarían palabras desagradables, de personas vulgares que con ligereza fomentan rumores y renuevan las injurias olvidadas o disimuladas, de donde luego proceden nuevas cuestiones y alborotos, y además, porque sería difícil que se pudiese alojar cómodamente tanta gente en los navíos y proveerla de vituallas, cuando éstas ya no bastaban para pocos, acordó mandar con ellos un Capitán, con mercancías de rescate, para que yendo por la isla, los mantuviera en justicia, en tanto que llegaban los navíos que se esperaban.

---

## CAPITULO CVIII

*Y último. Cómo el Almirante pasó a la Española, y de allí a Castilla, donde fué Nuestro Señor servido de llevarle a su Santa Gloria, en Valladolid.*

Reducidos a obediencia los cristianos y los indios, tuvieron éstos cuidado de proveerlos con rescates, en que pasaron algunos días y se cumplió un año que habíamos ido a Jamaica. En este tiempo llegó una nave que había comprado Diego Méndez, y bastecido en Santo Domingo, con dinero del Almirante, en la que nos embarcamos, amigos y enemigos; a 28 de Junio nos hicimos a la vela, navegando con bastante trabajo, por ser de continuo muy contrarias las corrientes y los vientos, que como

hemos dicho lo son siempre al volver de Jamaica a Santo Domingo, en cuyo puerto entramos con mucho deseo de descansar, a 13 de Agosto de 1504, donde el Gobernador hizo gran recibimiento al Almirante y le dió su casa para alojarse; pero como si ésta fuese la paz del escorpión, de otra parte dió libertad a Porras, que había sido cabeza de la rebelión; procuró castigar a los que intervinieron en su prisión, y quiso juzgar otras cosas y delitos que sólo tocaban a los Reyes Católicos, por haber éstos mandado al Almirante por Capitán general de su Armada. Hacía el Gobernador cumplimientos al Almirante, con falsa risa y simulación, en su presencia. Esto duró hasta que se compuso nuestro navío, y alquiló una nave en que se embarcaron el Almirante, sus parientes y criados; la mayor parte de la otra gente se quedó en la Española.

Haciéndonos a la vela a 12 de Septiembre, salimos por el río a dos leguas en el mar, donde se rompió el árbol del navío hasta la cubierta, y seguimos el viaje hacia Castilla, en el cual, habiendo tenido buen tiempo

hasta casi al tercio del Océano, nos embistió tan terrible tempestad, que puso a la nave en grande riesgo. Al día siguiente, sábado, 19 de Octubre, habiendo ya bonanza y estando descansados, se quebró el árbol mayor en cuatro pedazos; pero, el valor del Adelantado, y el ingenio del Almirante, que se hallaba entonces en la cama postrado de la gota, hallaron remedio, haciendo un árbol más chico de una pequeña entena, y asegurando la mitad del quebrado con cuerdas y madera de los castillos de popa y de proa, los cuales deshicimos. En otra tempestad se nos rompió la contramesana (1). Al fin, quiso Dios que navegásemos unas setecientas leguas, al cabo de las cuales llegamos al puerto de San Lúcar de Barrameda; de allí fuimos a Sevilla, donde descansó algo el Almirante de los trabajos que había padecido. Después, en el mes de Mayo de

---

(1) Las Casas, *Hist.*, lib. II, cap. XXXVI: “vínoseles todo el mástel abajo, hecho cuatro pedazos... Quebróseles después, en otra tormenta que padecieron, la contramesana”.

1505, fué a la corte del Rey Católico, porque ya el año antes había pasado a mejor vida la gloriosa Reina doña Isabel, de lo que el Almirante mostró dolerse grandemente, pues era la que le mantenía y favorecía, habiendo hallado siempre al Rey algo seco y contrario a sus negocios. Esto se vió más claro en la acogida que le hizo, pues aunque en la apariencia le recibió con buen semblante y fingió volver a ponerle en su estado, tenía voluntad de quitárselo totalmente, si no lo hubiese impedido la vergüenza, que, según hemos dicho, tiene gran fuerza en los ánimos nobles.

Su Alteza misma y la Serenísima Reina le enviaron cuando partió al mencionado viaje; pero, dando entonces las Indias, y sus cosas, muestras de lo que habían de ser, y viendo el Rey Católico la mucha parte que en ellas tenía el Almirante, en virtud de lo capitulado con él, intentaba quedarse con el absoluto dominio de las Indias, y proveer a su voluntad los oficios que tocaban al Almirante, por lo que empezó a proponerle nuevos capítulos de recompensa, a



lo que no dió lugar Dios, porque entonces el Serenísimo Rey Felipe I, vino a reinar a España, y al tiempo que el Rey Católico salió de Valladolid a recibirle, el Almirante quedó muy agravado de gota, y del dolor de verse caído de su estado; agravado también con otros males, dió su alma a Dios, el día de su Ascensión, a 20 de Mayo de MDVI (1), en la villa de Valladolid, habiendo recibido, con mucha devoción, todos los sacramentos de la Iglesia y dicho estas últimas palabras: IN MANUS TUAS, DOMINE, COMMENDO SPIRITUM MEUM. El cual, por su alta misericordia y bondad, tenemos por cierto que le recibió en su gloria *Ad quam nos cum eo perducatur*. Amén (2).

Su cuerpo fué llevado después a Sevilla, y enterrado en la iglesia mayor de aquella

---

(1) Colón murió el día 20 de Mayo, víspera de la Ascensión, fiesta que cayó al día siguiente.

(2) Lo que sigue es adición de Ulloa, quien cayó en el error de que los restos de Cristóbal Colón fueron sepultados en la catedral de Sevilla.

ciudad con pompa fúnebre; de orden del Rey Católico, para perpetua fama de sus memorables hechos, y descubrimiento de las Indias, se puso un epitafio, en lengua Española, que decía :

*A Castilla y a León  
Nuevo Mundo dió Colón.*

Palabras verdaderamente dignas de gran consideración, y de agradecimiento, porque ni en antiguos, ni modernos, se lee de ninguno, que haya hecho esto, por lo que habrá memoria eterna en el mundo de que fué el primer descubridor de las Indias Occidentales; como también que después, en la Tierra Firme, donde estuvo, Hernando Cortés y Francisco Pizarro, han hallado muchas otras provincias y reinos grandísimos, pues Cortés descubrió la provincia del Yucatán, llamada Nueva España, con la ciudad de Mépico, poseída entonces del Gran Moctezuma, Emperador de aquellas tierras; Pizarro halló el reino del Perú, que es grandísimo y lleno de innumerables riquezas, po-

seído por el gran Rey Atabalipa; de cuyas provincias y reinos se traen a España, todos los años, muchos navíos cargados de oro, plata, brasil, grana, azúcar y otras muchas cosas de gran valor, además de perlas y otras piedras preciosas, por las que España y sus príncipes florecen hoy con abundancia de riquezas.

LAUS DEO



INDICE



# ÍNDICE

	Páginas.
CAPÍTULO LX.—Cómo el Almirante descubrió la parte meridional de la isla Española, hasta que volvió por Oriente a la villa de la Natividad.....	1
CAPÍTULO LXI.—Cómo el Almirante sometió la isla Española y lo que dispuso para sacar de ella utilidad.....	7
CAPÍTULO LXII.—De algunas cosas que se vieron en la isla Española, y de las costumbres, ceremonias y religión de los indios .....	27
Relación de Fray Ramón acerca de las antigüedades de los indios, las cuales, con diligencia, como hombre que sabe el idioma de éstos, recogió por mandato del Almirante .....	35
<i>Capítulo I.</i> —De dónde proceden los indios y de qué manera.....	37
<i>Capítulo II.</i> —Cómo se separaron los	
Hist. Colón T. II.	28

	Páginas.
hombres de las mujeres.....	39
<i>Capítulo III</i> .....	40
<i>Capítulo IV</i> .....	40
<i>Capítulo V</i> .—Cómo volvieron después las mujeres a la isla llamada Española, que antes llevaba el nombre de Haití, y así la llaman los habitantes de ella; anteriormente, ésta y las otras islas se llamaban Bouhi.....	41
<i>Capítulo VI</i> .—Cómo Guahayona volvió a la mencionada Canta, de donde había antes sacado a las mujeres.....	43
<i>Capítulo VII</i> .—Cómo volvieron las mujeres de la isla de Haití, que ahora se llama la Española.....	45
<i>Capítulo VIII</i> .—Cómo hallaron medio de que fuesen mujeres.....	47
<i>Capítulo IX</i> .—Cómo cuentan que fué hecho el mar.....	48
<i>Capítulo X</i> .—Cómo los cuatro hijos gemelos de Itiba Tauvava, que murió de parto, fueron juntos a coger la calabaza de Yaya, donde estaba su hijo Yayael, que se había convertido en pez, y ninguno se atrevió a tomarla sino Dimivan Caracaracol, que la descolgó y todos se hartaron de peces.....	50



<i>Capítulo XI.</i> —De lo que aconteció a los cuatro hermanos cuando iban huyendo de Yaya.....	51
<i>Capítulo XII.</i> —De lo que piensan acerca de andar vagando los muertos; cómo son éstos y lo que hacen.....	54
<i>Capítulo XIII.</i> —Del aspecto que dicen tener los muertos.....	54
<i>Capítulo XIV.</i> —De dónde procede esto, y lo que les hace estar en tal creencia.	56
<i>Capítulo XV.</i> —De las observaciones de estos indios buhuitihu; cómo profesan la medicina, enseñan a los indios, y en sus curas medicinales muchas veces se engañan.....	58
<i>Capítulo XVI.</i> —De lo que hacen dichos buhitihus .....	60
<i>Capítulo XVII.</i> —Cómo se engañan a veces estos médicos.....	63
<i>Capítulo XVIII.</i> —Cómo los parientes del muerto se vengan cuando han tenido respuesta por medio de las bebidas...	65
<i>Capítulo XIX.</i> —Cómo hacen y guardan los cemíes de madera o de piedra.....	67
<i>Capítulo XX.</i> —Del cemí Buyayba, del que dicen que cuando hubo guerras lo quemaron, y después, lavándolo con el	

jugo de la yuca, le crecieron los brazos, le nacieron de nuevo los ojos y creció de cuerpo.....	71
<i>Capítulo XXI.</i> —Del cemí de Guamorete...	72
<i>Capítulo XXII.</i> —De otro cemí que se llamaba Opiyelguoviran, que lo tenía un hombre principal de nombre Cavavaniovava, que tenía muchos vasallos a su mando .....	73
<i>Capítulo XXIII.</i> —De otro cemí llamado Guabancex.....	74
<i>Capítulo XXIV.</i> —Lo que creen de otro cemí que se llama Faraguvaol.....	75
<i>Capítulo XXV.</i> —De las cosas que afirman haber dicho dos caciques principales de la isla Española; uno de ellos Cacivaquel, padre del mencionado Guarionel; el otro, Gamanacoal.....	76
Cómo salimos para ir al país de Maviatúe, yo, fray Ramón Pané, pobre ermitaño, fray Juan de Borgoña, de la Orden de San Francisco, y Juan Mateo, el primero que recibió el agua del santo bautismo en la isla Española....	84
<i>Capítulo XXVI.</i> —De lo que aconteció con las imágenes, y del milagro que Dios hizo para mostrar su poder.....	86

CAPÍTULO LXIII.—Cómo el Almirante fué a España para dar cuenta a los Reyes Católicos del estado en que dejaba la isla Española.....	91
CAPÍTULO LXIV.—Cómo el Almirante salió de la isla de Guadalupe para ir a Castilla .....	101
CAPÍTULO LXV.—Cómo el Almirante llegó a la Corte, y la expedición que le encomendaron los Reyes Católicos para su vuelta a las Indias.....	107
CAPÍTULO LXVI.—Cómo el Almirante salió de Castilla y fué a descubrir la tierra firme de Paria.....	113
CAPÍTULO LXVII.—Cómo el Almirante salió de las islas de Cabo Verde a buscar la Tierra Firme; del gran calor que sufrió, y la claridad que daba el Norte.....	123
CAPÍTULO LXVIII.—Cómo el Almirante descubrió la isla de la Trinidad y vió la Tierra Firme.....	129
CAPÍTULO LXIX.—Cómo el Almirante fué al cabo del Arenal, y los de una canoa fueron para hablar con él.....	135
CAPÍTULO LXX.—Del peligro que corrieron los navíos al pasar por la boca de la Sierpe, y cómo se descubrió Paria,	

que fué el primer hallazgo de Tierra Firme .....	139
CAPÍTULO LXXI.—Cómo en Paria se hallaron muestras de oro y perlas, y gente de buen trato .....	145
CAPÍTULO LXXII.—Cómo el Almirante salió por la Boca del Dragón, y el peligro que corrió.....	151
CAPÍTULO LXXIII.—Cómo el Almirante fué desde Tierra Firme a la isla Española.	157
CAPÍTULO LXXIV.—De la rebelión y alborotos que el Almirante halló en la Española por la maldad de Roldán, a quien había dejado por alcalde mayor.....	165
CAPÍTULO LXXV.—Cómo Roldán procuró sublevar la villa de la Concepción, y entró a saco en la Isabela.....	173
CAPÍTULO LXXVI.—Cómo Roldán incitó los indios del país contra el Adelantado, y se fué con los suyos a Xaraguá.....	179
CAPÍTULO LXXVII.—Cómo llegaron navíos de Castilla con vituallas y socorros.....	185
CAPÍTULO LXXVIII.—Cómo los tres navíos que el Almirante mandó desde las Canarias llegaron donde estaba la sedición.	189
CAPÍTULO LXXIX.—Cómo estos capitanes hallaron al Almirante en Santo Domingo.	195

CAPÍTULO LXXX.—Cómo Roldán fué a ver al Almirante, y no llegó a ningún acuerdo con éste.....	207
CAPÍTULO LXXXI.—El convenio que se hizo entre el Almirante, Roldán y los rebeldes .....	211
CAPÍTULO LXXXII.—Cómo después del ajuste fueron los rebeldes a Xaraguá, diciendo que iban a embarcarse en las dos naves que enviase el Almirante.....	219
CAPÍTULO LXXXIII.—Cómo los rebeldes mudaron de propósito en el ir a Castilla, e hicieron nuevo convenio con el Almirante .....	223
CAPÍTULO LXXXIV.—Cómo vuelto Hojeda de su descubrimiento, causó nuevos alborotos en la Española.....	231
CAPÍTULO LXXXV.—Cómo por informaciones falsas, y fingidas quejas de algunos, enviaron los Reyes Católicos un juez a las Indias, para saber lo que pasaba.....	245
CAPÍTULO LXXXVI.—Cómo el Almirante fué preso y enviado a Castilla con grillos, juntamente con sus hermanos.....	253
CAPÍTULO LXXXVII.—Cómo el Almirante fué a la Corte, a dar cuenta de sí a los Reyes Católicos.....	259

CAPÍTULO LXXXVIII.—Cómo el Almirante salió de Granada para ir a Sevilla y hacer la armada necesaria para su descubrimiento .....	267
CAPÍTULO LXXXIX.—Cómo el Almirante salió de la Española, siguiendo su viaje, y descubrió las islas Guanajas.....	275
CAPÍTULO XC.—Cómo el Almirante no quiso ir a Nueva España, sino continuar hacia Oriente, en busca de Veragua y el estrecho de Tierra Firme.....	285
CAPÍTULO XCI.—Cómo el Almirante fué por la costa de Oreja hacia el Cabo de Gracias a Dios, llegó a Cariay, y lo que vió e hizo allí.....	293
CAPÍTULO XCII.—Cómo el Almirante partió de Cariay, fué a Cerabaró y Veragua, y navegó hasta que llegó a Portobelo, cuyo viaje fué por costa muy provechosa.	305
CAPÍTULO XCIII.—Cómo el Almirante llegó a Puerto de Bastimentos y al de Nombre de Dios, y navegó hasta que entró en el del Retrete.....	315
CAPÍTULO XCIV.—Cómo por la fuerza de los temporales volvió el Almirante hacia Poniente, para saber de las minas, e informarse de Veragua.....	321

CAPÍTULO XCV.—Cómo el Almirante entró con sus navíos en el río de Belén, y determinó edificar allí un pueblo, y dejar en él al Adelantado su hermano.....	331
CAPÍTULO XCVI.—Cómo el Adelantado visitó algunos pueblos de la provincia, y las cosas y costumbres de los indios de aquella tierra.....	337
CAPÍTULO XCVII.—Cómo para seguridad del pueblo de los cristianos, fué preso el Quibio, con muchos indios principales, y cómo huyó por negligencia de los que le guardaban.....	345
CAPÍTULO XCVIII.—Cómo habiendo salido el Almirante para Castilla, asaltó Quibio el pueblo de los cristianos, en cuyo combate hubo muchos muertos y heridos.	353
CAPÍTULO XCIX.—Cómo huyeron los indios que estaban presos en las naves, y el Almirante supo la derrota de los de tierra .....	363
CAPÍTULO C.—Cómo el Almirante recogió la gente que había dejado en Belén, y después navegamos a Jamaica.....	369
CAPÍTULO CI.—Cómo el Almirante envió en Canoas, desde Jamaica, a la Española, a dar aviso de que estaba allí perdido,	

Hist. Colón, T. II.

con su gente.....	377
CAPÍTULO CII.—Cómo los Porras, con gran parte de la gente, se rebelaron contra el Almirante, diciendo que se iban a Castilla.	385
CAPÍTULO CIII.—De lo que hizo el Almirante después que los rebeldes partieron a la Española, y de su ingenio para valerse de un eclipse.....	395
CAPÍTULO CIV.—Cómo entre los que habían quedado con el Almirante se levantó otra conjuración, la que se apaciguó con la venida de una carabela de la isla Española .....	401
CAPÍTULO CV.—Cómo se supo lo acontecido en su viaje a Diego Méndez y a Fiesco.	405
CAPÍTULO CVI.—Cómo los rebeldes volvieron contra el Almirante, y no quisieron entrar en ajuste alguno.....	413
CAPÍTULO CVII.—Cómo llegados los rebeldes cerca de los navíos, salió el Adelantado a darles batalla, y los venció, prendiendo a su Capitán Porras.....	417
CAPÍTULO CVIII.—Y último. Cómo el Almirante pasó a la Española, y de allí a Castilla, donde fué Nuestro Señor servido de llevarle a su Santa Gloria, en Valladolid .....	423



# ERRATAS

## TOMO I

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
80	1	Beroso	Seboso (1)

## TOMO II

58	13	buhuitihu	buhuitihus
228	7	juez	alcalde

---

(1) Stacio Seboso, de quien tomó noticias Plinio en su *Naturalis Historia*, lib. VI.

Don Hernando Colón cometió el error de creer que Stacio y Seboso fueron escritores distintos. Confundiolo también con Beroso; aunque esto, quizá, sea yerro de imprenta.







---

COLECCIÓN

DE LIBROS RAROS O  
CURIOSOS QUE TRATAN  
DE AMÉRICA

—  
Primera serie

TOMO VI

---

HISTORIA

DEL ALMIRANTE

DON CRISTÓBAL COLÓN

POR SU HIJO

DON HERNANDO

—  
Traducida nuevamente  
del Italiano.

—  
TOMO SEGUNDO

---

10

PESETAS

---

G 57410